

# ATRAPADOS EN EL MÁS ALLÁ



Roberto Avaria

Lectulandia

¿Qué tan malo puede ser un chico para ser condenado al Infierno?

¿Ignacio tendrá el valor suficiente para rescatar a su insoportable hermano?

Descúbrelo en esta fantástica aventura, donde ángeles y espíritus se verán envueltos en el complot que preparan los jinetes del Apocalipsis, para comenzar el Armagedón en la Tierra.

**Lectulandia**

Roberto Avaria

# **Atrapados en el más allá**

ePub r1.0  
Jianka 19.11.14

Título original: *Atrapados en el más allá*  
Roberto Avaria, 2011  
Diseño/Retoque de cubierta: Roberto Avaria

Editor digital: Jianka  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

# Capítulo 1

El presente.

Ignacio de diez años, se encontraba detenido esperando ser enviado a las Unidades de Reencarnación. Dos ángeles armados custodiaban la entrada de la celda, pues se trataba de un prisionero peligroso.

—No quiero que me lleven de nuevo. Se llevaron a mi mamá y mi papá se quedó abajo. Mi hermano cayó al Abismo y nadie me cree. Yo no quise que pasara todo esto. Todo fue culpa mía.

Ignacio lloró desconsolado.

—No sé qué hacer, ni a donde ir. Esto es una pesadilla. Debo despertarme como sea.

Ignacio se abofeteó la cara y se pellizcó el brazo. Le dolió.

Era peor que una pesadilla... Era real.

## Capítulo 2

Veinticuatro horas antes.

—Papá, ¿falta mucho?

—Es la quinta vez que me preguntas. Sí, falta mucho —dijo Agustín irritado—. Emilia, dile a ese niño que no me pregunte más. Me tiene hasta la coronilla. Llevo horas manejando y me duele la espalda.

—Tú quisiste hacer el viaje por tierra para disfrutar del paisaje. Llevamos todo el día dentro del coche y los niños se aburren —contestó Emilia.

—Dijiste que sería divertido —se lamentó Matías.

—¿Por qué no te quedas tranquilo como tu hermano? —dijo Agustín.

—Matías, está jugando con el juego de video y no me lo quiere prestar —respondió Matías.

—Ignacio. Pásale el juego a Matías, para que no moleste.

—Estoy jugando.

—Pásale el juego a Matías. Es una orden —dijo Agustín.

—Solo me falta un nivel para ser campeón mundial de patineta —alegó Ignacio.

—Ignacio ¡Pásale el juego a tu hermano de una maldita vez! —dijo Agustín mirándolo por el espejo retrovisor.

Ignacio se rindió y le pasó el juego a Matías, quien lo tomó feliz.

—¿Estás contento? Me regañaron por tu culpa —dijo Ignacio molesto.

—Sí, súper —se burló Matías.

—Ignacio, ¿tienes hambre?, ¿te paso un emparedado? —interrumpió Emilia.

—Bueno —contestó Ignacio malhumorado.

—Tengo de atún con lechuga y pollo con mayonesa. ¡Cuál!

—Pollo con mayo.

—Es el último, toma.

—Ah, yo quiero el de pollo con mayo —se quejó Matías.

—Mi rey, es el último ¿No quiere de atún con lechuga?

—No, quiero el de pollo con mayo, no me gusta el atún.

—Entonces lo partiré y les daré la mitad a cada uno, para que nadie pelee —sonrió Emilia.

—Yo lo pedí primero —murmuró Ignacio.

—Ignacio, Matías es tu hermano menor, tienes que cuidarlo y no pelear por un emparedado.

—Matías siempre hace lo que quiere, y cuando lo mando no me obedece —reclamó Ignacio.

—Dije cuidarlo, no mandarlo —sonrió Emilia.

—Sí, tienes que cuidarme, porque soy pequeñito y me puede pasar algo —se burló Matías.

Ignacio le dio un puñetazo en el hombro a Matías.

—¡Mamá mira!, ¡Ignacio me pegó!

—Mamá, dile que no sea escandaloso. Apenas lo toqué —contestó Ignacio.

—Es la última vez que los escucho pelear. A la próxima los castigaré a los dos —gruñó Agustín.

—Es injusto, yo no hice nada —alegó Ignacio.

—Ignacio. Dije por última vez, ¿está claro?

—Sí papá.

—No veo la hora de llegar a las cabañas, tengo la espalda molida.

—Mi amor cálmate, ya llegaremos y lo pasaremos bien —respondió Emilia.

Como Matías se comía la mitad del emparedado, Ignacio tomó el juego de video y se puso a jugar.

—¡Mamá! ¡Mira! Ignacio me quitó el juego.

—Tú estás comiéndote el emparedado —respondió Ignacio.

—Ya terminé. Pásame el juego.

—No, no te lo paso.

Los niños agarraron el juego de video y ninguno lo soltaba.

—Les advertí. No les aguantaré más sus peleas ¡Pásenme el juego! —explotó Agustín.

Los niños siguieron peleando por el juego, ignorando al papá.

Agustín se giró hacia los niños. Con una mano sujetó el volante y con la otra, les quitó el juego portátil.

—¡Agustín!, ¡cuidado con el camión! —gritó Emilia.

El coche se pasó al carril contrario. Al mirar el camino, Agustín vio un enorme camión de carga que se le enfrentaba a toda velocidad. La bocina del camión sonó una y otra vez. Agustín desesperado, giró el volante, evitando por un pelo chocar con el camión. El parachoques del camión se enganchó al coche, rasgando la puerta. Emilia y los niños gritaron aterrados. Agustín trató de controlar el volante, pero no pudo. Pisó el pedal del freno hasta el fondo, las ruedas rechinaron, el coche perdió el control y atravesó las barras de contención de la carretera. Las bolsas de aire del interior del automóvil explotaron y se inflaron. El coche comenzó a dar vueltas de campana ladera abajo, hasta quedar incrustado en un árbol.

## Capítulo 3

El humo blanco del radiador del coche no dejaba ver nada. Una rueda desencajada giraba rozando las latas deformadas del vehículo y del estanque de combustible, brotaba abundante gasolina.

Agustín salió del coche con dificultad, tratando de mantener el equilibrio. Miró el vehículo destrozado y se colocó las manos sobre la cabeza unos instantes hasta que se acordó de su esposa y los niños.

—¡Emilia! —gritó Agustín.

Agustín dio media vuelta alrededor del coche y encontró a Emilia tumbada en el piso. La volteó y la remeció desesperado. Emilia abrió los ojos y gritó:

—¡Los niños! ¡Cómo están los niños!

—Yo estoy bien —dijo Ignacio, atontado dentro del coche.

—Matías, ¿estás bien? ¡Matías, contéstame!

—Matías no está aquí —dijo Ignacio.

—Matías, ¿dónde está Matías?

Emilia desesperada trató de levantarse pero cayó al suelo. Emilia fuera de sí, empujó a Agustín tratando que gatear por la maleza.

—¡Matías! ¿Dónde estás? —lloriqueó Emilia.

—Emilia, cálmate, puedes estar herida.

—No me calmo, no me interesa si estoy herida o si tengo la cabeza rota, quiero encontrar a mi hijo.

—Mamá, aquí estoy —gritó Matías a lo lejos.

—¿Estás bien? —preguntó Emilia.

—Sí mamá, estoy bien.

Matías aún asustado por el choque, salió de entre los matorrales y corrió hasta su madre, abrazándola con fuerza.

—Hijo mío, ¿estás bien?, ¿no te pasó nada? —dijo Emilia, tocando a Matías con desesperación buscándole alguna herida.

—No, mamá no me pasó nada, estoy bien, suéltame.

—No se acerquen al coche, puede explotar —advirtió Agustín.

La familia se sentó bajo la sombra de un árbol a unos metros del coche estrellado.

—Tuvimos suerte, esta no la contamos dos veces —dijo Agustín.

—Fue un milagro —indicó Emilia.

—El coche quedó convertido en chatarra y aún lo estoy pagando —comentó Agustín.

—Cómo se te ocurre hablar del coche, preocúpate de como estamos nosotros —reclamó Emilia.

—Sí, no, eh... era solo un comentario.

—Ve a buscar ayuda será mejor —protestó Emilia.

—Pediré un camión grúa para que remolquen el coche... y eh, uhm... una



ambulancia para que nos lleve al hospital.

Agustín se registró los bolsillos, pero no pudo encontrar su celular. Se dirigió con cautela al coche y vio que aún salía humo del radiador mezclado con un penetrante olor a gasolina. Agustín prefirió no arriesgarse.

—¡Iré a la carretera a buscar ayuda! —gritó Agustín.

## Capítulo 4

Agustín llegó hasta las barras de contención de la carretera, las que fueron sacadas de raíz por el coche. Agustín le hizo señas a los pocos vehículos que pasaban, pero ninguno se detuvo.

La espera se tornó tediosa. Agustín miró la hora, pero su reloj ya no funcionaba.

«Piensa Agustín, piensa. Primero, que a Emilia y a los niños se los lleven al hospital, mientras yo espero el camión grúa. No quiero que me roben el radio digital con los parlantes. Ojalá me devuelvan el pago de la cabaña que arrendé».

Agustín vio a lo lejos un coche policial y le hizo señas. El coche se detuvo a unos metros de Agustín, e hizo sonar la baliza. Dos policías se bajaron y Agustín se acercó a ellos.

—Qué alegría verlos. Ningún coche se dignó a detenerse y no sé cuánto tiempo estuve esperando.

Los policías bajaron con Agustín hasta el lugar del accidente. El primer policía sacó del cinturón el radio y ajustó uno de los canales.

—Atento uno, ocho, tres.

—Atento uno, ocho, tres, ¿me copia?

—No tengo señal. Llama a la estación y diles que necesitamos una ambulancia y un vehículo de rescate urgente.

—Comprendido.

El segundo policía se dirigió a medio trote hasta la patrulla.

El primer policía, sacó una libreta e inspeccionó el coche estrellado.

—No se olvide de pedir la grúa, así se llevan el coche antes del anochecer. No quiero que me roben algo valioso, je, je —dijo Agustín tratando de ser simpático.

El policía siguió anotando en su libreta garabatos que solo él entendía.

A ver que el policía no le prestó atención, Agustín prefirió reunirse con Emilia y los niños a esperar a que los rescatasen.

## Capítulo 5

A los pocos minutos llegó una ambulancia, seguida de un camión de rescate. Los paramédicos sacaron de su interior una camilla y la maleta de primeros auxilios. Los rescatistas conectaron la tijera hidráulica y se dirigieron al accidente.

Agustín se acercó a los paramédicos, pidiendo ayuda para su esposa y los niños, pero estos no le prestaron atención.

—¿Qué pasa? —preguntó Emilia.

—No sé, no me hacen caso —contestó Agustín molesto.

Los rescatistas metieron la tijera hidráulica por el techo del coche y cortaron el metal hasta formar un gran agujero. El coche quedó como una lata de anchoas recién abierta.

—¡Cuidado con los parlantes! ¡Son caros! —gritó Agustín.

Dos paramédicos corrieron con la camilla desplegable hacia el coche y Agustín furioso trató de detenerlos, pero los paramédicos pasaron a través de Agustín.

Agustín quedó paralizado. Los paramédicos cortaron el cinturón de seguridad y sacaron del asiento del conductor, un cuerpo inconsciente. Agustín se acercó al cuerpo y horrorizado se vio a sí mismo.

Los paramédicos le colocaron al accidentado un cuello ortopédico y lo sacaron en la camilla portátil. Agustín vio su cuerpo lleno de sangre y vidrios incrustados en su rostro.

Emilia y los niños se acercaron a Agustín.

—Agustín qué pasa, ¿por qué aún no nos ayudan? —preguntó Emilia.

Agustín aturdido, se acercó a Emilia y a los niños y los abrazó.

—El accidente fue más grave de lo que pensamos.

—¿Cómo qué más grave? Explícate —dijo Emilia.

—Mejor no mires.

—Nosotros estamos bien, ¿de quién es ese cuerpo que llevan en la camilla?

—Es el tuyo Emilia.

—¡No! ¡No puede ser! ¡No!

Emilia trató de acercarse, pero Agustín se lo impidió.

—¿Y los niños? ¿Cómo están los niños?

Los paramédicos sacaron otro cuerpo de la parte de atrás del coche y lo cubrieron con una manta.

—Aquí hay otro cuerpo —gritó uno de los policías a lo lejos.

—Papá, ¿estamos muertos?

—No sé hijo, no sé —contestó Agustín con la mirada perdida.

Los paramédicos llevaron la camilla, hasta donde se hallaba el policía. Levantaron el cuerpo y lo llevaron a la ambulancia.

El chofer de la ambulancia hizo sonar la sirena, puso la tracción y subió por la empinada ladera.

Los rescatistas guardaron sus herramientas y se fueron en el camión de rescate. Los últimos en irse fueron los policías.

—Te apuesto a que el conductor se durmió al volante.

—No me gustaría quedar vivo y saber que murió toda mi familia por mi culpa.

Los policías se metieron dentro de la patrulla, prendieron la baliza y se fueron del lugar.

El bosque quedó en silencio.

## Capítulo 6

—Papá, ¿qué haremos ahora? —preguntó Ignacio.

—No sé. Es la primera vez que me muero.

—Papá, tenemos que seguir el túnel de luz —afirmó Ignacio.

—¿Quién te dijo esa estupidez?

—Lo vi en una película.

—¿Y qué más viste?

—Si no seguimos la luz, nos quedamos en la Tierra como fantasmas para siempre.

—Ignacio, como se te ocurre creer las estupideces que salen en las películas. Las películas son puras mentiras. Cuentan cosas que no existen y además nadie ha vuelto de la muerte como para saber, así que no hables más tonteras —dijo Agustín irritado.

—¿Te quedó claro?

—Sí.

—Sí, qué.

—Sí, papá.

—¡Papá!, ¡papá!, ¡mira, puedo atravesar el árbol! —gritó Matías tratando de llamar la atención.

Agustín miró a Matías y le hizo una mueca parecida a una sonrisa.

—Matías no te alejes de nosotros —dijo Emilia.

—Mamá, ya no nos pasará nada.

—Igual, no te alejes.

—Iré al coche a ver si puedo sacar algo —dijo Agustín.

Agustín quiso abrir la puerta del coche, pero su mano la atravesó. Se metió y trató de prender la radio para escuchar noticias del accidente, pero sus dedos también atravesaron el radio. Un agudo dolor en el pecho hizo caer a Agustín al suelo, produciéndole fuertes espasmos.

Emilia corrió hacia Agustín asustada.

—¿Qué te pasa, por dios!

—No sé, siento un dolor horrible en el pecho —dijo Agustín con la voz entrecortada.

Agustín se quedó inmóvil unos momentos por si el dolor regresaba. Trató de levantarse, pero otra vez sintió como si le estuvieran sacando el corazón.

—¡Ah, de nuevo el dolor...! ¡Qué fuerte!

—¿Qué te pasa mi amor? —preguntó Emilia, mientras les sujetaba las manos.

—No sé, el dolor es insoportable —gimoteó Agustín.

—¡De nuevo, no!, ¡por favor!, ¡no lo soporto!

Agustín sintió un tirón en su cuerpo y soltó las manos de Emilia. Agustín horrorizado fue arrastrado hacia la carretera por una fuerza invisible, desapareciendo en un segundo.

Emilia quedó sin habla.

—Mamá ¿Qué le pasó al papá? —preguntó Matías aterrado.

—Mamá, ¿qué le pasó al papá?

—¡Mamá!

—No sé hijo, no sé —respondió Emilia, llorando y abrazando a Matías.

—¿Se lo llevaron al Infierno?

—Cómo puedes decir eso, por dios. Tu padre no es malo.

—No tonto. Para irte al Infierno tienes que matar a alguien, y cuando llega tu hora, un montón de demonios se agarran de tu sombra y te llevan al Infierno — contestó Ignacio.

—¿Y cómo sabes eso? —interrogó Matías.

—Lo vi en una película.

—Mi papá dijo que las películas son mentiras.

—No, no son mentiras.

—Niños no peleen, por favor. Debemos estar unidos, porque no sabemos lo que pasará.

## Capítulo 7

Una columna resplandeciente se abrió del Cielo. Miles de hebras luminosas de colores, giraban inundando el ambiente con una sutil neblina.

—¡Mamá mira!, ¡mira!, ¡la luz! —gritó Matías.

—Es el túnel de luz —dijo Ignacio.

—Yo lo vi primero —contestó Matías.

Matías se dirigió al túnel de luz y su espíritu se despegó del suelo, levantándolo como si fuese una pluma.

—Matías no te acerques, puede ser peligroso —dijo Emilia.

Ignacio tomó la mano de Matías, quien se hallaba en el centro del túnel de luz. El espíritu de Ignacio se elevó unos centímetros del suelo.

—Mamá, mira, es divertido.

Emilia aún asustada, tomó la mano de Ignacio y sintió un hormigueo en todo el cuerpo. Su cuerpo se encontraba suspendido en el aire.

—Niños, no se suelten por ningún motivo —dijo Emilia.

—Mamá es divertido, puedo volar —dijo Matías.

—Mamá, ¿dónde vamos? —preguntó Ignacio.

—No sé hijo, pero no se suelten.

Emilia y los niños entraron al túnel de luz sintiendo una fuerza que los elevaba del suelo. Ascendieron lentamente al principio, pero a los pocos segundos el coche estrellado comenzó a alejarse, así como el bosque, la carretera, la ciudad, el país... la Tierra.

Nubes aisladas pasaban como un suspiro por el túnel de luz, hasta que las nubes se hicieron cada vez más densas.

Al final del túnel, un punto luminoso más brillante que el sol, se hizo cada vez más grande hasta cubrirlos en su totalidad.

## Capítulo 8

Las nubes comenzaron a disiparse. A lo lejos, cientos de espíritus esperaban en distintas filas. Los niños pisaron con cuidado la superficie hecha de nubes grises. El primero en soltarse de la mano de Emilia fue Matías, quien caminó y saltó sobre las nubes grises.

—Mira mamá, se siente como caminar sobre mi cama.

—Hijo, tenga cuidado.

—Mamá, ya no nos puede pasar nada.

—Sí, pero me da miedo todo esto.

Ignacio apretó la mano de Emilia. Estaba asustado.

Un espíritu de túnica gris sentado sobre una nube, daba instrucciones por un megáfono metálico.

—Por favor respeten la fila y esperen su turno para ser atendidos.

—Señor, señor —gritó Emilia.

—Señora, ubíquese en la fila correspondiente para que pueda ser atendida. Si se equivoca de fila tendrá que hacerla de nuevo.

—Señor, ¿cuál es la fila que nos corresponde?

—Según el tipo de muerte que tuvo, obviamente —contestó el funcionario gris irritado.

—Al parecer tuvimos un accidente.

—¿Al parecer tuvieron un accidente? Deberían saber cómo murieron, para así asignarles sus discos de identificación.

—Tuvimos un accidente en coche y...

—Eso es más claro, accidentes fatales, fila tres.

—¿Y cuál es la fila tres?

—¿Cómo?, ¿no sabe cuál es la fila tres? Todos saben cuál es la fila tres. La fila tres corresponde a los espíritus humanos que murieron en accidentes. —Exclamó el funcionario gris.

—¿Me podría indicar cuál es la fila tres? —preguntó Emilia.

El funcionario gris hastiado, dio vuelta en su nube, dirigiéndose hasta la fila correcta. La nube al moverse producía el sonido como de cientos de pompas de jabón explotando. Emilia con los niños de la mano, siguieron al funcionario gris.

—Mire, cuente. Uno, dos, tres, esta es la fila tres. Esperen aquí hasta que les toque su turno y les den sus discos de identificación.

—¿Tú eres un ángel? —preguntó Ignacio.

—Ja, ja, yo, ¿un ángel? Ja, ja, ja, no me hagas reír, ¿tengo cara de guardián acaso?

—Estamos en el Cielo, ¿no es cierto?

—Cómo quisieras, como quisieran todos estar en el Cielo. Están en el Purgatorio, en la Antesala de Selección Espiritual.



—Ustedes creían que era morir y llegar al Cielo sin más, ja, ja, ja, ja, no me hagan reír.

El funcionario gris se puso serio y volvió a su trabajo.

—Por favor, respeten la fila y esperen su turno para ser atendidos. Si se equivocan de fila tendrán que hacerla de nuevo.

Emilia y los niños se ubicaron al final de la fila de los accidentados. Del interior de la Antesala de selección espiritual, siguieron apareciendo nuevos espíritus. El funcionario gris gozaba apocando a los recién llegados.

La Antesala de selección espiritual, se encontraba cubierta por un enorme domo casi transparente con la forma de un panal de abejas. Dos ángeles guardianes se paseaban entremedio de las filas con cara de pocos amigos. Los ángeles medían más de dos metros cada uno y vestían sencillas túnicas blancas, que dejaban ver sus brazos y piernas fibrosos y musculosos. Sus alas eran blancas y su frente, muy amplia, con un tercer ojo ubicado arriba de las cejas. Sus cabellos rojos y largos, les llegaban al pecho. Los ángeles guardianes usaban largas lanzas como armas para disuadir a los espíritus conflictivos.

## Capítulo 9

—Mamá, estoy aburrido —dijo Matías.

—Hijo, tenemos que esperar hasta que llegue nuestro turno.

—Mamá falta mucho ¿Puedo ir a ver cuánto falta?

—No, porque te puedes perder.

—Y si Ignacio me cuida, ¿puedo ir?

—Sí, pero van y se devuelven de inmediato.

—Bueno —dijo Matías feliz.

—Mamá, no quiero cuidar a Matías —gimió Ignacio.

—Sí, me tienes que cuidar porque soy pequeñito y me puedo hacer daño —se burló Matías, quien salió huyendo.

Ignacio corrió hasta alcanzarlo.

—No te separes de mí, o verás lo que es bueno —gruñó Ignacio.

—Si me golpeas, te acuso para que te castiguen.

—Oye, soy tu hermano mayor. Cuando no está el papá o la mamá, yo mando, ¿entendiste? —dijo Ignacio, sujetando a Matías del brazo.

—Sí, entendí —contestó Matías triste, acordándose de su papá.

Ignacio trató de cambiarle el tema.

—Matías mira hacia el frente —le susurró Ignacio.

—¿Dónde?

—Ahí tonto, al ahorcado del frente.

—¿Ese qué está ahí? —apuntó Matías.

—No apuntes con el dedo.

Al frente de la fila, se hallaba el espíritu de un hombre ahorcado con una cuerda atada a su garganta. Su cuello era más largo de lo normal y su cabeza colgaba flácida sobre su pecho. El espíritu del ahorcado se agarró de los cabellos y levantó su cabeza fijando la mirada en los niños. Ignacio y Matías nerviosos, continuaron caminando a lo largo de la fila de los accidentados.

Los niños miraban fascinados la fila de los espíritus que murieron accidentados. Una cañería de cobre atravesaba el pecho de uno de los espíritus. Un surfista tenía un tiburón mordiéndole la cintura. Otro espíritu se hallaba aplastado y avanzaba balanceándose. Otro espíritu se encontraba con todo el cuerpo chamuscado. Al parecer murió electrocutado. Unas bolsas negras se movían cada vez que avanzaba la fila.

Los niños se pasaron a la fila de enfrente, que avanzaba más rápido. Era la fila de los suicidas. A un espíritu le salían gusanos por todo el cuerpo. Otro tenía una gran piedra atada al cuello, con una soga. Conversaba con otro espíritu que tenía un gran agujero atravesándole la cabeza. Al final de las filas, había varios cubículos, donde funcionarios grises estaban sentados haciendo preguntas. Luego le entregaban discos transparentes de identificación, que los espíritus se colgaban al cuello. Un funcionario

gris le colocó a un espíritu suicida, grilletes en las manos y pies. Dos ángeles guardianes escoltaron al espíritu suicida por uno de los pasillos del Purgatorio. Los ángeles guardianes picaban al espíritu con sus lanzas, apurándolo.

Ignacio y Matías cruzaron a la siguiente fila, donde se encontraron con espíritus ancianos y otros con batas de hospital. Era la fila que menos avanzaba. Los Espíritus más ancianos se movían con muletas, andadores o silla de ruedas. Otros espíritus les salían tubos por la boca o el cuerpo. Todos se veían muy enfermos.

Los niños se pasaron a la siguiente fila. Un espíritu tenía un hacha incrustada en la cabeza. Conversaba con otro partido por la mitad. Otro espíritu con un bloque de cemento en sus pies, avanzaba a saltos. El espíritu de un carnicero se sacó el cuchillo enterrado en su pecho y lamió su sangre, mirando a los niños. Los espíritus de la fila de los asesinados dejaron de hablar y todas las miradas se fijaron en los niños.

Ignacio y Matías nerviosos, se cambiaron a la fila de los accidentados y corrieron hasta llegar donde Emilia.

## Capítulo 10

¿Por qué tardaron tanto?

—Porque fuimos hasta el principio de la fila y era muy, muy larga —dijo Matías.

—Esperaremos hasta que llegue nuestro turno.

—Mamá, falta mucho aún, ¿qué podemos hacer para divertirnos?

—Nada.

—Nada, es aburrido, yo no quiero hacer nada.

—Aprende de tu hermano, que está tranquilo.

—Ignacio es aburrido igual que tú, nunca hace nada divertido.

—No es cierto —contestó Ignacio—, soy el mejor de la escuela andando en patineta.

—Si me prestaras la patineta te ganaría.

—Eres muy pequeño para andar en patineta.

—Tengo ocho años. Me faltan solo dos para alcanzarte.

—Siete años y medio, aún no tienes ocho años.

—Mamá, dile que casi tengo ocho años.

—Por favor, no discutan. Ignacio, deberías cuidar a Matías y no pelear con él —dijo Emilia molesta.

—Mamá, Matías fue quien me empezó a molestar y ahora yo tengo la culpa. No es justo —reclamó Ignacio, mientras Matías le sacaba la lengua a Ignacio.

## Capítulo 11

Del fondo de la Antesala de Selección Espiritual, brotó una espesa neblina. Aparecieron unas siluetas borrosas. Al disiparse la neblina, los contornos formaron los espíritus de doce niños vestidos de exploradores, con sus ropas sucias y hechas jirones. Los espíritus de los niños más pequeños lloraban, contagiando a los demás. Un espíritu adulto con ropa militar mimetizada y pantalones cortos, apareció entremedio de las nubes. Era el jefe de la tropa. Hizo sonar su silbato con la señal de formación. Los espíritus de los niños se colocaron en fila de dos.

—Niños, cantemos una canción para entretenernos. Y dice:

Yo soy *scout*,  
de corazón,  
acamparé con ilusión...

Los espíritus más pequeños con sus ojos rojos por el llanto, repetían de forma automática la canción.

—Bien niños, ahora cantaremos la canción de Guillermo Tell. Los más pequeños repetirán a pata pelá. Todos juntos. Mientras tanto iré a averiguar dónde estamos.

Guillermo Tell,  
*a pata pelá*.  
Con gran valor,  
*a pata pelá*.  
A los cosacos les dio la Libertad,  
*a pata pelá*...

Los espíritus que esperaban en las filas, se volvieron para ver quiénes eran los escandalosos. Un funcionario gris nervioso, llegó sobre su nube gritando por el altavoz.

—Está prohibido cantar o hacer ruido en este sector ¿Quién está a cargo de los niños?

El espíritu del jefe de la tropa se acomodó su boina verde y con movimientos pomposos, se acercó al funcionario gris.

—¿Usted es el responsable de este ruido infernal? —preguntó el funcionario gris.

—Sí, señor, yo soy el responsable, mi nombre es Peter...

—No me interesa su nombre, haga callar a los niños. Está prohibido hacer desordenes públicos en sectores no autorizados.

—Si me deja explicarle yo podría...

—No me explique nada, haga lo que le dije o aténgase a las consecuencias.

El espíritu del jefe de la tropa dio media vuelta e hizo sonar el silbato haciendo un gesto con la mano derecha. Los niños se callaron y se colocaron en posición de firmes.

—Así está mejor —gruñó el funcionario gris.

Los espíritus de los niños, aún asustados, comenzaron a llorar y contagiaron de

nuevo a los más pequeños.

—¡Haga callar a los niños! —gritó el funcionario gris.

—Eso era lo que trataba de decirle. Les hice cantar para que no lloraran.

—Esto es peor que hacerlos cantar. Esto no puede ser. Habrá que tomar medidas al respecto —dijo el funcionario gris.

—Señor, quisiera saber dónde estamos.

—Están en el Purgatorio, por si no se ha dado cuenta.

—¿Estamos muertos?

—Me parece que eso es ¡Obvio!

—Y ahora que hacemos, ¿esperamos aquí?

—No, no pueden esperar aquí. Tienen que formarse en la fila que les corresponde.

—Señor, ¿sirve cualquier fila?

—¿Cómo que cualquier fila? Ubíquense en la fila que les corresponda.

—Y, ¿cuál fila sería esa?

—Como no van a saber que fila les corresponde, ¿abajo nadie les dijo nada?

—No, nadie...

—Cómo, por Dios. Empecemos por el principio ¡Cómo murieron!

—Íbamos al tercer *Jamboree* mundial y nos preparamos todo el año juntando dinero y...

—Eso no me interesa. ¡Cómo murieron!

—A eso iba. Yo como jefe de la tropa de la Agrupación de Exploradores de la Llanura Empinada, contratamos un bus según el dinero que reunimos...

—Al grano, al grano. ¡Cómo murieron!

—A eso iba. El dinero no alcanzó para un bus de primera y contratamos un bus económico, pero se le cortaron los frenos y caímos a un barranco en donde...

—Accidente, accidente, por fin, fila tres, fila tres —interrumpió el funcionario gris en tono triunfal.

—Espere, aún falta lo mejor...

—No me interesa. Ubíquense en la fila de los accidentes.

El jefe de la tropa hizo sonar su silbato y se dirigió hacia los niños que esperaron llorando.

—Niños síganme, nos formaremos en la fila tres —dijo el jefe de la tropa marchando sin moverse de su lugar.

—Calle a los niños —gruño el funcionario gris.

—¿Les hago cantar?

—Hágalos callar, por favor, el ruido es insoportable. Quédense en la fila que les corresponde y veré si puedo hacer algo. —Dijo el funcionario gris, quien dio media vuelta y salió volando a toda prisa, hasta perderse.

Los espíritus que se hallaban en las filas observando, volvieron sus tareas habituales, es decir, seguir esperando a que la fila avanzara.

## Capítulo 12

—Mamá, ¿podemos ir con los demás niños? —preguntó Matías.

—Está bien, pero no se separen.

—Mamá, no quiero ir —contestó Ignacio.

—Van los dos o no va ninguno.

Matías se acercó hasta los doce espíritus de los niños que miraban asustados. Ignacio fastidiado tuvo que seguir a su hermano.

—¿Cómo llegaron aquí? —preguntó Matías.

—Nos caímos a un barranco y parece que nos morimos casi todos —contestó el espíritu de un niño de diez años, guía de la patrulla.

—¿Quieres ir a ver las otras filas de espíritus muertos? —preguntó Matías.

—No puedo, tengo que cuidar de los más pequeños —contestó el guía.

—¿Qué puedo hacer? Estoy aburrido. Hace rato que esperamos nuestro turno.

El guía sacó del pantalón una cuerda trenzada que usaba como correa y se la pasó a Matías. El guía de la patrulla le enseñó a Matías como realizar nudos básicos como el llano, para unir cuerdas, un ballestrinque para sujetar una cuerda a un palo, y el as de guía para subir o bajar a una persona en un rescate. Matías aprendió rápido. Ignacio no se encontraba de ánimo para jugar, así que solo observó.

El guía se sacó la pañoleta roja con franjas doradas del cuello y se la dio a Matías como premio por aprender a realizar bien los nudos. Matías orgulloso con su pañoleta nueva, le hizo burla a Ignacio.

## Capítulo 13

El funcionario gris, apareció, escoltado por dos ángeles guardianes armados con lanzas.

—Haremos pasar a los espíritus de los niños por los módulos de atención, pero solo si se callan y dejan de cantar —dijo el funcionario gris al jefe de la tropa.

—Este buen hombre me dijo que si todos guardamos silencio, podremos pasar primero.

—¿Iremos a casa? —preguntó el espíritu de un niño explorador.

—No lo sé, pero será mejor que esperar aquí.

Los niños se alegraron mientras el guía de la patrulla formaba a los niños más pequeños. Matías acompañó a su nuevo amigo y se formó junto a los demás, para continuar conversando. Ignacio no tuvo más remedio que seguir a su hermano.

—¡Mamá!, ¡ya venimos! —le dijo Ignacio a Emilia, mientras alcanzaba a Matías.

El funcionario gris avanzaba sobre su nube, seguido por el jefe de patrulla y los niños, mientras los ángeles guardianes los escoltaban.

Algunos espíritus que esperaban en las filas comenzaron a reclamar y a chiflar.

En la fila de los enfermos, uno de los espíritus levantó la voz reclamando, porque era injusto que no hicieran la fila como los demás espíritus. Uno de los ángeles guardianes se detuvo y se acercó a la fila de los enfermos. El silencio fue instantáneo.

El ángel guardián se acercó al incitador, lo agarró de un brazo y lo arrastró al final de la fila de los enfermos.

—Yo no fui, yo no dije nada, se lo juro por Dios —dijo el enfermo, pero el ángel guardián no le hizo caso.

El ángel guardián se volvió por donde vino. A su paso, los espíritus se quedaron mudos.



## Capítulo 14

El funcionario gris llegó al inicio de las filas, hasta los cubículos de atención que tenían forma de hexágono, donde los funcionarios grises se encargaban de llenar las solicitudes de ingreso a los espíritus que llegaban al Purgatorio.

El funcionario gris, habló con su colega gris, quien se encontraba sentado en su cubículo. Miró a los niños y al espíritu adulto. El encargado del cubículo gris, descolgó una manguera con un cono en la punta, el cual sopló y comenzó a hablar.

El funcionario gris dio media vuelta y salió volando sobre su nube, perdiéndose entre las filas de espíritus que esperaban su turno.

—Por favor, mándenme las carpetas de vida de los espíritus que sufrieron un accidente en un bus el día de hoy.

El funcionario gris levantó la vista para mirar al grupo.

—Catorce niños y un adulto.

—Gracias.

Pasó el tiempo y los niños comenzaron a llorar de nuevo, pero el jefe de la patrulla les hizo cantar para que se tranquilizaran.

—¿Qué pasará ahora? —le preguntó el guía de la patrulla a Matías.

—No lo sé, con mi hermano llegamos al principio de la fila y nos devolvimos.

El funcionario gris encargado del módulo de atención, llamaba una y otra vez por el comunicador, hasta que apareció otro funcionario gris encorvado, con un alto de carpetas. Apenas veía por donde caminaba. Dejó las carpetas de vida sobre la mesa hexagonal del cubículo, para que el funcionario gris las examinara.

Cada carpeta de vida acumulaba toda la experiencia de una existencia humana. Las carpetas de los niños eran más delgadas, comparadas con las gruesas carpetas de los adultos. El funcionario gris encargado del módulo de atención de los accidentados, contabilizó solo doce carpetas de niños y una carpeta de adulto.

—Faltan dos carpetas de vida en la lista.

—Puede que se hayan traspapelado. Las buscaré de inmediato, ¿se las traigo aquí mismo? —preguntó nervioso el funcionario gris encargado de las carpetas de vida.

—No, mándelas directo a las Unidades de Reencarnación. No quiero que los niños sigan provocando más alboroto.

El funcionario gris, tomó las carpetas de vida y se dirigió a una de las salidas de la Antesala de Selección Espiritual.

—Niños, síganme.

Los niños, Ignacio y Matías, y el jefe de la tropa, siguieron al funcionario gris que atravesó el pasillo hasta llegar a una puerta plateada. Los ángeles guardianes que escoltaban a los niños se acercaron a la puerta y uno de ellos sacó una pesada viga que protegía la entrada. El otro ángel metió una llave dorada dentro del cerrojo y entre los dos ángeles abrieron la puerta hacia el exterior.

—Síganme y no se separen —dijo el funcionario gris llevando las carpetas de

vida.

Ignacio y Matías se devolvieron, pero los ángeles les impidieron la pasada y los empujaron hacia el exterior.

—Nosotros no somos de este grupo —dijo Ignacio. Los ángeles guardianes no les hicieron caso y cerraron las puertas produciendo un profundo sonido metálico.

## Capítulo 15

Fuera del gran domo, el cielo del Purgatorio era azul y las nubes del suelo eran casi blancas.

Los funcionarios grises iban y venían volando sobre sus nubes. Otros entraban y salían caminando de los transportadores, que eran dos medias esferas de unos tres metros de altura, que se abrían al centro, dejando ver una base circular de metal brillante y pulido.

El funcionario gris encargado de las carpetas, se dirigió hasta uno de los transportadores, mientras trataba de mirar por entre medio del alto de carpetas que llevaba. Con gran esfuerzo apretó un botón que tenía en su brazalete izquierdo. Uno de los transportadores se dividió en dos hasta quedar abierto.

—Por favor, ubíquense al centro de la base —dijo el funcionario gris.

Ignacio y Matías preocupados, por regresar, se despidieron en silencio del guía explorador y se alejaron del grupo, escondiéndose detrás del transportador ubicado a la derecha.

El jefe de la tropa y los niños, se acomodaron al centro del disco metálico.

El transportador se cerró. Desde el exterior se escuchó un sonido que aumentó de intensidad, terminando con una pequeña explosión.

Ignacio y Matías quedaron solos.

## Capítulo 16

Ignacio y Matías trataron de abrir el transportador, pero no encontraron ningún botón que apretar.

Los niños se devolvieron hasta el gran domo por donde salieron, pero la puerta ya no existía.

—Ve si tiene un timbre o algo —le dijo Ignacio a Matías.

—¿Por qué tengo que hacer todo yo? ¿Por qué no lo ves tú mejor?

Ignacio movió la cabeza, no quería discutir con Matías, pues era porfiado y aunque estuviera equivocado, le encantaba discutir hasta tener la razón. Sus padres lo consentían demasiado por ser el menor.

Ignacio buscó por todos lados, pero no encontró ningún timbre, ni cerradura, ni citófono ni siquiera una unión.

—Parece como si nunca hubiera existido una puerta —dijo Ignacio.

Ignacio golpeó donde estaba la puerta, pero esta no produjo ningún ruido. Ignacio miró dentro de la cúpula, pero no vio nada. Los niños dieron la vuelta completa al domo, pero no encontraron ninguna otra puerta.

—Estoy aburrido —dijo Matías.

—Esperemos a que alguien salga —dijo Ignacio.

—¿Vamos a ver cómo funcionan los transportadores? —interrumpió Matías.

—No, mejor esperemos aquí —dijo Ignacio.

—Yo quiero ir a mirar.

—No, quédate aquí. Cuando los papás no están, yo estoy a cargo, así que hazme caso.

—¡Atrápame entonces! —le gritó Matías, quien corrió hacia los transportadores.

—Matías no empieces de nuevo.

—Atrápame y te hago caso.

Ignacio trató de alcanzar a su hermano, pero Matías se arrancó una y otra vez.

—Matías, no sigas. Me voy a enojar y te voy a golpear.

—Se va a enojar mi hermano, y me va a golpear, que miedo —dijo Matías burlándose.

—Matías, no sigas.

Ignacio logró agarrar a Matías, pero en ese momento se abrió uno de los transportadores y apareció un ángel muy delgado de la estatura de un espíritu humano.

El ángel salió caminando apresurado y se introdujo dentro de una cúpula gris, más pequeña que la principal.

Matías aprovechó de meterse dentro del transportador, el cual comenzó a cerrarse. Ignacio alcanzó a entrar justo a tiempo.

Dos aros de luz azul aparecieron de la base metálica del transportador. Los aros de luz comenzaron a girar lentamente en direcciones opuestas.

—Matías, mira lo que hiciste.

Ignacio trató de salir del transportador, pero al rozar uno de los aros de luz, este le propinó una descarga de energía que arrojó a Ignacio al centro del transportador.

—¡Esto no está bien! ¡No debimos meternos aquí! —gritó Ignacio, mientras los aros de luz azul aumentaron su velocidad produciendo un sonido casi musical, hasta que un estallido lumínico, hizo desaparecer a los niños, quedando la cúpula de transportación vacía.

## Capítulo 17

La cúpula del transportador se abrió y los niños salieron al exterior asustados.

Las nubes eran del blanco más puro que alguien pudiera imaginarse. Ignacio y Matías caminaron hasta llegar a una fila de espíritus, que esperaba detrás de un cercado de barrotes dorados que se hundían en el horizonte.

En la puerta de entrada un gran letrero indicaba que estaban en el Cielo. Aunque no reconocían las palabras, entendían su significado.

De un altavoz ubicado en la parte superior de la puerta de entrada, sonó una música celestial y una agradable voz de mujer les habló:

«El Cielo les da la bienvenida a los nuevos espíritus. Para facilitar su ingreso, por favor, tengan a la vista sus discos de identificación, ya que serán examinados en el detector áureo. No toquen las rejas doradas que están a la entrada del Cielo, ya que se encuentran cargadas con energía espiritual. Esto es para evitar ingresos no autorizados. Esperamos que su permanencia sea de vuestro agrado. Les saluda el Cielo, gracias».

—Estamos en el Cielo —gritaron entusiasmados Ignacio y Matías.

—Sí, pero tendrán que esperar, porque perdieron las llaves y no pueden abrir las puertas del Cielo —dijo el espíritu que estaba último en la fila.

—Hace rato que esperamos. Pensé que en el Cielo eran más eficientes —interrumpió otro espíritu en la fila.

La cúpula del transportador se abrió y apareció un ángel con varias carpetas que agarraba con las dos manos.

—Matías, mira, es el ángel que vimos en el Purgatorio —le susurró Ignacio a Matías.

El ángel apretó el botón del intercomunicador que había en la puerta del Cielo. Sonó un bello y suave ding dong.

—Ángelo, ¿encontraste las llaves? —dijo la voz por el intercomunicador.

—No San Pedro, fui al Purgatorio a preguntar y no las tienen.

—¿Dónde estarán esas benditas llaves?

—¿Revisó en su oficina?

—La di vuelta, pero no encontré nada.

—¿Revisó bien?

—Crees que no me fijo donde dejo las llaves.

—¿Acaso dudáis de mí?

—No, lo que quise decir es que...

—Ángelo, ¡ven de inmediato!

—Voy San Pedro —contestó Ángelo, quien dio media vuelta con la cabeza gacha y sin mirar a nadie, se dirigió con las carpetas de vida hasta el transportador donde desapareció.

## Capítulo 18

Los espíritus que esperaban en la fila conversaban temas intrascendentes. Los niños aburridos se sentaron en el suelo de nubes.

El intercomunicador quedó encendido y se escuchaban sonidos de cajones abriéndose y cerrándose.

«Sí, revisé ahí. No es necesario hacerlo de nuevo».

«Mire San Pedro, aquí están las llaves».

«¿Dónde?».

«Mire, aquí, debajo de la silla de su escritorio».

«Que bueno, pásamelas».

«Carraspera».

Se escucha por el intercomunicador:

«Debido a un pequeño percance, tuvimos un ligero retraso, pero ya está solucionado. Gracias por vuestra paciencia».

—Sí. El pequeño percance es que perdió las llaves del Cielo —dijo un espíritu.

Los demás espíritus rieron.

«Oí eso» —dijo San Pedro.

«Dejó el intercomunicador encendido por eso...» —se sintió un clic y ya no se escuchó nada más.

Unos instantes después, apareció un hombre de mediana estatura, regordete de barba blanca y rizada, con una gran sonrisa. Era San Pedro junto a su ayudante Ángelo, quien lo seguía detrás.

—De inmediato les abro la puerta de Cielo.

San Pedro sacó de su cintura una argolla llena de llaves antiguas. Seleccionó una y la introdujo dentro de la cerradura. Un golpe de energía espiritual produjo un espasmo en su mano. San Pedro miró para todos lados por si alguien pudo darse cuenta.

—¡Ángelo!, ¡no te olvides de desconectar la energía! —gritó San Pedro, mientras miraba a los espíritus con una sonrisa por entre medio de los barrotes.

Ángelo bajó una gran palanca y la energía dejó de funcionar.

San Pedro abrió la puerta hasta atrás y extendió los brazos.

—¡Bienvenidos al Cielo! Espero que vuestra estadía sea de lo mejor.

## Capítulo 19

—Antes de entrar, por favor, pasen sus discos de identificación por el detector áureo —dijo San Pedro.

—¿Dónde está el detector áureo? Yo no veo ninguno —dijo uno de los espíritus.

—¡Ángelo! —gritó San Pedro.

Ángelo, subió una palanca doble. Del suelo de nubes apareció una cabina de cristal.

—Coloquen sus discos de identificación aquí —dijo San Pedro, apuntando a un eje giratorio.

El primer espíritu se sacó el disco transparente que tenía en el cuello y lo colocó en el eje, ubicado a un costado de la entrada de la cabina de cristal. El disco empezó a girar y sus surcos se iluminaron.

El espíritu ingresó al interior del detector áureo donde un *flash* de luz blanca explotó, dejando al espíritu ciego por unos segundos. San Pedro, en el exterior de la cabina, sacó una placa flexible, donde pudo apreciar el contorno del espíritu compuesto de franjas de colores que indicaban los niveles de energía espiritual. San Pedro miró la placa unos segundos y aprobó la imagen.

Ángelo se encargaba de colocar las placas flexibles correspondientes a cada espíritu.

—Este es un procedimiento de rutina para evitar que ingresen espíritus no autorizados al Cielo —dijo San Pedro.

Uno a uno, los espíritus pasaron por el detector áureo hasta que llegó el turno de Ignacio y Matías.

—Saquen sus discos de identificación —dijo San Pedro.

—No nos dieron —dijo Matías.

—¿No les dieron? Todo espíritu que llega al Cielo debe venir con su disco de identificación. Pasen por la cabina por si acaso.

Los niños pasaron por el detector áureo y las placas flexibles indicaron que la energía espiritual de los niños era normal.

—No son espías —dijo San Pedro suspirando aliviado.

—Ángelo. Desconecta el detector, por favor —indicó San Pedro.

Ángelo jaló la palanca hacia abajo. El detector se apagó y la cabina de cristal descendió por entre las nubes hasta desaparecer.

San Pedro cerró las puertas del Cielo y se dirigió hasta Ángelo que se encontraba junto a los niños. Las llaves quedaron puestas en la cerradura, pero San Pedro no se dio cuenta.

—Ángelo, revisa las carpetas de vida de estos niños, no puede ser que no tengan sus discos de identificación.

—Lo revisaré de inmediato.

—Niños, se quedarán a mi lado hasta que sepa cuál es su situación.



—¿Puedo confiar en ustedes? O traigo a los ángeles guardianes para que los vigilen hasta que me llegue la información.

—Preferimos quedarnos a su lado San Pedro. Mi hermano no hará nada malo, ¿no es cierto? —dijo Ignacio mirando a Matías.

## Capítulo 20

—Antes que empecemos con las charlas de capacitación, les entregaremos sus nuevas vestimentas —dijo San Pedro dirigiéndose a los nuevos espíritus.

Un mesón circular y un probador aparecieron del suelo de nubes. Ángelo se encontraba dentro del mesón y después de una rápida mirada de pies a cabeza, le pasó a cada espíritu, una túnica blanca de lino doblada, un cordel para la cintura y un par de sandalias. Los espíritus se cambiaron en los probadores, y la ropa sobrante que dejaron los espíritus, fue incinerada para evitar cualquier contaminación negativa en el Cielo.

Los nuevos espíritus salieron de los probadores y se miraban sus nuevas túnicas. Matías se agarró la pañoleta que tenía en el cuello. No quería que nadie se la quitara. Los espíritus de los niños se quedaron con sus ropas de cuando estaban vivos.

—Esta será la vestimenta que usarán mientras estén en el Cielo —les dijo San Pedro a los nuevos espíritus.

—¿Cómo sabremos quienes son más importantes en el Cielo, si todos vestimos igual? —preguntó uno de los espíritus.

—Aquí todos son importantes —contestó San Pedro.

—Me imagino que sí, pero me refiero a que algunos espíritus serán más importantes que otros ¿Cómo sabremos eso?

—En la Tierra —interrumpió otro espíritu—, sabemos el nivel social de la gente por su apariencia, ropas, dinero, o coches.

—Aquí no usamos coches, usamos nubes —contestó San Pedro extrañado.

—¿Hay alguna forma de saber si algún espíritu es más evolucionado que otro?

—Ah, se refiere a eso. En el disco de identificación que tiene cada espíritu colgado al cuello, indica su nivel de evolución.

—¿Cómo sabremos que espíritu es más evolucionado que otro?

—Ah, creo entender sus dudas. Todos los espíritus llegan al Segundo Cielo y luego son enviados a los bulbos de vibración, trasladándose al sector de evolución que les corresponde.

—¿Cuándo nos darán las alas?

—Los espíritus humanos no usan alas, usan nubes, pero ya llegaremos a eso. —Contestó San Pedro.

—Les doy la bienvenida oficial al Cielo. Mi nombre es San Pedro y soy el encargado del Segundo Cielo. A mi lado está mi ayudante Ángelo, quien tratará de solucionar cualquier problema que tengan en su estancia en este hermoso lugar. Pocos son los elegidos, así que siéntanse privilegiados de estar aquí. Enhorabuena —dijo San Pedro feliz, quien junto a Ángelo les brindaron un aplauso—. Mientras revisamos sus carpetas de vida, los dejaré a cargo de los ángeles instructores, quienes los capacitarán en este nuevo estado de transición. Muchas gracias —dijo San Pedro.

## Capítulo 21

Dos ángeles aparecieron agitando sus enormes alas, provocando el asombro de los espíritus. Los ángeles replegaron sus alas y caminaron unos pasos hasta detenerse frente a los espíritus, apocados por los casi dos metros que medía cada ángel.

—Mi nombre es Mebahel.

—Y el mío es Omael.

—Realizaremos una charla de coordinación celestial, para que aprendan las reglas básicas y no tengan problemas en el Segundo Cielo. Para terminar, aprenderán el uso básico de los anillos nube, con una demostración práctica.

Los niños se miraron y pensaron que se trataba de algo divertido.

—Niños, acompáñenme a mi oficina, ahí revisaremos sus carpetas de vida y veremos que pasó —les dijo San Pedro a los niños en voz baja.

—¿Podemos quedarnos a escuchar un rato? —preguntó Matías.

—No, porque no están autorizados.

—No vamos a hacer nada malo. Nos vamos a sentar y a escuchar, nada más —dijo Matías poniendo su cara más inocente.

—¿Pueden quedarse los niños con ustedes? —preguntó San Pedro nervioso a los ángeles instructores.

—No hay problema, siempre y cuando no interrumpan —contestó Mebahel.

—Bien, los dejo con ustedes —dijo San Pedro, dirigiéndose a su oficina.

—Omael les entregará el manual de instrucciones y buen comportamiento a los nuevos residentes del Cielo. Antes de preguntar, lean el manual.

—¿Conoceré a Dios? —interrumpió un espíritu.

—La respuesta sale en el manual —contestó Mebahel.

—Pero ¿lo conoceré? —insistió el espíritu.

—No.

—¿Por qué no?

—No. No podrán conocer a Dios, porque él vive en el Séptimo Cielo.

—A mí me enseñaron que al morir estaría al lado de Dios —dijo un espíritu.

—Si así fuera, tendríamos a miles de millones de espíritus humanos al lado de Dios y no podría trabajar haciendo nuevos mundos, nuevos animales, o razas de personas. Tengan en cuenta que la Tierra no es el único planeta del cual Dios está encargado.

—¿Le puedo hacer una pregunta a Dios si tengo alguna duda?

—Eso también sale en el manual de instrucciones y la respuesta es no.

—Les repito. No, no le pueden preguntar nada a Dios. Si cada espíritu de los miles de millones que hay en el universo, le hiciera una pregunta a Dios, se demoraría miles de años humanos en responderles a todos y casi siempre son las mismas preguntas. Por eso Dios dejó un listado de preguntas frecuentes, que siempre hacen los espíritus que llegan al Segundo Cielo. Lo encontrarán al final del manual de

instrucciones y buen comportamiento, como por ejemplo:

—¿Me encontraré con mis seres queridos? ¿Cuántos cielos existen? ¿Los animales se van al Cielo? ¿Cuándo se acabará el mundo? ¿Viviré eternamente en el Cielo? ¿Cuál será el momento oportuno para reencarnar?

—Estas y otras preguntas salen contestadas en el manual de instrucciones y buen comportamiento. Les pido, por favor, que no hagan más preguntas y pasemos al siguiente tema.

## Capítulo 22

—Omael les dará a cada uno de ustedes, un anillo nube que podrán usar como medio de transporte y además les servirá de habitación hasta su próxima reencarnación.

Omael les entregó un anillo plateado a cada uno de los espíritus. Ignacio y Matías también recibieron un anillo nube, que al colocárselos en sus pequeños dedos, estos se ajustaron a la perfección.

—La nube que hay al interior de los anillos está hecha a base de vibración muy elevada, por eso las nubes son muy resistentes. A continuación, les mostraremos cómo funciona el anillo nube. Por favor sepárense un poco y besen el anillo una sola vez.

Los espíritus besaron el anillo nube y de su interior apareció una nube del mismo tamaño que el espíritu al que pertenecía el anillo. Las nubes se tambaleaban produciendo un suave sonido como si fueran decenas de burbujas de jabón explotando. Ignacio y Matías eran los más entusiasmados al ver las nubes.

—Besen el anillo nube dos veces —dijo Mebahel.

Los espíritus besaron los anillos dos veces y las nubes desaparecieron absorbidas por los anillos.

—Aprendimos a sacar y a guardar una nube. Por favor, besen de nuevo el anillo. Aprenderán a subirse a la nube sin caerse.

El ángel Mebahel esperó a que todos los espíritus estuvieran listos.

—Súbanse a la nube y traten de mantener el equilibrio.

Los espíritus se subieron a las nubes, pero algunos perdieron el equilibrio cayendo al suelo. Ignacio y Matías acostumbrados a usar patinetas, no tuvieron ninguna dificultad en mantener el equilibrio. Incluso algo tan sencillo les parecía que no era como para hacer una clase sobre ello.

—No se preocupen si se caen, lo más difícil al principio es superar el miedo —dijo Omael—. No teman caerse, pues ahora son espíritus y no se le pasará nada.

Ignacio y Matías estaban desesperados por aprender a usar la nube, pero la charla avanzaba al paso de una tortuga en cámara lenta.

—Como ya subieron todos a las nubes y aprendieron a mantener el equilibrio, vamos a usar nuestra mente para dirigir la nube. Imagínense que la nube se mueve hacia arriba.

Los espíritus trataron de imaginar la nube subiendo, pero era muy difícil.

Para Ignacio y Matías era muy fácil hacer que la nube subiera. Ignacio tenía mayor dominio de la nube, pero Matías era más arriesgado. Al principio hacían fuerza con la vista, pero luego de un rato ya no era necesario.

—¡Veamos dónde termina el Cielo! —gritó Matías quien salió disparado perdiéndose entre las nubes.

Ignacio lo siguió detrás, desapareciendo juntos. Los niños subían y subían y los barros dorados del Cielo parecían no tener fin, hasta que el ángel Omael agarró a

los niños del brazo y los detuvo.

—Niños, esperen a que les enseñemos el resto de la clase.

Omael bajó de entre las nubes y dejó a los niños junto a los demás espíritus en entrenamiento.

—Ahora aprenderemos a movernos hacia adelante y hacia atrás.

Otra vez el nerviosismo de los espíritus adultos les jugó una mala pasada y algunos cayeron al suelo de nubes.

Ignacio y Matías controlaron la nube en un santiamén. Matías de nuevo salió disparado a toda velocidad, seguido por su hermano mayor.

—¡Mira lo rápido que voy! —gritó Matías.

—¡Guau, esto es fantástico! —dijo Ignacio.

—¡Puedo ir más rápido que tú!

—¡Eso lo veremos!

Ignacio se concentró y alcanzó a Matías. Los niños pasaron a gran velocidad despertando a un grupo de espíritus que dormían sobre sus nubes. Ignacio y Matías volaron a toda velocidad, sobre un coro celestial que practicaban con sus liras, dispersando las hojas con las partituras, que dirigía el espíritu encargado del coro.

Un grupo de espíritus arquitectos, se entretenían construyendo edificios de materia nube. Moldeaban bloques de nubes con las manos y los apilaban unos sobre otros, hasta crear un gran edificio. Los niños pasaron volando y atravesaron el edificio hecho de nubes, desarmando los bloques que cayeron sobre los espíritus, quienes les gritaron insultos celestiales.

Ignacio y Matías se acercaron demasiado a los barrotes del Cielo. Ignacio ladeó la nube con sus pies y alcanzó a virar justo a tiempo.

—¡Ignacio! ¡No puedo doblar! —gritó Matías.

—¡Inclina la nube con los pies como una patineta!

Matías no alcanzó a girar la nube y se estrelló contra los barrotes dorados del Cielo. Ignacio asustado, se acercó a Matías para ver como se encontraba.

—Estoy bien. Es divertido —dijo Matías tratando de sacar la cabeza de entre medio de los barrotes.

Una gran mano agarró la cabeza de Matías y de un tirón, le sacó la cabeza de entre los barrotes.

—Eso no se hace —dijo Omael—. Las nubes se usan para trasladarse, no para jugar ni hacer competencias de velocidad.

Omael tomó a los niños de los brazos y salió volando hasta llegar al grupo de espíritus.

—San Pedro, los niños están causando problemas —dijo Omael, quien aterrizó al lado de la oficina de San Pedro.

—Niños no cumplieron su palabra. En el Cielo la palabra lo es todo, tendré que llamar a los ángeles guardianes para que los detengan hasta saber su situación —dijo San Pedro enfadado.

—San Pedro, por favor, no haremos nada malo de ahora en adelante —dijo Matías.

—Le doy mi palabra —dijo Ignacio.

—Yo también le doy mi palabra —dijo Matías.

—Niños, en el Cielo dar la palabra es muy serio. No se puede prometer y después no cumplir. Me dieron su palabra, confiaré en ustedes y no los llevaré con los ángeles guardianes.

—Gracias —dijeron los niños.

## Capítulo 23

—Niños, no encuentro sus carpetas de vida para ingresarlos al Cielo. Díganme la verdad ¿Cómo llegaron aquí?

Ignacio y Matías se miraron por un instante y luego agacharon la cabeza apenados.

—Salimos del Purgatorio porque estábamos aburridos y nos metimos en una especie de ascensor y llegamos a este lugar —dijo Ignacio.

—Lo que me dices es terrible ¿No los vio ningún ángel guardián? ¿Nadie los detuvo en el Purgatorio? —preguntó San Pedro.

—Parece que no nos vio nadie —dijo Ignacio.

—Me parece muy grave que en el Purgatorio no haya ninguna vigilancia. Cualquiera puede ingresar al Cielo y vulnerar nuestra seguridad. Tendré que conversar en persona con el Director General del Purgatorio. Se quedarán conmigo hasta que esto se aclare. Ángelo, ven, por favor. Necesito que vayas al Purgatorio y averigües si saben algo de dos espíritus de niños que se perdieron. Trata de ser discreto.

—Sí San Pedro, voy, Purgatorio, discreto, niños perdidos —contestó Ángelo.

—Trata de hablar con el Director General del Purgatorio, dile que vas de mi parte, ¿entendiste?

—Sí San Pedro, Purgatorio, discreto, niños perdidos, Director Purgatorio, hablar. Me queda claro —dijo Ángelo.

Ángelo salió hacia el transportador que se encontraba en las afueras del Cielo. Mientras el transportador se abría, Ángelo trataba de memorizar lo que le había dicho San Pedro.



## Capítulo 24

—Por hoy terminamos con el entrenamiento básico. Estudien el manual de instrucciones y las preguntas frecuentes —dijo Mebahel—. Que tengan un buen día.

Mebahel y Omael se despidieron, abrieron sus alas y salieron volando hasta perderse entre medio de las nubes del Cielo.

Los espíritus estaban sorprendidos de lo mucho que aprendieron en tan poco tiempo. Algunos espíritus empezaron a leer el manual de inmediato, mientras los demás trataban de equilibrarse sobre la nube.

—Me alegro de que les haya sido de utilidad la charla. Ahora los llevaré al Sector de Vibración Angélica, para que sean ubicados donde les corresponda según su evolución en la tierra —dijo San Pedro con una gran sonrisa.

—Niños, ustedes se quedarán en mi oficina y no tratarán de escapar ni nada, pues ya me dieron su palabra.

Los niños afirmaron en silencio.

## Capítulo 25

San Pedro junto a los nuevos espíritus, llegaron en el transportador al Sector de Vibración Angélica. Se distinguían a lo lejos unos bulbos transparentes parecidos a ampollitas alargadas, de unos dos metros de altura. Había cinco bulbos transparentes a la derecha y cinco a la izquierda. Al fondo se encontraban tres bulbos blancos, siendo el del centro el bulbo más grande.

—Introduzcan sus discos de identificación en el bulbo correspondiente y esperen hasta que la escotilla se abra. Una vez dentro, cada bulbo de vibración angélica, detectará el grado de evolución de cada espíritu y según ese dato, serán enviados al sector del Cielo que les corresponda.

El primer espíritu entró al interior del bulbo y este produjo un sonido muy suave, casi melódico. Se originó una especie de *flash* de luz esmeralda y el espíritu desapareció. Luego le sucedió un *flash* violáceo, rosado y azulino. El último espíritu insertó el disco en el eje giratorio y el bulbo se iluminó de una hermosa luz albina. En ese momento llegó de entre las nubes un ángel informador acompañado de un espíritu que iba sobre una nube. El espíritu acomodó el trípode de una cámara antigua, sacó el protector del lente, ajustó el cono captador del sonido y por último insertó un cristal de grabación.

—¿Estás listo? —preguntó el ángel informador Ksiel.

—Cuando guste —contestó Érico.

—Espere, espere, ¿podría contestarme algunas preguntas? —dijo el ángel informador Ksiel, al nuevo espíritu.

—Eh... claro —contestó el nuevo espíritu.

—¿Érico, me veo bien desde ese ángulo? —preguntó el ángel Ksiel al espíritu que operaba la cámara.

—Sin duda divino, como siempre —contestó Érico.

—Bien, cuando quieras.

—Actitud, acción —dijo Érico y comenzó a dar vueltas a una manivela que salía de la cámara de grabación.

—Estamos en directo transmitiendo para ustedes desde el Sector de Vibración Angélica, con los últimos hechos acaecidos en el Segundo Cielo. Estamos al lado del espíritu que ha ingresado con un alto grado de evolución.

—¿Qué tiene que decir al respecto?

—Yo... este... siempre he tratado de ser mejor como persona y...

—Todo un prototipo de espíritu bueno, ¿no?

—¿Lo han tratado bien en su ingreso al Segundo Cielo?

—Si... eh... yo creo...

—¿Lo hicieron pasar por el área de espíritus importantes?

—No, eh... pasé junto con los demás.

—Como, ¿lo mezclaron con los demás espíritus menos evolucionados?

—Tratos vejatorios, ¿se lo merece un espíritu bueno, que ha llevado una existencia humana llena de sufrimientos? Véanlo hoy en el informativo central, en mi entrevista en profundidad. ¿Quedan espíritus buenos en la tierra?

—Corte ¿Cómo quedó? ¿Salí bien? ¿Tomaste mi mejor perfil? —preguntó Ksiel.

—Precioso, lo mejor que he visto desde su última entrevista —contestó Érico.

Ksiel con aire satisfecho, extendió sus alas y de un salto llegó hasta San Pedro.

—San Pedro, necesito que este espíritu esté para el informativo central ¿Podrás tenerlo listo a tiempo?, o, ¿es muy complicado para ti? —preguntó Ksiel irónico.

—No, no es muy complicado, lo tendré a tiempo.

—Así me gusta, buena disposición. Has cambiado tu actitud desde la última vez.

—Eh... sí.

—¿No has descubierto ningún demonio dentro del Segundo Cielo? —preguntó Ksiel sarcástico.

—No, porque con el nuevo detector...

—Sí, sí, que bien. Nos vemos en el noticiero central. Vámonos —le dijo Ksiel, quien se fue sin despedirse de San Pedro.

—Menos mal que se fueron —murmuró San Pedro.

—Amigo mío, usted es una celebridad en el Segundo Cielo, así que tendrá que acostumbrarse —le dijo San Pedro al espíritu evolucionado.

—No deseo hacer pública mi vida —contestó el espíritu modesto.

—No se preocupe, será sólo una entrevista, pues no todos los días llega un espíritu tan evolucionado. En cuanto termine unos asuntos pendientes, lo iré a buscar para que vayamos juntos al programa de entrevistas del ángel Ksiel y pueda hablar un poco de su vida en la tierra. Inserte de nuevo su disco de identificación. Cuando llegue al sector que le corresponda, un ángel le indicará su nuevo lugar de descanso.

—Que tenga un buen día. —San Pedro se despidió del espíritu con un apretón de manos.

El espíritu ingresó al tubo de vibración y desapareció, produciendo una suave luz albina.

San Pedro volvió a su oficina por el transportador.

## Capítulo 26

San Pedro entró a su oficina donde se encontraba un sillón blanco y un gran escritorio lleno de papeles y carpetas de vida por revisar.

Ignacio y Matías esperaban en la oficina, aburridos.

—¡Ángelo!

—Mande San Pedro.

—¿Averiguaste que pasó con los niños?

—Estuve preguntando en el Purgatorio y nadie sabe nada. Pero el espíritu de una mujer detenida por los ángeles guardianes, estaba desesperada porque sus dos hijos se escaparon —dijo Ángelo.

—La mamá —gritaron los niños.

—¿Y por qué la detuvieron?

—Porque hizo un escándalo y quiso adelantarse en la fila de los accidentados —dijo Ángelo.

—Obvio, si sus hijos se perdieron, trataría de encontrarlos como sea —contestó San Pedro.

Matías se acordó de sus padres y de todo lo que les había pasado y se puso a llorar. Ignacio abrazó y consoló a Matías.

—¿Podemos devolvernlos al Purgatorio? —preguntó Ignacio.

—No se preocupen, iremos de inmediato.

—San Pedro, creo que no será posible. Ya cerraron el Purgatorio y tendremos que esperar hasta mañana —dijo Ángelo.

—Hablaré de inmediato con el Director General del Purgatorio.

—San Pedro, haré una ronda por el Cielo y vuelvo —dijo Ángelo.

San Pedro le hizo una seña de aprobación con la mano a Ángelo, mientras se sentaba en su sillón. San Pedro descolgó el auricular, por donde sopló y luego le dio varias vuelta a una pequeña manivela.

—Comuníqueme con el Director General del Purgatorio.

—Usted está llamando fuera de horario de atención. Por favor comuníquese mañana en horario normal —contestó una voz monótona por el transductor de sonido.

—Soy San Pedro y estoy llamando del Segundo Cielo.

—Lo siento, pero el Director ya se retiró y volverá mañana. Ubíquelo en horario laboral —contestó la voz por el intercomunicador.

—Bendito Dios, ¿qué haré ahora?

Ignacio calmaba a Matías para que dejara de llorar.

—Tranquilos niños. Yo me encargaré de que regresen con su madre a primera hora de mañana. Pero tienen que portarse como hombrecitos y no llorar.

—Extraño a mi mamá y a mi papá —dijo Matías sonándose los mocos con la palma de la mano y limpiándose la mano en la ropa.

—¿Tu papá también está en el Purgatorio?

—No. Mi papá desapareció antes de ver el túnel de luz —dijo Ignacio.

—Debe de estar en la Tierra, debido a que no era su hora aún —dijo San Pedro.

—¿Se quedó en la tierra como fantasma? —preguntó Matías.

—No hijo. Tú papá quedó con vida y su espíritu volvió a su cuerpo. Tu padre debe estar en algún lugar recuperándose. Mañana consultaré.

—Díganme, al parecer no la pasaron tan mal practicando con los anillos nube. Aprendieron muy rápido.

—Sí. No es difícil si uno aprende a equilibrarse, lo demás es fácil —dijo Ignacio.

—Los niños siempre aprenden más rápido que los adultos. A medida que pasan los siglos nos cuesta más aprender cosas nuevas.

—Niños ¿Quieren construir algo con las nubes?

—¿Cómo? —preguntaron los niños entusiasmados.

—¿No les dijeron en la charla, que pueden crear cualquier objeto con las nubes y el poder del pensamiento?

—No —dijeron los niños intrigados.

## Capítulo 27

Ángelo encontró el manajo con la llave puesta en la cerradura de la entrada al Segundo Cielo. Ángelo echó llave a la puerta y miró para todos lados esperando que nadie se diera cuenta.

Ángelo se devolvió a la oficina de San Pedro.

—¿Grabaste eso? —preguntó el ángel Ksiel a Érico, quien grabó toda la escena con Ángelo, sacando la llave.

—¿Cree que con eso es suficiente? —preguntó Érico.

—No, todavía no. Quiero que las pruebas sean contundentes. Vamos —dijo Ksiel, quien se fue volando. Érico se acomodó la pesada cámara de grabación al hombro y lo siguió en su nube.

—Gracias a Dios, que estaban puestas. Las llaves no se pierden. Siempre se quedan en algún lugar —dijo San Pedro, quien conversaba en voz baja con Ángelo, para que los espíritus de los niños no se dieran cuenta.

—Ángelo, puedes retirarte. Mañana necesito que estés aquí a primera hora para que entreguemos a los niños a su madre y los lleven a las Unidades de Reencarnación.

—Sí San Pedro.

—Ah, y no comentes nada sobre los niños, ni el incidente de las llaves, mira que Ksiel anda rondando por aquí tratando de incriminarme por cualquier error por insignificante que sea. Los ángeles todavía se burlan de mí por los demonios que entraron al Segundo Cielo. Pero eso fue antes que llegara el detector áureo ¿Cómo podría saber que dos demonios disfrazados de espíritus podrían entrar al Segundo Cielo? Mi puesto como administrador del Segundo Cielo es codiciado por muchos.

—Vete en paz Ángelo y gracias —dijo San Pedro.

—Que la paz sea con usted San Pedro —contestó Ángelo, quien abrió las alas y de un salto salió volando hasta perderse.

## Capítulo 28

San Pedro volvió con los niños.

—Niños, les enseñaré cómo construir objetos con las nubes que hay en el Cielo.

Tomen un poco de materia nube del suelo y traten de darle forma. Los niños trataron de sacar materia nube, pero no pudieron.

—Tienen que sacar la materia nube muy despacio.

Los niños sacaron lentamente trozos de nubes, los cuales quedaron suspendidos en el aire.

—Traten de darle forma a la nube y concéntrense para que la materia nube mantenga su aspecto.

Ignacio creó un cubo de nube. Matías hizo un bate de béisbol de materia nube y con este le pegó a Ignacio. Ignacio tomó el cubo hecho de nube y se lo tiró a Matías. Los golpes se sentían como si fueran almohadones de espuma.

—Mi cubo se está deshaciendo —se lamentó Ignacio.

—Mi bate igual —contestó Matías.

—La materia nube está recuperando su forma original, porque no están concentrados. Muchos de los espíritus que llegan al Cielo extrañan los bienes materiales que tenían cuando estaban en la tierra. Con la materia nube, pueden crear todo lo que se les ocurra, pero todo dura hasta que pierden la concentración o se acuesten a dormir. Al otro día deben crear todo de nuevo. Luego de un tiempo, los espíritus se acostumbran a tener solo lo necesario y comienzan a usar sus mentes para fines más puros, como crear, evolucionar y desarrollar sus virtudes.

—Las nubes que hay en los anillos, ¿no se deshacen? —preguntó Ignacio.

—Ah, lo que pasa es que esas nubes, están hechas de materia nube de mayor vibración y por eso, sólo un ángel puede desintegrar ese tipo de nube.

—Pueden crear su propia comida también.

—¿En serio? —preguntó Matías.

—Sí, pero... hace siglos que no como, así que veré que puedo crear. San Pedro tomó un poco de materia nube, le dio forma y creó una hogaza de pan y se las ofreció a los niños. Ignacio y Matías se miraron, probaron el pan y sí, tenía gusto a pan.

—¿No tiene nada para colocarle al pan?

San Pedro pensó un momento y creó un pescado ahumado y se los dio. Los niños miraron el pescado ahumado con asco.

—Tengan en cuenta que la última vez que comí fue hace como dos mil años ¿Qué se come en estos tiempos?

—Hamburguesa con queso.

—Papas fritas.

—Pollo frito.

—Helado de chocolate.

—Caramelos.

—No, no sé cómo se hacen esas cosas —dijo San Pedro.

—Si usted nos enseña nosotros las haremos.

—No es tan difícil. Tomen un poco de materia nube y concéntrense en el alimento que deseen. Si es de textura dura, lo aprietan. Si es de textura blanda lo estiran. Si es líquido deshagan la materia nube, frotándola con las manos y vacíenla en algún recipiente. Ignacio tomó un trozo de materia nube y le dio forma de pollo. Cerró los ojos, se concentró y pensó en un pollo. De pronto la materia nube comenzó a tomar el color y la textura de un pollo... crudo.

—Yo quiero probar, dijo Matías, quien tomó un trozo de materia nube y también le dio forma de pollo. Cerró los ojos, se concentró y creó un pollo de chocolate. Matías le dio un mordisco al pollo y sí, tenía gusto a chocolate.

San Pedro sacó un trozo de pollo de chocolate y le encantó el sabor. Nunca había probado algo igual.

—Me toca a mí —dijo Ignacio, quien modeló la materia nube, se concentró y apareció un bistec... de helado. Sacó más trozos de nube y les dio forma de tenedor y cuchillo. Cerró los ojos y los cubiertos se transformaron en caramelo de colores.

San Pedro probó el bistec de helado y le encantó.

—Está frío.

—Sí, por eso se llama helado —dijo Matías.

Los niños se comieron el bistec y también el cuchillo y el tenedor de caramelo.

—Que divertido. Ahora quiero un *hot dog* gigante —dijo Ignacio, quien le dio forma a la materia nube y apareció un *hot dog*, hecho de salchicha. El pan estaba hecho de salchicha, la mayonesa era salchicha líquida y la salchicha era de salchicha.

—Si quieren alimentos hechos de varios elementos, tienen que imaginar cada cosa independiente y después unirlos —comentó San Pedro.

—Es muy complicado. Me duele la cabeza, mejor me concentraré para que aparezca una bebida de cola.

Ignacio deshizo la materia nube en una jarra hecha de nube. Se concentró y el líquido se transformó en una bebida de cola.

—Pruebe esta bebida que tomamos en la tierra —dijo Ignacio.

San Pedro la probó y le gustó el sabor.

—¿Esta bebida está hecha de cola de caballo o de vaca?

Los niños miraron a San Pedro y se largaron a reír. San Pedro no entendió el chiste, pero igual se rio.

Matías se echó materia nube a la boca, la masticó e hizo un globo gigante de bebida que flotaba por la oficina de San Pedro. Los niños tomaron de la bebida, aspirando partes del globo que flotaba en el aire.

San Pedro trató de tomar la bebida del globo, pero en vez de aspirar el líquido con los labios, mordió el globo de bebida reventándolo. Los niños se agarraban el estómago de risa y San Pedro quedó todo empapado de bebida, pero igual se terminó riendo.



—Hace mucho tiempo que no la pasaba tan bien. A veces con tanto trabajo, se me olvida que debemos disfrutar de las cosas simples.

—Niños, ya es tarde y ustedes tienen que descansar, pues mañana tenemos que ir a primera hora al Purgatorio.

## Capítulo 29

—No queremos irnos, queremos quedarnos aquí para siempre. Pero con mi mamá —dijo Matías lamentándose.

—Niños, ustedes no pueden quedarse. Les falta cumplir el tiempo en la tierra que les dispuso el destino. Tienen que volver al Purgatorio para encontrarse con su madre y luego tendrán que reencarnar para que cumplan con los años que les faltan por vivir.

—¿Y cuándo muramos, vendremos al Cielo?

—Siempre que hayan sido buenas personas e inviertan su tiempo en el bien de los demás.

—Yo no quiero esperar tanto, ¿y si me suicido? —dijo Matías.

—Si te suicidas irás directo al Infierno.

—Nosotros vimos una fila en el Purgatorio donde había un espíritu ahorcado.

—Ese espíritu se le hará un juicio. Si se comprueba que se suicidó, se le condenará al Abismo para que cumpla su condena en el Infierno.

—Nosotros seremos buenas personas y vendremos al Cielo —dijo Ignacio.

—A lo mejor sí, a lo mejor no. Primero. Cuando reencarnen perderán la memoria de su vida anterior. Tampoco sabrán que estuvieron en el Cielo y tendrán que empezar de cero, cometiendo errores como todo el mundo.

—¿Por qué tenemos que perder la memoria? —preguntó Ignacio.

—Imagínate que nacieras y te tocara una vida llena de sufrimientos. Si supieras que en el Cielo se pasa mejor, no harías el esfuerzo de superarte, ni de experimentar cosas nuevas. No te esforzarías en ser una mejor persona.

—¿Y si hago algo malo?

—Es el riesgo que hay que correr para evolucionar.

—Y si no hago nada, no puedo ser malo.

—Pero tampoco serás bueno.

—Hoy en día hay muchos humanos que no se arriesgan por miedo a equivocarse. No se arriesgan y no cometen errores, por eso no hacen nada malo. No saben que de los errores se aprende. Tampoco hacen nada bueno. Son los que miran para el lado o no toman decisiones. Las decisiones que tomamos en nuestra vida en la tierra, hacen que tengamos un espíritu fuerte y más evolucionado.

—¿Por qué no aprendemos todo en el Cielo?

—Es necesario que el espíritu sufra a través de un cuerpo humano para que se haga fuerte.

—No entiendo.

—Imagínate que tienes que correr descalzo una gran distancia todos los días para llegar a tu escuela a estudiar. Los primeros días serán terribles y te dolerán las piernas y tus pies se llenarán de ampollas y sangrarán. Con el tiempo te acostumbrarás y tus piernas se harán más fuertes y te saldrán callos en los pies, que resistirán el suelo

duro. Tu cuerpo se adaptará a ese sufrimiento y se acostumbrará a correr esa gran distancia todos los días.

—El cuerpo humano se adapta siempre para bien o para mal. Si no haces nada, tu cuerpo y tú mente se harán débiles, y tu alma no tendrá experiencias y no evolucionará.

—Te pondré otro ejemplo. Imagínate que pasas mucho tiempo en cama. Tu cuerpo se acostumbrará a estar sin movimiento y tus piernas se harán más delgadas porque no necesitan sostener tanto peso. Pero cuando te levantes a caminar, tendrás que afirmarte para no caerte, hasta que tus piernas sean fuertes para sostener tu peso otra vez.

—Digamos que el Cielo son como unas vacaciones para pensar en que harás en tu próxima reencarnación. Es como pasar de curso cada vez.

—A muchos espíritus se les olvida cual es su misión en la Tierra y piensan que el dinero es lo único que vale, pero al morir lo único que pueden traer es el conocimiento que adquirieron a lo largo de una vida, y eso queda grabado en tu alma.

—No hablemos más de eso. Descansen. Mañana iremos al Purgatorio a encontrarnos con su madre y luego se irán a las Unidades de Reencarnación.

San Pedro creó una cama con la materia nube, para que los niños pudieran descansar.

—San Pedro, todavía es de día —dijo Ignacio.

—En el Segundo Cielo nunca oscurece, aunque en el Purgatorio se rigen por la hora terrestre. Según este reloj, ya es tarde. Acuéstense, para que amanezcan descansados.

—Sí San Pedro —contestaron los niños.

## Capítulo 30

San Pedro acompañó a los niños hasta que se durmieron.

—Veamos un poco de noticias antes de empezar a trabajar —dijo San Pedro, pensando en voz alta.

San Pedro accionó una palanca y una imagen en blanco y negro comenzó a aparecer sobre el cristal de visión. Luego giró el potenciómetro para que el diafragma de la bocina sonara más fuerte.

«... nos negó la presencia de nuestro invitado especial. Nosotros como buenos profesionales lo trajimos hasta ustedes. Les presento a un espíritu evolucionado, quien nos contará...».

—Oh, Dios, me olvidé de ir a buscar al espíritu para que estuviera en el programa de Ksiel. Me encargaré de eso mañana.

San Pedro se sentó en su sillón y empezó a revisar las carpetas de vida de los nuevos espíritus las que fue ordenando en grandes gavetas, que tenían las letras de todos los idiomas de la Tierra.

## Capítulo 31

Ignacio despertó de improviso. Tuvo una pesadilla. Una pesadilla en la que murió toda su familia y ahora se encontraba en el Cielo. Ignacio aún atontado, despertó a su hermano.

—Matías, despierta.

—Ah, no. Déjame dormir hasta tarde.

—Matías tuve una pesadilla.

—Yo igual —dijo Matías dándose media vuelta en la cama para seguir durmiendo.

—Soñé que chocábamos y llegábamos al Purgatorio y luego al Cielo.

—Yo también soñé lo mismo —dijo Matías balbuceando.

—No pudiste soñar lo mismo.

—Soñé que San Pedro nos enseñaba a crear cosas con las nubes —dijo Matías.

—Matías, despierta, no fue un sueño. Mira.

—Matías abrió los ojos y vio que todo estaba cubierto de nubes.

La cama hecha de nubes comenzó a deshacerse. Los niños quedaron sentados en el suelo de nubes.

Ignacio y Matías se levantaron con un nudo en la garganta. Se dirigieron donde San Pedro, que continuaba trabajando en su escritorio.

—Buenos días niños ¿Cómo durmieron?

—Bien —contestaron los niños, aún confundidos.

Ángelo entró a la oficina de San Pedro.

—Buenos días San Pedro, buenos días niños.

—Buenos días Ángelo. Por favor, lleva a los niños al Purgatorio para que puedan juntarse con su madre —dijo San Pedro—. Y pregunta qué pasó con el padre de los niños.

—Sí San Pedro. Juntarse con la madre, preguntar por el padre.

Matías se acordó de sus padres y se puso a llorar. A Ignacio, le corrió una lágrima por la mejilla, pero se la limpió con la mano. Tenía que ser fuerte. Debía actuar como un hermano mayor, cuidando a Matías hasta que volvieran con su madre.

—Niños, no se preocupen, todo saldrá bien —dijo San Pedro.

—Ha sido un placer tenerlos aquí. Ojalá nos volvamos a ver.

—Seremos buenos y ayudaremos a los demás —dijo Ignacio con la voz entrecortada y los ojos vidriosos.

—Eso espero.

San Pedro abrazó a Ignacio y a Matías y se despidieron. Ángelo se llevó a los espíritus de los niños hasta el transportador.

## Capítulo 32

Dos ángeles guardianes escoltaron a Ángelo y a los espíritus de los niños por los pasillos de la Antesala de Selección Espiritual. Ángelo se acercó al Supervisor Gris.

—Los espíritus de estos niños escaparon ayer del Purgatorio y por error llegaron al Cielo.

—Es imposible que hayan escapado. Nuestro sistema de seguridad es infalible. Debe tratarse de un error —contestó el Supervisor Gris.

—No fue un error. Los espíritus de estos niños escaparon y se fueron al Cielo, pero nosotros nos encargamos de cuidarlos —dijo Ángelo un poco molesto.

—Entonces son fugitivos que escaparon ¡Guardias! ¡Detengan a estos espíritus! —gritó el Supervisor Gris.

Los ángeles guardianes agarraron por el cuello a los niños, forzándolos a quedar de rodillas.

Matías se puso a llorar a todo pulmón.

—¡Quiero a mi mamá! ¡Quiero a mi mamá! —gritaba Matías.

—Esto no es necesario, solo son los espíritus de unos niños ¿Qué pueden hacer? —dijo Ángelo.

—Si es cierto que escaparon, entonces son fugitivos y pueden incentivar a que otros espíritus hagan lo mismo. Llévenlos a las Unidades de Reencarnación —dijo el Supervisor Gris.

—Por favor, por lo menos permítanles reunirse con su madre para despedirse.

—Los fugitivos pierden cualquier derecho a pedir algo —sentenció el Supervisor Gris.

—Son los espíritus de unos niños, ¿qué pueden hacer? —dijo Ángelo.

—Pueden escapar de nuevo.

—Los ángeles guardianes los están vigilando, ¿cómo pueden escapar? —respondió Ángelo tratando de calmar la situación.

—Eso es cierto. Bien, necesito el nombre de la madre.

—Emilia Cruz del Rosario —dijo Ignacio afligido.

—Iré a averiguar.

El Supervisor Gris consultó con otros funcionarios grises. Luego de algunos minutos, volvió hasta donde se encontraba Ángelo.

—Me informaron que el espíritu de una mujer trató de saltarse la fila, diciendo que buscaba a sus hijos. Pensamos que se trataba de un truco para adelantarse y pasar antes. Como el espíritu de la mujer insistió, un ángel guardián la redujo y la llevó a una de las cúpulas de detención. Al parecer el espíritu de la mujer decía la verdad.

—¿Podemos verla? —preguntó Ángelo.

—Sí, pero un ángel guardián los custodiará.

—No hay problema —contestó Ángelo.

Ángelo y los niños llegaron hasta la cúpula de detención. El Supervisor Gris abrió

la cúpula, pero en su interior no había nadie.

—¿No se habrá equivocado de cúpula? —preguntó Ángelo.

—¡Nosotros no nos equivocamos jamás! —contestó el Supervisor Gris molesto—. ¡Quiero la carpeta de vida del espíritu que estaba en la cúpula de inmediato!

Los funcionarios grises dejaron lo que estaban haciendo y se revisaron nerviosos las carpetas de vida que tenían apiladas en sus escritorios.

—¿En qué fila estaba? —preguntó un funcionario gris.

—En la fila de los accidentes —contestó otro.

—Busquen todos en la fila de los accidentes. Mujer, nombre, Emilia Cruz del Rosario, dos hijos.

Los funcionarios grises se trasladaron hasta el cubículo del funcionario gris a cargo de la fila de los accidentes y revisaron cientos de carpetas. Un funcionario gris encontró dos carpetas de vida y se la llevó al Supervisor Gris, quien abrió la primera carpeta de vida y les mostró a los niños la fotografía de Emilia. Los niños afirmaron con la cabeza.

—Lo siento, pero su madre no estará con ustedes, volvió a la Tierra. Se está recuperando en el Hospital de Pueblo Bello. Su estado es grave, pero vivirá.

El Supervisor Gris abrió la otra carpeta y les mostró la fotografía a los niños.

—Este hombre, ¿lo conocen?

Los niños reconocieron a su padre Agustín.

—Es nuestro padre —dijo Ignacio.

—Agustín Santos Torres, esposo de Emilia Cruz del Rosario. Está fuera de peligro. Se recupera en el hospital de Pueblo Bello.

—Bien, llévenselos a las Unidades de Reencarnación.

Los ángeles guardianes picanearon a los niños con sus lanzas, tratándolos como si fueran delincuentes peligrosos.

—¡No!, ¡yo quiero a mi mamá!, ¡no me lleven! ¡Ignacio, haz algo para que salgamos de aquí! —gritaba Matías.

A Ignacio le corrían las lágrimas. No podía hacer nada.

## Capítulo 33

Los niños llegaron a las Unidades de Reencarnación custodiados por dos ángeles guardianes. Un funcionario gris, llevaba las carpetas de vida de Ignacio y Matías.

Un funcionario gris con delantal blanco, revisó las carpetas de vida e hizo pasar a los niños. Matías tenía los ojos hinchados de tanto llorar. Ignacio trataba de ser fuerte.

Decenas de cápsulas formaban un gran círculo en donde los espíritus eran introducidos dentro de ellas para su reencarnación. Las cápsulas se encontraban conectadas al controlador central por medio de gruesos cables. Un funcionario gris dictó a otro en voz alta, la información de la carpeta de vida de Matías. Otro funcionario gris ingresó los datos en un pequeño dispositivo de teclas con signos extraños. Al bajar la palanca del dispositivo, toda la información de Matías salió impresa en una tira de papel amarillo llena de perforaciones. Otro funcionario gris anotó los datos en una pizarra transparente, donde triangulaba el destino final del espíritu que iba a reencarnar.

Un funcionario gris acostó a los niños en una plataforma reclinable transparente y aseguró con correas, las manos, tobillos y frente de Ignacio y Matías. Los niños trataron de zafarse, pero cada vez que lo intentaban, las correas les apretaban más.

—Niños no se muevan para que podamos corroborar sus datos —dijo el funcionario gris con el papel perforado.

—Nombre.

—Matías Santos Cruz.

—Edad a la hora de la muerte.

—Ocho años, dos meses, tres días, cinco horas, cuarenta y cinco minutos y dieciséis segundos.

—Fallecimiento real, sino hubiera sufrido el accidente.

—Setenta y seis años, tres meses, cinco días, diez horas y veinticuatro segundos.

—Causa del fallecimiento original.

—Paro cardíaco por trombosis coronaria.

—Tiempo estimado de vida en la nueva reencarnación.

—Sesenta y ocho años, seis meses, treinta días, ocho horas, catorce minutos y cuarenta y cuatro segundos.

—Se conserva el fallecimiento original antes de sufrir el accidente: Paro cardíaco por trombosis coronaria.

—Fijar coordenadas de destino.

El funcionario gris situado en la cámara correspondiente a Matías, ingresaba los códigos que le dictaba en voz alta el otro funcionario gris.

—País: Confirmado.

—Ciudad: Confirmado.

—Idioma: Confirmado.

—Nivel de evolución de los nuevos padres: Cinco.



—Datos: Confirmados.

—Autorización para borrar memoria.

—Autorizado.

El funcionario gris abrió un artefacto con cuatro apéndices como garras, los que terminaban en unos discos que parecían ventosas. El funcionario gris ajustó el artefacto a la frente, oídos y nuca de Matías.

—Ignacio ayúdame. Por favor, no seré malo de nuevo, lo juro, ayúdame —lloriqueaba Matías.

Ignacio estaba aturdido. No creía lo que estaba pasando. Ya no estarían juntos. No vería más a su hermano ni a sus padres.

—No se preocupen. El espanto y el pánico son normales cuando los niños esperan a ser reencarnados. Cuando les borremos la memoria no sabrán nada de su vida anterior, ni de su estancia en el Purgatorio.

—Ignacio, ayúdame, no dejes que me hagan nada. Tú eres mi hermano mayor y me tienes que cuidar —sollozaba Matías.

—En la... próxima reencarnación... ¿Seguiremos siendo hermanos? —preguntó Ignacio tratando de contener las lágrimas.

—No. Cada uno de ustedes tendrá padres diferentes en ciudades y países diferentes. Esto es para evitar que puedan recordar su anterior reencarnación.

—¿Puedo despedirme de mi hermanito?

—Es una situación que no está considerada en el reglamento —dijo el funcionario gris.

—Por favor, no voy a ver más a mi hermanito, por favor, se lo ruego. Déjeme despedirme de él por última vez —dijo Matías, a quien le corrían las lágrimas.

—Espérenme un momento consultaré esta situación.

El funcionario gris se acercó al funcionario encargado y luego de un pequeño intercambio de palabras, volvió donde Ignacio.

—Haremos una excepción, ya que no verás más a tu hermano. Pero que sea rápido, pues tenemos muchos espíritus por atender.

A una orden del funcionario gris, las correas que sujetaban a Ignacio se soltaron dejándolo libre. Ignacio se acercó a Matías que lloraba desconsolado.

—Quiero abrazar a mi hermanito, pero tiene las correas puestas —dijo Ignacio.

—No puedo soltarlo. Su información está codificada y se puede alterar —contestó el funcionario gris.

—No veré nunca más a mi hermanito, por favor, déjeme abrazarlo por última vez.

—Este no es un procedimiento regular, así que haré las consultas.

El funcionario gris volvió a conversar con el funcionario encargado quien miró a los niños dudando por unos instantes y luego asintió. Las correas que sujetaban a Matías se soltaron.

Ignacio abrazó a su hermano con todas sus fuerzas.

—Quiero que vuelva la mamá y el papá. Seamos una familia de nuevo. Me

portaré bien, te lo juro —gimoteaba Matías.

—¿Harás todo lo que yo diga?

—Sí, todo.

—Es suficiente. Sepárense y ubíquense en sus respectivas unidades modulares de reencarnación.

—¿Podemos decir una oración de despedida? —preguntó Ignacio.

—Oh, eso no lo hacen muchos espíritus. Está bien, pero que sea rápido —dijo el funcionario gris.

—Ignacio, que estás haciendo, tú nunca has hecho una oración —le susurró Matías.

—Confía en mí y repite conmigo —contestó Ignacio.

—Padre nuestro que estás en el Cielo, santificado sea tu nombre.

—Perdónanos por los pecados que vamos a cometer hoy.

—Haz tu voluntad y si no, la haremos nosotros.

Ignacio agarró del brazo a Matías, besó el anillo de nube que tenía en su mano. En un instante apareció una nube celestial. Ignacio saltó arriba de la nube junto con Matías.

—¡Concéntrate en salir a toda velocidad de aquí! —le gritó Ignacio a Matías.

Los niños se concentraron y salieron disparados de las Unidades de Reencarnación.

## Capítulo 34

El funcionario gris, no lo podía creer. Escaparon en sus narices.

—¡Alarma!, ¡alarma!, dos espíritus escaparon.

Un funcionario gris apretó una palanca y una sirena comenzó a sonar.

«Atención ángeles guardianes. Dos espíritus escaparon de las Unidades de Reencarnación. Se dirigen al norte. Van arriba de una nube celestial y se consideran peligrosos. Repito, peligrosos» —dijo un funcionario gris, desde un altavoz.

Los niños pasaron a toda velocidad por los distintos sectores del Purgatorio. Matías estaba sorprendido por lo que hizo su hermano.

—¡Sujétate bien! —gritó Ignacio.

—¿Dónde vamos?

—Vamos a volver con nuestros padres a la Tierra.

—¿Cómo?

—Vamos a los transportadores, uno de ellos nos llevará a la Tierra.

—Yo también tengo un anillo de nube, lo puedo hacer funcionar —dijo Matías.

—No, porque no sabes usarlo bien.

—¿Y tú sí?

—Es como andar en patineta y yo soy experto.

—Yo te gano en los videojuegos.

—Pero con trampa y esto no es un juego.

Aparecieron cuatro ángeles persiguiendo a los espíritus de los niños. Con un par de aleteos, los ángeles alcanzaron a los niños sin dificultad.

—Concéntrate Matías, debemos ir más rápido, para que no nos alcancen.

Los niños se concentraron y la nube celestial aceleró a una velocidad fantástica, dejando una estela blanca.

Uno de los ángeles se detuvo en el aire y sacó de su espalda un arcabuz. Sacó de la cintura una polvorera hecha del cacho de un animal y echó la pólvora al interior del cañón. Introdujo una bola gris dentro del cañón y finalmente comprimió la carga con una baqueta de madera.

Los niños reconocieron a los lejos la Antesala de Selección Espiritual y los transportadores. Desde las alturas vieron que los transportadores formaban un círculo, y al centro había un gran agujero negro que giraba lentamente como un tornado. El agujero era protegido por un enorme muro traslúcido abierto en su centro.

Ignacio y Matías sobrevolaron el agujero negro a toda velocidad. Sus espíritus se estremecieron. Sintieron una sensación muy desagradable.

El ángel Arcabucero prendió la mecha del arcabuz. Encuadró la mira. Calculó la trayectoria por donde iban a pasar los espíritus de los niños y disparó. Se escuchó un estruendo.

Los niños escucharon una explosión y al instante la nube celestial se deshizo. Los niños empezaron a caer en tirabuzón al vacío.

Ignacio alcanzó a agarrar a Matías por la pañoleta que tenía al cuello.

—Ignacio, suéltame, usaré el anillo de nube.

Ignacio dudó un instante, pero confió en su hermano y lo soltó. Matías alcanzó a besar su anillo de nube. La nube celestial salió instantes antes de que Matías se estrellara con el suelo. Matías logró elevarse hasta que estuvo a suficiente altura para ubicar a su hermano.

Ignacio no alcanzó a sujetarse de la nube y cayó directo sobre el suelo del Purgatorio. Ignacio dio varias vueltas hasta detenerse y quedar enterrado entre las nubes.

—Qué extraño, no me pasó nada, debe ser porque soy un espíritu —dijo Ignacio, quien se levantó medio atontado y salió corriendo hacia los transportadores.

Ignacio miró hacia arriba y vio a Matías que volaba a toda velocidad sobre la nube celestial.

—Parece que no era tan malo como creía.

Ignacio siguió corriendo. Dos ángeles le arrojaron una red que le cayó encima, atrapándolo.

Ignacio trató de zafarse de la red, pero se enredó cada vez más.

Se sintió otro estruendo y Matías, que escapaba en la nube celestial fue alcanzado por otro proyectil que lanzó el ángel desde su arcabuz. El cuerpo de Matías perdió movilidad, hasta quedar totalmente paralizado. Su cuerpo se tornó gris, la nube perdió fuerza y comenzó a caer. Matías estaba consciente, pero no pudo hacer nada. El agujero negro absorbió a Matías. Con horror vio a otros espíritus engrillados que daban vueltas y pedían ayuda. Sus gritos eran ahogados por el estruendoso sonido del agujero negro. Matías caía, dando vueltas cada vez más rápido hasta alcanzar el centro del agujero negro, donde desapareció.

## Capítulo 35

Ignacio trató de zafarse de la red, pero fue inútil. El ángel guardián lo registró y le sacó el anillo de nube de un tirón. El ángel agarró la red y cruzó el Purgatorio arrastrando a Ignacio, quien trataba de liberarse, pero se enredaba cada vez más en la red.

Decenas de funcionarios grises dejaron de trabajar por un momento y se acercaron a ver a quien había atrapado al ángel.

—En otros tiempos, los espíritus eran más respetuosos —dijo un funcionario gris.

—El Purgatorio ya no es lo que era. Cada vez es más peligroso y ya no se puede caminar tranquilo. —Comentó otro funcionario gris.

El ángel llevó a Ignacio una de las cúpulas de aislamiento donde los espíritus ya juzgados, esperaban su hora para lanzarlos al Abismo. Uno de los ángeles guardianes, abrió la puerta de la cúpula con una llave dorada. El ángel arrojó a Ignacio dentro de la cúpula con red y todo. La cúpula se cerró herméticamente, desapareciendo todas uniones de la puerta y la red se deshizo, fundiéndose con el suelo de nubes.

Por largos minutos, Ignacio se quedó inmóvil en el mismo lugar donde fue arrojado. Luego de un rato se levantó y se fue a un rincón donde se sentó en el suelo cubriendo su rostro angustiado con sus manos.

## Capítulo 36

—Estamos en directo transmitiendo desde el Purgatorio. Soy Ksiel, informándoles desde el lugar de la noticia. Según fuentes confiables, nos enteramos de un intento de escape ocurrido en el Purgatorio, hace solo unos pocos minutos. Un espíritu que no ha logrado ser identificado, escapó en una nube celestial, siendo interceptado por los ángeles guardianes, quienes evitaron la fuga del espíritu. Estamos en directo conversando con el Director General del Purgatorio, quien nos aclarará los rumores que hay al respecto. Dígame Director, ¿es verdad que hubo una fuga y nadie se dio cuenta?

—No puedo afirmar ni negar nada, pues estamos estudiando la situación y no nos referiremos al caso hasta estar completa y totalmente seguros de lo que pasó.

—Se dice que...

—¿Quién dice? —preguntó molesto el Director General del Purgatorio.

—Algunos funcionarios grises hablan... y dicen cosas —contestó el ángel informador Ksiel.

—Muchos funcionarios grises dicen muchas cosas para llamar la atención y lograr su minuto de fama. Hasta el momento, no he recibido ninguna noticia oficial con respecto al tema.

—Se dice que escapó en una nube celestial, ¿qué nos podría decir al respecto?

—Sí, nos informaron que el espíritu escapó en una nube celestial. Es evidente que según la evidencia, el problema no le corresponde al Purgatorio.

—Quiere decir que la responsabilidad, ¿es del Cielo?

—Yo no he dicho nada, pero saque sus propias conclusiones.

—Gracias, por la información. Quemantes declaraciones del Director General del Purgatorio. Efectivamente, ¿qué hacía un espíritu escapando arriba de una nube celestial?

—La pregunta está hecha. Los mantendremos informados con el acontecer de estas y otras noticias. Me despido, no sin antes decirles ¡Se lo dije!

## Capítulo 37

—Qué se ha creído Ksiel, tratando de manipular la información —dijo San Pedro molesto, mientras miraba el monitor celestial con la noticia. Esto se ha transformado en una persecución en mi contra. Si no hago algo, me inculparán de lo que pasó.

—Ángelo, quédate a cargo. Iré a averiguar algo al Purgatorio. Te dejo las llaves.

—San Pedro, ¿si pasa algo malo en su ausencia?

—Trata de solucionarlo.

—¿Y si me equivoco?

—Aprende a equivocarte hoy Ángelo, para que puedas tomar buenas decisiones mañana. No hay otra forma —dijo San Pedro quien se fue por el transportador hasta el Purgatorio.

## Capítulo 38

—Dime la verdad o atente a las consecuencias, ¿quién es el cerebro de la operación?

—Preguntó el Director General del Purgatorio.

—Esa es la verdad, ya le dije —contestó Ignacio.

—Te lo preguntaré por última vez ¿dónde está el otro espíritu?

—Cayó por el agujero negro.

Ese agujero negro es el Abismo. Donde son arrojados los espíritus condenados para que cumplan su condena en el Infierno.

—Si es verdad lo que dices, no habría de que preocuparse. El espíritu del niño no volverá del Abismo y tú serás enviado de nuevo a las Unidades de Reencarnación. Si el Consejo se entera, habrá una investigación. Me imagino a los ángeles interrogando a todo el Purgatorio como si fuéramos culpables. Eso no lo permitiré. Si logro desviar la atención para que investiguen al Segundo Cielo, ellos serán los responsables y no el Purgatorio. San Pedro ya ha tenido problemas de este tipo en otras ocasiones, así me será más fácil acusarlo.

El Director General del Purgatorio sonrió y le dio unas palmadas en el hombro a Ignacio. Salió de la cúpula de aislamiento encontrándose frente a frente con San Pedro.

—¿Cómo estás Número Uno? —preguntó San Pedro.

—Bien, bien, bien, justo pensaba en ti —dijo el Director General del Purgatorio abriendo tremendos ojos, mientras sonreía.

—Me enteré que tienes al prisionero en este lugar —dijo San Pedro.

—¿Cómo te enteraste?

—Es cuestión de preguntar a los espíritus correctos.

—Eh... Sí. Hemos capturado al espíritu y lo estamos interrogando. Lo llevaremos en cuanto antes a las Unidades de Reencarnación.

—¿Qué has sabido del otro espíritu?

—¿Qué otro espíritu? Había solo un espíritu, lo atrapamos y caso cerrado.

—¿Me permites hablar con el espíritu? —preguntó San Pedro.

—No creo que sea conveniente, puede ser peligroso.

—Creo que me las puedo arreglar con el espíritu de un niño de diez años —dijo San Pedro esforzándose en mantener su tono amable.

—Eso sí, bajo tu propia responsabilidad —contestó El Director General del Purgatorio, quien se retiró de la cúpula de aislamiento.



## Capítulo 39

Los ángeles guardianes dejaron entrar a San Pedro. La puerta se selló y San Pedro se acercó hasta Ignacio.

—Hijo mío, ¿qué pasó?

Ignacio no aguantó y abrazó a San Pedro con todas sus fuerzas.

—No quiero irme sin mi hermano.

—¿Dónde está tu hermano?

Ignacio le contó toda la historia a San Pedro, hasta que fue encarcelado.

—No debieron haber escapado de las Unidades de Reencarnación.

—Me iban a separar de mi hermano y nos iban a asignar a otros padres que no conozco. Yo quiero a los míos —dijo sollozando Ignacio.

—¿Adónde pensaban ir?

—Queríamos devolvernos a la Tierra a buscar a nuestros papás. Pensé que por alguno de los transportadores podíamos llegar a la tierra.

—Lo siento hijo. Ningún transportador va a la Tierra.

El señor que me interrogó, dijo que el agujero negro era el Abismo, donde los espíritus condenados van al Infierno, ¿es verdad?

—Lamentablemente sí. Tu hermano cayó por el Abismo, donde se van todos los espíritus condenados camino al Infierno.

—¿Podemos hacer algo? Mi hermano no es malo, es travieso, pero no es malo.

—Podremos ir al Infierno cuando los espíritus condenados cumplan con su condena, pero el Consejo tiene que dar su autorización.

—Entonces díales que lo autoricen y busquemos a mi hermano.

—No es tan fácil. El Consejo da su autorización cada cien años solamente. Tendremos que esperar unos ochenta y nueve años terrestres, para ir a buscar a tu hermano.

—¿No puede hacer nada? Cuando no están mis padres, yo soy responsable de mi hermano y todo lo que pasó fue por mi culpa. Tengo que rescatarlo.

—No puedes hacer nada aquí encerrado —dijo San Pedro.

—Usted puede hacer algo, ¿no es cierto? Usted es San Pedro. Es el dueño de todo el Cielo.

—Solo administro el Segundo Cielo. El Consejo de Arcángeles controla el Segundo Cielo.

—Entonces díales a ellos, que mi hermano cayó por error al Abismo. Ellos entenderán.

—No puedo hacer nada hijo, soy solo un espíritu. El Consejo de Arcángeles dictamina las reglas.

—Entonces me escaparé e iré al Infierno para estar con mi hermano.

—No podrás, porque los ángeles guardianes te escoltarán como prisionero a las Unidades de Reencarnación.

—Tenemos que hacer algo, mi hermano está en peligro.

—Lo siento hijo, pero no puedo hacer nada —dijo San Pedro, levantándose y dando la vuelta para retirarse.

Ignacio hundió su rostro entre sus rodillas y se puso a llorar.

—No puedo hacer nada para que puedas escapar, porque eso me haría cómplice de ayudarte. No puedo decirte que es imposible escapar rompiendo los muros, porque son indestructibles. No puedo decirte que si bien los muros son indestructibles, el suelo no lo es, y solo una herramienta que tenga una cualidad divina podría hacer un agujero para que puedas escapar. Tampoco te puedo decir, que yo poseo una de esas herramientas. Tampoco te diré que cuando escapes, vayas al transportador que está en mal estado y esperes allí hasta que te rescaten.

—Lo siento hijo pero no puedo ayudarte —dijo San Pedro quien se retiró de la celda de reclusión.

Los ángeles guardianes miraron a San Pedro de pies a cabeza y luego se pusieron en posición de firmes.

## Capítulo 40

El Director General del Purgatorio se dirigió a la oficina principal del Purgatorio. En la entrada se encontró con Ksiel, quien comenzó a hablar mirando a la cámara.

—Estamos esperando que llegue el Director General del Purgatorio, más conocido como Número Uno, para saber si tiene mayores antecedentes de lo sucedido hoy.

¿Alguna novedad que nos pueda contar, Número Uno?

—El ángel guardián que capturó al espíritu fugitivo, encontró un anillo nube en su poder, lo que me resultó muy extraño —dijo el Director General del Purgatorio, quien le mostró el anillo a Ksiel.

—Eso me parece de extrema gravedad. Hasta aquí, el informe en directo desde el Purgatorio. En unos instantes más, ampliaremos la información. Hasta un nuevo contacto.

—Salí bien —le preguntó Ksiel a Érico.

—Perfecto —contestó Érico.

El Director General del Purgatorio, hizo pasar a Ksiel a su oficina y se quedaron charlando amistosamente por un largo rato.

## Capítulo 41

Cientos de pensamientos cruzaron por la mente de Ignacio. No tenía a nadie que le dijera que hacer. Prefería mil veces que lo castigasen por hacer algo mal. Ahora que tomó una decisión por primera vez, su hermano se hallaba camino al Infierno y San Pedro no lo quiso ayudar. Ignacio se levantó y trató de mirar a través de las paredes de cristal de la celda, pero todo se veía borroso. Un brillo en el suelo de nubes, le causó curiosidad a Ignacio. Se acercó y al recogerlo, se dio cuenta que era una espátula dorada cóncava.

Ignacio la movió con sus dedos un buen rato sin ganas.

«Parece que se le cayó a San Pedro».

Inconscientemente Ignacio enterró la espátula cóncava en el suelo de nube y sacó un poco de materia nube. Quedó un pequeño agujero en el suelo. De pronto se dio cuenta que era la herramienta que San Pedro hablaba para escapar. Ignacio sacó más materia nube con sus manos, pero las nubes del suelo volvían a tomar su forma original. Sacó un poco de materia nube con la espátula dorada y el agujero se mantuvo.

«Que suerte que se le haya caído la espátula a San Pedro» —pensó Ignacio.

Ignacio comenzó a excavar en un extremo de la cúpula, sacando restos de materia nube, hasta que su cuerpo pudo pasar por debajo de la cúpula de aislamiento, pudiendo salir al exterior.

## Capítulo 42

Ksiel se encontraba en el Segundo Cielo y sus puertas estaban cerradas. Una fila de espíritus esperaban afuera.

—Puedes abrir la puerta, por favor, necesito hablar con San Pedro —dijo Ksiel.

—San Pedro no se encuentra en estos momentos. Cuando llegue le digo que usted vino a verlo —dijo Ángelo nervioso.

—¿Qué puede estar haciendo el Administrador del Cielo, fuera del Cielo? —preguntó Ksiel—. Ábreme la puerta. Lo esperaré dentro del Cielo.

—Eh... No estoy autorizado para abrir la puerta del Cielo a nadie, hasta que San Pedro llegue —contestó Ángelo nervioso.

—¿No sabes con quién estás hablando? —dijo Ksiel, dándose aires de grandeza.

—Tiene que esperar a que llegue San Pedro.

—Por mí no hay problema, pero que dices de los espíritus valerosos y sacrificados, que esperan en la fila. Ten el debido respeto hacia ellos —dijo Ksiel ofendido.

## Capítulo 43

San Pedro apareció por el transportador exterior. Caminó rápidamente hasta llegar a las puertas del Cielo y apretó el botón del intercomunicador.

—Ángelo, abre las puertas, por favor.

Ksiel abordó a San Pedro de improviso.

—El Administrador del Cielo, no se encuentra en su horario de trabajo y deja a un subalterno a cargo de todo —dijo Ksiel irónico.

—No tengo tiempo para tus odiosidades Ksiel. Permiso, necesito hacer mi trabajo —contestó San Pedro molesto.

—Odiosidades dices. Dejar esperando a espíritus que ha sufrido toda una vida y dejar en manos de un subalterno la responsabilidad del Cielo. Creo que tenemos un problema de conceptos, y para que tú sepas, yo también estoy haciendo mi trabajo. Y por lo que puedo apreciar lo hago mejor que tú.

Ángelo abrió las puertas del Cielo. San Pedro le dio una orden con la mano para que Ángelo hiciera funcionar el detector áureo. San Pedro saludó efusivamente a los nuevos espíritus que llegaron.

—Antes de que entren, por favor, pasen sus discos de identificación por el detector —dijo San Pedro.

Ángelo, bajó una palanca doble y lentamente comenzó a aparecer del suelo de nubes, una cabina de cristal.

—Coloquen el disco de identificación aquí —le dijo San Pedro, apuntando a un eje giratorio.

—Ángelo, ¿por qué no abriste las puertas del Cielo y te encargaste de los espíritus? —preguntó San Pedro en voz baja.

—Preferí esperarlo a usted, que sabe cómo hacerlo.

—Ángelo, abrir un par de puertas y hacer funcionar el detector, no es ninguna ciencia.

—Sí, San Pedro, pero tuve miedo a equivocarme.

—Ten más miedo a no hacer nada que a equivocarte.

—Ksiel que siempre viene a molestarlo, me tenía nervioso.

—No le hagas caso. Ksiel va a crear polémica por lo que digas y por lo que no digas, y cuando no tiene noticias frescas viene a molestarme.

Luego que los espíritus fueron controlados por el detector, San Pedro se dirigió a su oficina y llamó por el intercomunicador.

—Nikola ¿Cómo estás?

—Necesito urgente que vayas a arreglar lo que conversamos. Por favor, lleva la caja de herramientas grande, puede que la tengas que utilizar.

—Sí. Si sé que tienes que pedir una autorización del Purgatorio, pero necesito que me hagas ese favor. Yo te esperaré en el taller para explicarte todo.

—Gracias amigo mío, nos veremos allá. Ve con Dios.

San Pedro le dio algunas instrucciones a Ángelo y luego se fue por el transportador que había en el interior del Cielo.

## Capítulo 44

Ignacio se encontraba dentro del transportador averiado muerto de miedo. Estaba escondido detrás de las rejillas de ventilación del transportador. Un espíritu delgado con un delantal azul y un sombrero de copa y bigote, entró al transportador averiado y abrió una caja de herramientas que llevaba en un carro. Sacó una llave y se puso a observar. Ignacio estaba aterrado.

—No tengas miedo, sé que estas aquí —dijo Nikola.

¿Cómo supo ese espíritu dónde estaba? —el corazón de Ignacio latía a mil por hora.

—San Pedro me dijo que estarías aquí. No tengas miedo... Ignacio, ese es tu nombre, ¿no es cierto?

Ignacio salió de su escondite asustado.

—Tranquilízate hijo, vamos a salir de aquí. Tienes que confiar en mí. Iremos a un lugar más seguro.

Ignacio asintió en silencio. Aún no era capaz de hablar.

—Pero antes, necesito arreglar este transportador —dijo Nikola.

Nikola tomó un destornillador de cristal. Sacó la rejilla de protección. Dentro había cientos de engranajes de cristal manchados con una sustancia negra que los carcomió. Nikola sacó los engranajes dañados y los metió en una especie de marmita a presión, con mangueras y relojes indicadores de nivel.

—El filtro se desbordó y por eso la sustancia carcomió los engranajes —dijo Nikola.

—Niño, aléjate de la turbina de ventilación.

Nikola se puso una máscara y guantes, y sacó de la turbina de ventilación, un filtro lleno de una sustancia negra que se movía y olía a pescado podrido. Con mucho cuidado Nikola abrió la escotilla a un costado de la marmita y metió el filtro. Luego selló los tornillos de la marmita que apretó con una llave inglesa.

—Listo. Creo que lo tendré listo para mañana. Vámonos al taller, pero primero, metete dentro —le ordenó Nikola a Ignacio.

—Es muy pequeño, no puedo doblarme tanto.

—Je, je, je, je, aún piensas como si tuvieras un cuerpo físico. Hay cosas que los espíritus pueden hacer, déjame enseñarte.



## Capítulo 45

Una sirena sonó por todo el Purgatorio. Las puertas se cerraron, los transportadores se detuvieron y decenas ángeles guardianes volaban de un lugar a otro.

«Atención, atención, prisionero escapó de la cúpula de aislamiento. Se considera peligroso. Esto no es un simulacro. Atención...».

Nikola subió la marmita arriba de su nube azul junto con la caja de herramientas y se dispuso a retirarse. Dos ángeles guardianes llegaron y lo detuvieron.

—¿Qué está haciendo en este lugar? —preguntó uno de los ángeles guardianes.

—Vine a reparar el transportador 145d7 —respondió Nikola.

—¿Hacia dónde se dirige?

—Voy a mi taller a arreglar unos engranajes defectuosos y a eliminar el filtro de este transportador que está contaminado —dijo Nikola apuntando hacia la marmita con mangueras y relojes.

—¡Qué lleva en la caja!

—Mis herramientas.

—Abra la caja.

—Solo llevo mis herramientas.

—Abra la caja.

Nikola sacó los seguros de la caja de herramientas y la abrió.

Uno de los ángeles guardianes arrojó la caja de herramientas al suelo. El Ángel Guardián dio vuelta la caja de herramientas con el pie. No había nada dentro.

—Puede retirarse.

—¿Qué pasa, se escapó alguien?

—No es su problema, siga su camino.

Nikola recogió sus herramientas y las puso de nuevo en la caja. Se subió a su nube azul y se retiró del lugar.

## Capítulo 46

Nikola ya en el taller, sacó el engranaje carcomido por la sustancia negra. Luego sacó el filtro y lo introdujo al interior de la purificadora. Cerró la escotilla, dio media vuelta a la manivela de seguridad. Bajó una palanca y el purificador comenzó a vibrar. Finalmente, salió humo blanco por las tres válvulas de escape.

Nikola descontaminó del interior de la marmita con un tubo flexible que lanzaba humo blanco a presión.

Ignacio miraba fascinado el taller de Nikola, lleno de artilugios y armatostes extraños, apilados por todo el lugar.

Lo que más le llamó la atención fue el sombrero de copa de Nikola. Era como los sombreros que usaban los magos para sacar conejos. Aparentaba ser un sombrero común, pero al girar el ala, el sombrero dejaba de tener fondo. Ignacio introdujo la mano y no tocó el fondo. Luego introdujo los pies dentro del sombrero y una fuerza lo succionó haciéndolo desaparecer.

—Niño ese sombrero no es para jugar, así que déjalo donde lo encontraste —dijo Nikola.

Del sombrero, aparecieron las manos y luego la cabeza de Ignacio tratando de salir del sombrero de copa.

—No pareces ser tan peligroso —dijo Nikola.

—Me escapé con mi hermano de las Unidades de Reencarnación.

—Sabes, esos módulos los construí yo. Tenían un sistema muy anticuado y yo los mejoré.

—Dices que escapaste con tu hermano, pero ¿dónde está tu hermano?

—Cayó por el Abismo.

—Oh, eso es grave.

Ignacio se acordó de su hermano y se puso triste.

Se escuchó un ding dong celestial afuera del taller de Nikola.

—Rápido, escóndete dentro del sombrero —dijo Nikola nervioso.

Ignacio se escondió. Nikola giró el ala del sombrero y se lo puso en su cabeza.

Nikola abrió la puerta y se encontró con San Pedro a quien hizo pasar.

—¿Encontraste al niño?

—Sip.

—¿Lo trajiste al taller?

—Sip.

—Y, ¿dónde está?

—Dentro del sombrero.

—Ya veo.

Nikola giró el ala del sombrero haciendo caer a Ignacio de un golpe al suelo de nube.

—Ignacio, ¿estás bien?

—Sí, pero no por su ayuda —dijo Ignacio molesto con San Pedro.

—Perdón. Así que escapaste por tu cuenta, ¿y nadie te ayudó?

—La espátula dorada que te di para escapar, ¿no te sirvió?

—A usted se le cayó.

—Sí, se me cayó de casualidad y también te dije de casualidad que te escondieras en el transportador que se encontraba en mal estado. Antes que me olvide, devuélveme mi espátula dorada.

Ignacio le pasó la espátula a San Pedro.

—También el anillo de nube.

—No lo tengo. Me lo quitó el ángel que me capturó.

—Parece que tienes problemas —le dijo Nikola a San Pedro.

—Creo que un gracias para empezar, no estaría mal —dijo San Pedro.

—Gracias —le dijo Ignacio abrazando a San Pedro, mientras las lágrimas le corrían por el rostro.

—Tranquilo hijo, vamos a rescatar a tu hermano.

—¿Cómo? —preguntó Ignacio.

—Ya tienes bastantes problemas como para meterte en otro. Me imagino que nuevamente no me harás caso —le dijo Nikola a San Pedro levantando una ceja.

—¿A qué te refieres? —preguntó San Pedro.

—Me lo imaginé. Pero esta vez no quiero saber los detalles, ¿de acuerdo?

## Capítulo 47

San Pedro le contestó a Nikola con una sonrisa.

—Antes que te vayas, quiero que veas algo —le dijo Nikola a San Pedro.

—Mira lo que saqué del transportador que estaba descompuesto.

Nikola le mostró uno de los engranajes que sacó del transportador.

—Es un engranaje con unos dientes menos. Seguramente por mucho uso —dijo San Pedro.

—Puede ser, pero si te fijas bien, los dientes del engranaje no están quebrados, están carcomidos por algo.

—Es verdad ¿Y qué fue lo que lo carcomió?

—El filtro que saqué del transportador, estaba repleto de una sustancia negra que carcomió los engranajes. Y estoy hablando del transportador que usas para ir al Abismo.

—¿Qué estás suponiendo? —preguntó San Pedro.

—No supongo nada, solo te estoy preguntando —dijo Nikola.

—Voy cada cien años, según las instrucciones que me dejó el Arcángel Azrael, antes que desapareciera.

—Entonces, alguien que no eres tú, está usando el transportador para ir al Abismo. O lo que podría ser peor, está subiendo del Abismo al Purgatorio.

—Eso es imposible. Yo soy el único autorizado a usar la llave. El Arcángel Azrael me dejó a cargo y no lo he defraudado hasta el momento.

—Me temo, que algo está pasando en el Purgatorio y puede ser grave.

—Mañana me encargaré de averiguar personalmente que está pasando —dijo San Pedro pensativo.

—Me quedaré hasta tarde fabricando los engranajes nuevos y mañana a primera hora los instalaré en el transportador.

—Gracias amigo mío, tú sabes que eres de los pocos en quien confío.

—Lo sé, pero no te aproveches de eso —dijo Nikola sonriendo.

San Pedro y Nikola se dieron un fuerte abrazo y se despidieron.

—Ten cuidado con ese chico, es muy peligroso —dijo San Pedro sonriendo.

—Lo tendré en cuenta —contestó Nikola.

—Ignacio estarás en buenas manos. Mañana iremos al Abismo a buscar a tu hermano, así que cambia esa cara. Quiero ver una sonrisa.

Ignacio sonrió. San Pedro le despeinó el pelo y luego se fue del taller de Nikola.

## Capítulo 48

El enorme reloj de arena que había en el Purgatorio se vació totalmente. El Supervisor Gris, apretó un botón y giró un potenciómetro hacia la derecha. Por los altavoces del Purgatorio comenzó a sonar el Aleluya de Händel. Todos los funcionarios grises detuvieron sus tareas.

—Retrocedan tres pasos, por favor —dijeron en coro los funcionarios grises a los espíritus que iban a ser atendidos en los cubículos grises.

Los espíritus retrocedieron y grandes placas de cristal blindado se alzaron del suelo, sellando la administración del Purgatorio.

Los funcionarios grises se retiraron y salieron por una de las puertas de la Antesala de Selección Espiritual.

Seis ángeles guardianes aterrizaron en medio de los espíritus y recorrieron todas las filas. Terminada la inspección de rutina, los ángeles guardianes se retiraron volando.

—¿Qué pasa? —preguntaban los espíritus de las últimas filas.

—Cerraron el Purgatorio y tendremos que esperar hasta mañana, para que nos atiendan.

—Eso no es justo —dijo un espíritu.

—En el Purgatorio nada es justo —contestó otro.

—Si quieres, exprésale tu molestia a un ángel guardián —se burló un espíritu.

—Sí, ellos te escucharán —dijo otro espíritu sarcástico.

Los espíritus que estaban en las filas, resignados, se acomodaron a dormir en la misma fila para no perder su ubicación.

## Capítulo 49

San Pedro en su oficina, revisaba un alto de carpetas de vida apiladas en su escritorio.

Ángelo se encontraba detrás de las puertas del Cielo, practicando para recibir a los nuevos espíritus.

—Bienvenidos al Cielo, espero que se queden para siempre... No, así no.

—Bienvenidos al Cielo. No, primero abro la puerta, los saludo y luego me presento.

—Bienvenidos al Cielo, soy Ángelo, ayudante de San Pedro.

—No diré que soy el ayudante. Mejor Ángelo a secas.

—¿Qué venía después? Inserten sus discos de identificación en el eje giratorio y luego los abrazo.

—¿Los abrazo primero o les doy la mano?

—Mejor les doy la mano. A continuación les digo que inserten sus discos de identificación en el detector áureo.

—Pero primero tendré que ir a conectar el detector luego de saludar a los espíritus.

—Ahora sí. Dejo conectado el detector. Desconecto la energía espiritual. Saludo. Abro las puertas del Cielo. No. Abro las puertas y luego saludo...

## Capítulo 50

Una pequeña campanilla sonó insistentemente. San Pedro detuvo el sonido de un pequeño despertador a cuerda. Un nuevo día empezaba. Las carpetas quedaron archivadas. San Pedro salió de su oficina y se dirigió hacia Ángelo a quien le dio las últimas indicaciones.

—No te pongas nervioso. Siempre hay una primera vez para todo. No te preocupes de hacerlo bien a la primera, eso vendrá con el tiempo.

—San Pedro, no creo estar preparado.

—Si te equivocas no será la primera ni la última vez que lo hagas. Yo también me he equivocado muchas veces. Eso se llama experiencia.

San Pedro le entregó el manojito de llaves antiguas a Ángelo y lo abrazó.

—Desde ahora estás a cargo. Sé que lo harás bien.

Ángelo metió la llave para abrir las puertas del Cielo y un golpe de energía espiritual, hizo que Ángelo lanzara lejos las llaves.

—Viste, a mí también me pasa a veces —dijo San Pedro sonriendo.

Ángelo desconectó la energía espiritual y abrió las puertas del Cielo. San Pedro se dirigió al transportador principal. Del transportador salieron cuatro espíritus asustados.

—Sigán derecho hasta el fondo y encontrarán el Cielo —les dijo San Pedro.

Los espíritus caminaron lentamente por el suelo de nubes blancas, mirando nerviosos hacia todos lados. San Pedro entró al transportador y desapareció.

## Capítulo 51

Los funcionarios grises comenzaron a llegar a la Antesala de Selección Espiritual. El Supervisor Gris, giró una manivela y el reloj de arena comenzó a girar lentamente, hasta completar media vuelta. Las protecciones de vidrio blindado bajaron y los espíritus grises comenzaron a atender a los miles de espíritus que llegaban de la Tierra y se ubicaban en las distintas filas. Los espíritus, se estiraron, bostezaron y se levantaron para seguir la interminable espera hasta que les llegara su turno.



## Capítulo 52

Nikola colocó el filtro y los engranajes nuevos dentro de la caja de herramientas. Acomodó arriba de la nube, la caja de herramientas y un morral con dos trajes de repuesto.

—Ya es hora que te introduzcas dentro del sombrero —le dijo Nikola al Ignacio.

Nikola giró el ala del sombrero de copa. Ignacio se introdujo y desapareció. Luego de cerrar el portón de su taller, Nikola subió a su nube azul y se dirigió al transportador.

En el camino un Ángel Guardián aterrizó delante de Nikola. El Ángel Guardián lo hizo bajar de la nube. Arrojó la caja de herramientas al suelo y registró su interior por si tenía algún fondo falso. Al no encontrar nada, el ángel guardián le hizo una señal con la mano para que prosiguiera su camino.

—No me puede tratar así. Soy persona de confianza y gracias a mí el Purgatorio se ha modernizado —dijo Nikola haciéndose el ofendido.

El ángel guardián extendió sus alas y salió volando. Nikola recogió las herramientas, subió a la nube azul y reanudó su trayecto.

## Capítulo 53

San Pedro y Nikola se encontraron en el Purgatorio a medio camino. Nikola saludó a San Pedro levantando su sombrero de copa y siguió su camino.

—Sí, San Pedro está aquí. Lo estoy viendo —dijo el Director General del Purgatorio quien observaba a San Pedro desde una de las torres de vigilancia—. No, no estoy acusando a nadie, pero me parece extraño que esté aquí. Tenga en cuenta que encontramos un anillo nube en uno de los espíritus que se fugó. Por seguridad, sería conveniente abrir una investigación. No, no me malinterprete, solo deseo la seguridad del Purgatorio. Gracias por atenderme.

El Director General del Purgatorio, colgó el receptor de la torre de vigilancia del Purgatorio y siguió a San Pedro a través de un catalejo.

## Capítulo 54

San Pedro entró al transportador, que gracias a Nikola, ya se encontraba operativo. San Pedro llamó a Ignacio, quien estaba escondido detrás de los tubos de ventilación del transportador.

Ignacio le pasó el morral y San Pedro sacó dos trajes que tenía todos los colores del arco iris.

—Ponte este traje.

—¿Es para protegernos del calor?

—No. Es para protegernos de la maldad que hay en el Infierno.

Ignacio se puso el traje y este se adaptó a su espíritu, quedando como una segunda piel. El traje fluía a lo largo del espíritu de Ignacio, cambiando de color constantemente por si fuera un líquido espeso. San Pedro se cubrió la cabeza con la capucha del traje y esta se adaptó a la forma de su rostro, dejando solo una pequeña trompa en la boca que le servía para hablar.

Ignacio se colocó la capucha y pudo ver perfectamente, aunque la capucha no contaba con ningún agujero para ver.

—Ignacio. Cuando el traje se coloque negro es porque ha dejado de funcionar y empezarás a absorber la maldad que hay en el Infierno.

—¿Me convertiré en un monstruo?

—No, je, je, je, je. Para eso hacen falta miles de años.

La maldad que hay en el Infierno afecta a los espíritus de forma diferente. Un espíritu que no está condenado como el de tu hermano, se pondrá triste los primeros días y luego de un tiempo, no tendrá interés en nada. Si se queda mucho tiempo, perderá las esperanzas y comenzará a olvidar a tus seres queridos. Finalmente el rencor se apoderará de él, haciéndole egoísta y desarrollando sus peores defectos.

—Mi hermano debe estar muy mal —dijo Ignacio.

—Debe estar sufriendo los primeros síntomas. Por eso no debemos perder más tiempo.

San Pedro metió la mano dentro del traje y sacó una llave oxidada que tenía colgada al cuello y la introdujo en el aire. Un bloque con una cerradura apareció a un costado del transportador. San Pedro giro la llave tres veces y luego la sacó y guardó dentro del traje. La cerradura desapareció. San Pedro e Ignacio se ubicaron al centro del disco metálico y dos aros de luz comenzaron a moverse, cada uno en sentido contrario, y a elevarse del suelo. Los aros de luz ya no eran azules. Su color cambió a un rojo intenso.

—Ignacio, no toques los aros de luz, te puede dar una descarga de energía espiritual.

Ignacio no quizo decirle a San Pedro que ya había sentido la descarga de energía espiritual.

Los aros de luz comenzaron a girar produciendo un zumbido cada vez más

rápido, hasta que una explosión hizo desaparecer a San Pedro y a Ignacio.

## Capítulo 55

Una sombra entró al interior de la cúpula del transportador y revisó minuciosamente.

—No están. Nadie puede ir al Abismo sin que antes lo autorice el Consejo —dijo Kasiel.

—¿Grabaste cuando San Pedro entró a la cúpula del transportador?

—Sí, está todo grabado —contestó Érico.

—Bien, esta noticia causará sensación cuando esté lista —dijo Kasiel sonriendo.

## Capítulo 56

Matías lloraba desconsolado en el rincón de una jaula hecha de huesos. En su interior había mantas sucias y un grillete con una bola de hierro sujetaba el tobillo de Matías.

Fuera de la jaula apareció una sombra que se acercó a Matías. La sombra tenía la estatura de Matías y estaba cubierta por una vieja túnica que le cubría todo el cuerpo.

Era la Pequeña Muerte, que había encontrado a Matías en el Primer Infierno y lo llevó a su habitación. La Pequeña Muerte sacó un hueso de sus costillas y lo movió de un lugar a otro haciendo sonar la jaula. Esperó a que el espíritu se moviera o hiciera alguna gracia.

Matías siguió llorando. La Pequeña Muerte se colocó el hueso de la costilla. Abrió la jaula y se introdujo en ella. Matías asustado trató de escapar, pero no pudo atravesar los barrotes. La Pequeña Muerte se sentó al lado de Matías y esperó a que se calmara.

—No te preocupes, no te pasará nada, yo te cuidaré —dijo la Pequeña Muerte, palmoteándole la cabeza, como si fuera una mascota.

—No quiero estar encerrado, quiero a mi mamá —lloriqueaba Matías.

—Mi nueva mascota habla —dijo la Pequeña Muerte.

—Juguemos. Yo te tiro un hueso y tú lo vas a buscar.

—No quiero jugar. Quiero salir de aquí —dijo Matías afligido.

La Pequeña Muerte se levantó, fue al rincón de la jaula y sacó de una bolsa de cuero, una hoja dorada.

—Cómete esta hoja, te hará bien.

—No como hojas.

—A los espíritus les hace bien comer esta hoja. Se les pasa la tristeza.

Matías tomó la hoja, pero la arrojó y trató de escapar nuevamente. La Pequeña Muerte con gran rapidez agarró a Matías, lo sentó y le metió a la fuerza la hoja en la boca. Matías se tragó la hoja, pero tosió e hizo arcadas. Luego de un rato se tranquilizó.

—Ya no me siento triste —dijo Matías más repuesto.

La Pequeña Muerte no le prestó atención. Examinaba la pañoleta roja con franjas doradas que Matías tenía en el cuello.

—¿Te gusta mi pañoleta?

—Me gustan los colores.

—Si me dejas libre, te la regalo.

—No puedo dejarte libre, los demonios te devorarán.

—Juguemos afuera —dijo Matías, pensando en escapar en cuanto la Pequeña Muerte se descuidara.

El pie de Matías estaba engrillado a una cadena que terminaba en una pesada bola de hierro que impedía que Matías escapara.

—A mi padre no le gusta que las mascotas anden sueltas por la habitación.

—No soy una mascota, soy un niño —dijo Matías.

—Te encontré en el Infierno de los espíritus humanos y ahora eres mío —dijo la Pequeña Muerte.

—Yo caí por el agujero gigante y no soy de aquí.

—Aquí no te va a pasar nada, yo te cuidaré.

—Yo quiero volver donde está mi mamá.

—¿Y dónde vive tu mamá?

—Vive en la tierra —dijo Matías.

—Mi padre siempre va a buscar espíritus a la Tierra —dijo la Pequeña Muerte.

—¿Puedes ir a la Tierra?

—No, porque mi padre no me deja salir de la habitación. Dice que afuera es peligroso.

—El Infierno es el lugar más peligroso que existe, porque viven los demonios y los espíritus más malos de la Tierra —sentenció Matías.

—Yo vivo aquí y no soy malo —dijo la Pequeña Muerte.

## Capítulo 57

El transportador se abrió. San Pedro e Ignacio caminaron por un túnel metálico. El final del túnel se dividía en dos pasillos más cortos. El pasillo de la derecha comunicaba a una escotilla y el pasillo de la izquierda daba a un montacargas que se encontraba abierto. San Pedro dobló por la derecha hasta llegar frente a una gran escotilla que se encontraba cerrada. San Pedro golpeó la escotilla y esperó.

«Quién vive» —preguntó por el intercomunicador una voz llena de estática.

—San Pedro y un amigo.

«Colóquense sobre la marca que hay en el suelo y no se muevan».

Del techo se abrió un agujero y apareció una esfera negra que produjo una explosión de luz blanca.

—No creo que sea necesario hacer eso. Me conoces bien —dijo San Pedro.

«Seguro que en el Cielo dejas entrar a todo el mundo» —dijo la voz por el intercomunicador.

«Están libres de contaminación». «Pueden entrar».

Una escotilla circular se abrió y San Pedro junto a Matías entraron. La escotilla giró y se cerró. Un vapor blanco salió a presión por los aspersores, cubriéndolos totalmente. Cuando el vapor se disipó, una luz verde se prendió arriba de la siguiente entrada.

«Ya pueden pasar» —les dijo la voz por el intercomunicador.

San Pedro se sacó el traje y lo dejó colgado en la antesala. Ignacio hizo lo mismo. San Pedro giró el volante de la escotilla y luego empujó la puerta. San Pedro e Ignacio entraron a una sala metálica oscura. Varias planchas de metal remachadas a las paredes, cubrían los agujeros de disputas pasadas.

Apareció un ángel de más de dos metros de altura, vestido con una túnica gastada y sucia que cubría su cuerpo. Sus manos eran largas y huesudas y sus alas no eran de plumas, más bien parecían escamas. Su piel era curtida y oscura.

—Qué te trae por estos lados —dijo el Arcángel Malik quien se agachó y abrazó a San Pedro.

—Vine a saludarte y a saber cómo has estado.

—Tú siempre tan amable. Estoy bien, teniendo en cuenta que cuando trabajas con fuego, a veces te puedes quemar —dijo Malik, quien se subió la manga de la túnica dejando ver quemaduras y cicatrices en todo su brazo izquierdo.

—¿Cómo anda el trabajo aquí abajo? —preguntó San Pedro.

—Los mismos problemas de siempre. Demonios que quieren escaparse, espíritus condenados que alegan inocencia. Pero el problema más serio es la plantilla de ángeles que tengo. Imagínate, somos ocho para controlar todo el Abismo. Para peor, cada día llegan más y más espíritus condenados.

—He pedido que me manden más ángeles pero nadie quiere venir a trabajar al Abismo. Parece que no les gusta ensuciarse.



—¿Pediste hablar con el Consejo? —preguntó San Pedro.

—Le propuse al Consejo sacar del Quinto Infierno a los ángeles caídos que estuvieran arrepentidos y formarlos como ángeles guardianes del Abismo, pero me dijeron que era demasiado peligroso confiar en ángeles traidores. Sé que es un riesgo, pero trabajar con tan pocos ángeles en el Abismo es peor. No sé qué hacer. Tengo las manos atadas. Al Consejo le molesta hablar del Abismo y menos hablar de los problemas que tenemos.

—Te encuentro la razón —dijo San Pedro—. A mí me resulta peor. Cuando tengo que venir al Infierno a buscar a los espíritus, tengo que lidiar con la burocracia del Purgatorio y las trampas de los demonios del Infierno. No sabes la de veces que los demonios han tratado de entregarme espíritus que no corresponden a sus discos de identificación.

—Cuando Azrael estaba en el Consejo de Arcángeles, no pasaba esto —dijo Malik.

—Cuando desapareció, el Consejo cambió, y me parece que no para bien —contestó San Pedro.

—¿Te has enterado cuando llegará Azrael?

—Desde que se fue del Segundo Cielo, nadie sabe nada —contestó San Pedro—. Yo he seguido haciendo su labor. Buscando a los espíritus que cumplieron su condena en el Infierno, pero te digo, cada vez es más difícil.

—Me imagino.

—Malik, deberías postular al puesto de concejero, así las cosas cambiarían —dijo San Pedro.

—Ja, ja, ja, ja, claro, cuando encuentre un reemplazo que le guste estar en el Abismo y hacer el trabajo sucio —contestó el Arcángel Malik irónico—. San Pedro, te estoy quitando parte de tu valioso tiempo. ¿A qué debo el honor de tu visita?

—El hermano menor de este espíritu, cayó por accidente al Abismo y queremos saber si está aquí.

—Ummm, ya veo.

—Necesito de tu ayuda para rescatarlo y llevarlo de vuelta a las Unidades de Reencarnación.

—Es extraño que del Purgatorio no me hayan informado nada.

—Tú sabes que en el Purgatorio, nunca hay problemas —ironizó San Pedro—. Por eso he venido personalmente.

—¿Tomaste las debidas precauciones para venir? En el Purgatorio hay muchos ojos, especialmente después de lo que te pasó con los demonios.

—Nikola me construyó un detector áureo como el que tienes afuera de la torre de control.

—Que haríamos sin Nikola —dijo Malik.

—Amigo leal como pocos.

—¿Has visto al espíritu de un niño llegar al Abismo? —les gritó Malik al ángel

que estaba sentado en la sala de control monitoreando el Abismo.

Un par de gruñidos fue la respuesta del ángel.

—Que sociable —dijo San Pedro.

—Supieras como —ironizó Malik.

—Espérenme aquí, consultaré a los ángeles celadores.

Malik abrió la escotilla, se agachó y entró.

—¿No te pondrás el traje de protección? —preguntó San Pedro.

—Está roto —contestó Malik, cerrando la escotilla.

Ignacio y San Pedro se quedaron en silencio.

## Capítulo 58

El ángel encargado de la sala de control, continuaba concentrado en su labor. Controlaba seis grandes espejos convexos que giraban con unas manivelas de ajuste, permitiéndole ver la actividad espiritual en puntos clave del Abismo. Por un intercomunicador les informaba a los ángeles cualquier situación extraña.

Ignacio se acercó a mirar que había en los espejos, pero el ángel se volteó y frunció el ceño. San Pedro tomó del hombro a Ignacio y lo llevó al mirador de la Torre de Vigilancia Angélica. A través de los gruesos y sucios vidrios que protegían la torre, Ignacio pudo ver el Abismo. Era una caverna gigantesca, pero una espesa neblina no dejaba ver mucho. Ignacio vio que del techo de la caverna, giraba un gran agujero negro, donde caían los espíritus condenados dentro de una enorme cúpula abierta en su cúspide.

—¿El Abismo y el Infierno son lo mismo? —preguntó Ignacio.

—No. El Abismo es el agujero negro que viste en el Purgatorio. En él, arrojan a los espíritus condenados que llegan acá. La misión de los ángeles celadores, es guiarlos hasta las puertas del Infierno sin que les pase nada.

—Los espíritus condenados, ¿no caen directamente al Infierno?

—No hijo. Incluso en el Abismo, los espíritus condenados pueden elegir cumplir su condena en el Infierno o quedarse vagando por toda la eternidad en el Abismo.

—Entonces mi hermano puede estar en el Abismo.

—Eso espero.

Malik se reunió con seis ángeles celadores que portaban largos tridentes. Luego de unos momentos, los ángeles volvieron a sus labores y el Arcángel Malik miró hacia el mirador y le hizo una seña negativa con la mano a San Pedro, quien lo observaba.

## Capítulo 59

La escotilla de la Torre de Vigilancia se abrió y apareció el arcángel Malik.

—Tengo buenas y malas noticias. La buena es que los ángeles celadores vieron el espíritu de un niño llegar al Abismo.

—La mala noticia es que el espíritu del niño entró al Infierno junto con los demás.

—Entremos al Infierno y rescatemos a mi hermano —dijo Ignacio.

—No es tan fácil —dijo Malik—. Es complicado entrar al Infierno sin autorización oficial del Consejo.

—Pida que lo autoricen y rescatemos a mi hermano —dijo Ignacio.

—Ojalá fuera tan sencillo. Si saben que cayó un espíritu por error al Abismo, harán una investigación y eso equivale a muchos problemas. La otra solución sería esperar a que podamos ir a buscar a los espíritus que cumplieron su condena en el Infierno —dijo Malik—. ¿Y falta mucho?

—Faltan unos ochenta y nueve años terrestres —contestó San Pedro.

—Eso es mucho tiempo.

—Cuanto eres un espíritu, el tiempo pasa más rápido —dijo San Pedro tratando de tranquilizar a Ignacio.

—Hable con alguien del Infierno y dígales que fue un error.

—En el Infierno nadie escucha y si pueden sacar ventaja de algo lo harán, especialmente si fue por un error. Tratarán de obtener ventaja para sus planes y eso no lo podemos permitir. Incluso cuando llegamos con una orden oficial del Consejo, somos escoltados por ángeles para evitar cualquier incidente —dijo San Pedro—. Yo soy el encargado de la diplomacia y tengo que dialogar con los demonios, que harán cualquier cosa para evitar devolver los espíritus que pedimos. Cualquier incidente podría romper las relaciones diplomáticas entre el Cielo y el Infierno. Lo mejor será esperar y así evitar un mal mayor.

—Pero es mi hermano.

—Lo sé, pero a veces tenemos que hacer sacrificios. En este caso, por el bien de todo el Cielo —dijo San Pedro.

—Yo le prometí a Matías que lo protegería cuando no estuvieran nuestros padres.

—Lo siento hijo, pero San Pedro tiene razón —dijo Malik.

Una luz intermitente roja con un sonido tintineante, llamó la atención de Malik, quien se dirigió al intercomunicador. Enchufó un cable justo debajo de la luz y dio vuelta una manivela. Malik se puso un audífono en el oído y habló por la bocina que salía del aparato.

—Torre de Vigilancia Angélica, ¿con quién hablo?

—San Pedro, es para ti, es tu ayudante.

San Pedro extrañado por el llamado, se acercó y tomó el cono y el audífono.

—¿Qué pasa Ángel?

—¿Y para eso me llamas?

—Dile que estoy en el Purgatorio y que después conversaré con él.

—No le digas que estoy aquí.

—Espera un poco, voy a girar la manivela, la voz se escucha rara.

San Pedro le dio varias vueltas a la manivela del intercomunicador, hasta que esta no dio más.

—No, no estarás mintiendo, sólo dile que estoy muy ocupado.

—No lo dejes ingresar al Cielo. Él no tiene autoridad para hacer eso.

—No, no dejes que te atemorice, esa es su técnica.

—En el peor de los casos, cúlpame a mí de todo, para que no tengas problemas.

—Bien, pero no me vuelvas a llamar a este lugar, ¿entendido?

—Ve con Dios.

San Pedro colgó en un gancho el altavoz junto al audífono.

—Ksiel andaba husmeando por el Cielo. El problema es que Ángelo aún es muy inocente y no sabe cómo enfrentarlo.

—Es mejor que vuelvas, antes que te metas en más problemas —dijo Malik.

—Veré que puedo hacer para ayudar al niño. Me imagino cómo debe de estar sufriendo.

—Ignacio, volvamos al Cielo... Ignacio ¿Dónde está el niño?

La escotilla de salida estaba abierta.

—El niño escapó —dijo Malik—. Rápido vamos a buscarlo, se fue al Abismo sin ninguna protección.

## Capítulo 60

El montacargas oxidado se detuvo. La puerta se abrió produciendo un desagradable sonido de fierros rechinando. Ignacio sintió un golpe de calor en todo su espíritu. No sabía cuánto calor había en el Abismo, pero de seguro un ser vivo se quemaría de inmediato. Una espesa neblina verdosa inundaba el Abismo, ocultando el suelo de donde no lo había.

Ignacio caminó escondiéndose detrás de enormes estalagmitas, para evitar que los ángeles celadores lo atraparan. A cada paso Ignacio sentía el suelo viscoso y crujiente. Algo le agarró el tobillo. Ignacio levantó su pierna y vio que el resto espiritual de una mano, le apretaba el tobillo. Ignacio logró liberarse y arrojó la mano al suelo. La neblina se esparció, dejando ver todo tipo de restos de espíritus humanos.

Miles de lucecitas brillaban y parpadeaban en las paredes del Abismo. Ignacio se acercó y se dio cuenta que las lucecitas era los ojos de miles de cabezas y trozos de espíritus humanos que fueron absorbidos por la roca.

—Ayúdanos. Por favor sácanos de aquí —decían los espíritus—. No nos dejes.

Los espíritus extendieron cientos de manos abiertas. Ignacio tomó una de las manos y trató de sacarla, pero no pudo. Otras manos agarraron las piernas y el cuerpo de Ignacio, cubriéndolo totalmente.

—¡Socorro! ¡Ayuda! —gritó Ignacio, pero una mano le tapó la boca.

## Capítulo 61

San Pedro, Malik y los ángeles celadores, buscaron a Ignacio preocupados, pues no tenían mucho tiempo para que La Entidad terminara por absorberlo.

Cada ángel iluminaba el Abismo con una lámpara que producía una luz azulada amplificada por un disco cóncavo hecho de bronce ubicado detrás de la luz.

Ignacio mordió una de las manos que le sujetaban la boca y gritó pidiendo ayuda.

—¡Por aquí! —gritó un ángel celador.

El espíritu de Ignacio cubierto por decenas de brazos, apenas se distinguía. Los destellos de las luces de las lámparas quemaron los brazos y manos que atrapaban a Ignacio. Dos ángeles clavaron sus tridentes en los restos de La Entidad y otro ángel sacó a Ignacio de un tirón y se lo llevó en brazos volando hasta el montacargas.

Dentro de la cámara de descontaminación, varios chorros de humo blanco golpearon a Ignacio, sacándole cualquier partícula de maldad que tuviera su espíritu. Ignacio salió de la cámara de descontaminación y entró en la Torre de Vigilancia, custodiado por un ángel celador.

—Ignacio, ¿estás bien? —preguntó San Pedro.

Malik examinó a Ignacio y no encontró signos de heridas.

—Tuviste suerte —dijo Malik—. La Entidad estuvo a punto de absorberte.

—¿La Entidad? —Preguntó Ignacio.

—Son los desechos de espíritus que se fueron uniendo por miles de años, tratando de formar un espíritu completo. Pero a La Entidad le faltan los recuerdos, las emociones, lo que contiene un alma y se las roba a los espíritus que decidieron no entrar al Infierno —dijo Malik.

—No debiste hacer esa locura —dijo San Pedro.

—No dejaré que mi hermano se quede en el Infierno.

—Nosotros tampoco hijo, pero corremos un riesgo más grande si tratamos de rescatarlo.

—¿Me ayudará a rescatar a mi hermano?

—Sí hijo, te ayudaré, pero no sé cómo. Malik, tú conoces el Infierno mejor que yo.

—Hay una sola forma de entrar, y es por la entrada principal del Infierno —dijo Malik.

—Iremos todos y pediremos que nos devuelvan al niño —comentó San Pedro.

—Me temo amigo mío, que no puedo acompañarte, ni tampoco los ángeles. Las relaciones entre el Cielo y el Infierno pasan por un periodo muy delicado. Sin una autorización oficial del Consejo, no puedo hacer nada. Es el Infierno el que me preocupa. Están esperando a que cometamos un error para usarlo como pretexto y así romper El Tratado —dijo Malik—. Si quieres entrar al Infierno, tendrás que hacerlo, bajo tu propia responsabilidad.

—No quiero involucrarte en esto Malik —dijo San Pedro.

—Puedo ayudarte a llegar hasta el puente. De ahí en adelante seguirás solo.

—Entiendo. Solo Indícame como entrar. Necesito saber que hay dentro del Primer Infierno.

—Aunque estoy encargado del Abismo, nunca he entrado al Primer Infierno, pero...

—¿Pero? Esa parte me gusta, la del pero —dijo San Pedro.

—Hay alguien, que te podría ayudar indirectamente.

—Te escucho.

—El ángel encargado del Faro te podría dar la información.

—Si mi memoria no me falla, me dijiste que en total había siete ángeles y tú en el Abismo. Eso me da ocho y no nueve —dijo San Pedro.

—Je, je, je, je. Acompáñenme —dijo Malik—. Antes de subir al Faro, tengo que advertirte oficialmente que lo que tratas de hacer es estúpido y puede tener consecuencias si el Consejo se entera. He tratado de convencerte de que no lo hagas, pero no me has hecho caso ¿Está claro? —dijo Malik irónico.

—Lo sé y asumo toda la responsabilidad —contestó San Pedro.



## Capítulo 62

Malik, San Pedro e Ignacio subieron al Faro por una estrecha escalera en espiral. Entraron a una pequeña habitación donde había un demonio que miraba por un enorme catalejo que apuntaba a las puertas del Primer Infierno. A un costado yacía una gigantesca lámpara de bronce rodeada en su interior por un reflector con la forma de un bulbo transparente que tenía pequeños surcos circulares al centro que se hacían más grandes a medida que se alejaban del bulbo. Un cristal de color ámbar iluminaba su interior. Al lado de la enorme lámpara había un asiento empotrado en una serie de engranajes, manivelas, palancas y válvulas que controlaban la intensidad y la dirección de la luz divina.

—San Pedro, te presento a Asael, él podrá ayudarte —dijo Malik.

Una túnica sucia y con agujeros cubría el alto y delgado cuerpo de Asael. Su rostro era oscuro y reseco. Sus alas eran parecidas a las de un murciélago y sus manos y pies eran como las garras de un animal. Asael tenía grilletes en pies y manos. Cuando vio a San Pedro trató disimuladamente de esconder los grilletes debajo de su túnica. Malik le explicó a Asael lo que pasó con el espíritu del niño.

—La única forma de entrar al Infierno es por la puerta principal —dijo Asael.

—Les acabo de mencionar eso —contestó Malik.

—Tendrán que entrar como espíritus condenados para no despertar sospechas.

—¿Cómo es el Infierno de los espíritus humanos? —preguntó San Pedro.

—Está lleno de túneles donde los espíritus humanos sacan rocas.

—¿Rocas? ¿No los atormentan por sus pecados? —preguntó San Pedro.

—Lo que vi fue eso —dijo Asael huraño.

¿Qué es lo que se supone que sacan?

—No lo sé. Solo estuve algunos momentos en el Primer Infierno antes de escapar por la entrada principal.

—Debo seguir trabajando —dijo Asael, fijando la mirada en Malik.

—Vamos. Asael le gusta estar solo —dijo Malik.

—¿Por qué el demonio tiene cadenas? —preguntó Ignacio.

Asael clavó la mirada en Ignacio, quien sintió un escalofrío que le recorrió todo su espíritu. San Pedro se puso el dedo índice en la boca para que Ignacio no dijera nada más. San Pedro bajó junto a Ignacio por las escaleras de espiral seguido de Malik.

—Malik, ¿tienes a un ángel caído a cargo del Faro? —preguntó San Pedro.

—Hace bien su trabajo —contestó Malik.

—¿Puedes confiar en él?

—Hasta el momento sí.

—¿Alguien sabe que se encuentra en el Abismo y trabaja en el Faro?

—Solo tú. Y si me preguntas si estoy preocupado por lo que diga el Consejo. No, no lo estoy, porque nunca han bajado al Abismo a inspeccionar.

—Cuando Asael salió del Primer Infierno, lo capturaron los ángeles celadores. Se hallaba muy débil y sus heridas eran profundas y graves. Lo envolví en las hojas del árbol de la vida y lo encerré en una celda hasta que se recuperó.

—¿Pensaste que podía tratarse de una trampa?

—Al principio sí, pero viendo el estado en que llegó, pensé que el enemigo de mi enemigo es mi amigo.

—No te dijo, ¿cómo ni por qué escapó?

—No habla mucho, ni tampoco quiero obligarlo. Cuando sea el momento, hablará.

—¿Por qué está a cargo del Faro? —insistió San Pedro.

—Ningún ángel quiere estar en el Faro, creen que es un castigo cuando designo a uno. Así que tuve que arriesgarme.

—Fuiste precavido al ponerle grilletes.

—No, él quiso que le colocara los grilletes, para que los demás ángeles no desconfiaran de él. Soy el único que lo acepta como es. Para el Consejo, siempre será un ángel caído y para el Infierno un traidor. Estará marcado por siempre.

—¿No han pedido su cabeza en el Infierno?

—Las comunicaciones no son el fuerte del Infierno.

—¿Te parece que empecemos con el plan? —preguntó Malik.

—Te escucho —dijo San Pedro.

## Capítulo 63

Antes de colocarse el traje protector, San Pedro dejó todas sus pertenencias. Se sacó la llave que llevaba al cuello y que conducía al Abismo; la espátula dorada y otros objetos extraños y los depositó en una caja metálica.

—No podrás entrar al Infierno con ningún arma, herramienta u objeto que pertenezca al Cielo. No podemos permitir que caigan en manos de los demonios y las usen en nuestra contra —dijo Malik.

—Comprendo —contestó San Pedro.

—Solo podrán llevar algunas hojas del árbol de la vida en caso que el traje falle y deje de funcionar. Si comen las hojas, el ambiente negativo del Infierno no los afectará tanto.

—¿Qué pasa con los espíritus que no comen la hoja? —preguntó Ignacio.

—Si el espíritu es débil, perderá su confianza y con el tiempo la tristeza, el miedo y los pensamientos negativos dominarán su espíritu. Si tu hermano pasa demasiado tiempo en el Infierno olvidará su vida anterior y puede que no te reconozca —dijo Malik.

—Esperemos que no le afecte demasiado el entorno —dijo San Pedro tratando de tranquilizar a Ignacio.

—Aunque no lo creas, el Abismo también afecta a los ángeles. Al estar lejos del Cielo, nuestros cuerpos comienzan a cambiar muy lentamente. Por eso, cuando cumplamos nuestro ciclo en el Abismo, tendremos que hibernar en el Purgatorio por un largo tiempo antes que podamos recuperar nuestro estado original.

—Y el ángel caído, ¿podrá recuperarse? —preguntó Ignacio.

—Es difícil saberlo. Pasó miles de años encadenado en el Quinto Infierno y su cuerpo se deformó demasiado y no sabemos qué pasó con su mente.

Un ángel celador llegó con varias túnicas viejas y gastadas. San Pedro se colocó el traje de colores que se ajustó a su cuerpo. Se probó varias túnicas hasta que una le quedó holgada de la cintura.

Ignacio se colocó el traje y se probó varias túnicas, pero todas le quedaron grandes. Uno de los ángeles celadores, rasgó con sus manos la túnica, hasta que a Ignacio pudo sacar bien las manos de las mangas y pudo caminar sin dificultad.

—Aquí tienes la llave que abre los grilletes, no la pierdas —dijo Malik.

San Pedro se colgó la llave al cuello y se colocó los grilletes. Ignacio hizo lo mismo. Una vez listos, San Pedro, Ignacio y Malik bajaron por el montacargas y se dirigieron a una de las celdas del Abismo.

—Esperarán aquí hasta que lleguen los espíritus condenados del día. Un ángel celador, los hará pasar por detrás de la cúpula. A partir de ahí estarán solos —dijo Malik.

—Gracias Malik por todo —dijo San Pedro.

—Si te atrapan, te torturarán y podrán usarte como rehén. El Consejo no podrá

ayudarte para evitar un problema diplomático con el Infierno.

—Piensa positivo. Trataré de que no me atrapen —dijo San Pedro.

—¿Estás seguro de que quieres hacer esto? —preguntó Malik a San Pedro.

—Le prometí a Ignacio que lo ayudaría.

—Ser tan bueno te traerá problemas.

—A veces, amigo mío, hacer lo correcto puede infringir algunas leyes.

—Los espíritus humanos son especiales. Les gusta complicarse la existencia, aunque estén muertos.

—No puedo quedarme tranquilo sabiendo que suceden injusticias a mí alrededor y no hago nada para impedirlo.

—Eso te traerá serios problemas algún día.

—Espero que ese día sigamos siendo amigos.

—Por supuesto.

San Pedro y Malik se abrazaron como si fuera una despedida. Malik cerró la celda y subió por el montacargas hasta la Torre de Vigilancia.

## Capítulo 64

Una sólida puerta de hierro, dejó a San Pedro y a Ignacio aislados del Abismo. La celda no tenía barrotes para evitar que entrasen restos de espíritus al interior. La espera se hizo eterna.

—¿Hace mucho tiempo que viene a buscar espíritus al Abismo?

—Desde que el arcángel Azrael me eligió como su ayudante. Sí... pensándolo bien... hace mucho tiempo que hago esto.

—Cuando el Arcángel Azrael estaba a cargo del Consejo, las cosas eran distintas en el Cielo, y nadie cuestionaba sus decisiones. Él creía que hasta el espíritu más maligno y ruin, tenía derecho a una segunda oportunidad. Por esa razón Azrael se preocupó de ir al Infierno y traer a los espíritus que ya hubiesen cumplido con su condena.

La mayoría de los espíritus condenados que traíamos, estaban muy débiles. Por eso, los envolvíamos en hojas del árbol de la vida y los llevábamos al Purgatorio para que se recuperaran. Algunos espíritus no lograban sobrevivir y su alma extinguía para siempre. Solo los espíritus más fuertes lograban resistir.

—Cuando los espíritus cumplían su condena en el Infierno, ¿ya podían ir al Cielo? —preguntó Ignacio.

—No, porque aún quedaba maldad en sus espíritus. Cada espíritu meditaba sobre los defectos que necesitaba eliminar. Esos defectos eran anotados en sus carpetas de vida y los espíritus eran enviados a la Tierra como nuevas reencarnaciones. El problema es que la memoria de los espíritus es borrada en las Unidades de Reencarnación. Por esa razón, ningún espíritu arrepentido que reencarna en la Tierra, sabe porque tiene que sufrir tanto. Muchos no son capaces de soportar tanto sufrimiento y terminan autodestruyéndose con eso que ustedes llaman droga.

—Si pudieran recordar su reencarnación anterior, ¿sería ser más fácil que fueran mejores personas? —preguntó Ignacio.

—Solo a los espíritus más evolucionados se les permite conservar su memoria al reencarnar en la Tierra. Debes conocerlos, en la Tierra les llaman genios. Aprenden más rápido que un humano normal, pues tienen el conocimiento de muchas vidas pasadas, pero sufren más porque sus espíritus son más sensibles.

—Algunos espíritus arrepentidos, ¿han llegado al Cielo?

—Sí, pero muy pocos. Los que lo logran, me reconocen y me lo agradecen. Esa es mi mayor recompensa y me da ánimos para seguir con esta labor.

—¿El arcángel Azrael se fue?

—Sí, de un día para otro se fue y hasta el día de hoy, nadie sabe nada de él. Yo seguí sus instrucciones y cada cien años bajo al Abismo a buscar a los espíritus que cumplieron su condena. Pero ahora es muy distinto.

—¿Por qué? —preguntó Ignacio.

—Porque el Consejo es partidario de la condena eterna, y piensan que es una

pérdida de tiempo rescatar a los espíritus. Las estadísticas indican que menos del diez por ciento de los espíritus condenados, reencarna y llega al Cielo. Pero si solo uno de cada mil de esos espíritus llegara al Cielo, me sentiría pagado por todo el esfuerzo —dijo San Pedro—. Eso no es todo. Desde que Azrael no está, hemos tenido problemas con el Infierno. Al principio los nombres de los espíritus condenados que me entregaban, no correspondían a sus discos de identidad. Tuvimos un conflicto diplomático severo. Incluso el Infierno quiso desconocer el Tratado. Para evitar un problema mayor tuvimos que ceder, pero el Infierno se aprovechó de la situación. En el último tiempo, cuando he ido a buscar a los espíritus condenados, sus discos de identidad corresponden con la lista que llevo, pero me entregan espíritus casi sin esencia y por más esfuerzos que hago, no he logrado que se recuperen en el Purgatorio.

—¿No se ha salvado ningún espíritu?

—Lamentablemente no.

—El lado bueno de todo esto, es que podré saber que está pasando al interior del Primer Infierno.

Una llave entró en el cerrojo de la celda. San Pedro e Ignacio se levantaron.

—Ignacio, eres muy valiente. No dejes que las cosas pasen, toma decisiones, haz lo que creas correcto.

¿Y si me equivoco?

—Ya tendrás tiempo de arrepentirte —dijo San Pedro, abrazando a Ignacio.

La puerta de hierro de la celda se abrió y un golpe de calor atravesó sus espíritus.

—Los espíritus condenados están por llegar —dijo el ángel celador.

San Pedro respiró profunda y lentamente varias veces y cubrió su rostro con el traje, luego se acomodó la túnica que usaban los condenados al Infierno y finalmente se colocó el disco de identificación falso en el cuello. Ignacio hizo lo mismo y luego avanzaron arrastrando sus cadenas.

## Capítulo 65

El ángel celador escoltó a San Pedro y a Ignacio hasta la puerta trasera de una enorme cúpula de hierro rodeada de remaches. Parte del óxido de la cúpula había traspasado el metal, dejando entrever su interior. La cúpula se hallaba descubierta en su parte superior, para que los espíritus condenados cayeran dentro, quedando protegidos del exterior del Abismo. El ruido al interior de la cúpula era ensordecedor. Decenas de espíritus caían al centro de la cúpula, amontonándose unos sobre otros. Dos ángeles celadores volaban por el interior de la cúpula y con largos tridentes picaneaban a los espíritus condenados para que se formaran, pero estos no comprendían nada. Aturdidos por la caída del Abismo, obedecían, avanzando y arrastrando sus cadenas. A la señal de un ángel, San Pedro e Ignacio se ubicaron entre medio de los demás espíritus.

—Tengo miedo —dijo Ignacio.

—Yo también hijo, pero he aprendido a controlarlo. Cuando el miedo te domina te paraliza, pero cuando aprendes a controlar el miedo, te servirá para sobrevivir.

—No entiendo.

—Cuando te pase entenderás.

«¡Avancen rápido! ¡No se separen!» —se escuchaba por el altavoz de la Torre de Vigilancia Angélica.

Los espíritus condenados salieron en fila india al exterior de la cúpula. La caverna del Abismo era gigantesca: llena de estalactitas de las cuales goteaba un líquido verde y espeso que al contacto con el suelo, formaba una nube eterna que ocultaba gran parte del Abismo.

El Abismo se hallaba separado por un río de lava, que iluminaba el ambiente con tonos rojizos y anaranjados. El calor era insoportable, aún para los ángeles celadores, que trabajaban con el torso descubierto. Su piel era de bronce, con multitud de cicatrices y tatuajes en sus brazos que indicaban sus victorias pasadas.

«Atención, atención, espíritu condenado tratando de escapar». «Se dirige hacia el lado este del Abismo» —se escuchó por el altavoz.

Un ángel celador se lanzó en picada y alcanzó a salvar al espíritu de la Entidad que quería absorberlo. El ángel atravesó al espíritu con su tridente y lo llevó de vuelta a la fila. Luego colocó un pie sobre el espíritu y sacó su tridente con fuerza. El espíritu gritó de dolor.

«¡No traten de escapar!». «¡Los Ángeles celadores están autorizados a usar la fuerza!».

Los espíritus llegaron hasta el final del Abismo, donde un puente unía el Abismo con la entrada al Primer Infierno.

«Crucen el puente de a uno». «No se detengan».

—Tengo miedo —dijo Ignacio.

—Yo también, pero ya no podemos arrepentirnos. Piensa en tu hermano.

Un ángel picaneaba con su tridente a los espíritus para que avanzaran. El puente estaba hecho de huesos de animales prehistóricos, unido a largas cadenas sacadas de los mismos grilletes que usaban los espíritus condenados. El puente se balanceaba y había que mirar donde colocar cada pie, pues los huesos se hallaban muy separados unos de otros, por lo que avanzar encadenado sin caerse resultaba muy difícil.

Ignacio no pudo evitar mirar el río de lava que pasaba bajo sus pies. Burbujas de lava explotaban haciendo saltar pequeñas gotas de roca fundida que hacían agujeros en las túnicas de los espíritus. El calor era sofocante, y la neblina eterna no dejaba ver mucho.

—No puedo seguir, quiero devolverme. Déjenme pasar —dijo uno de los espíritus condenados.

El espíritu trató de devolverse, pero los demás espíritus no lo dejaron y lo empujaron hacia adelante. El espíritu resbaló y quedó colgando, afirmado en uno de los huesos del puente. Los demás espíritus siguieron avanzando pisándole los dedos. El espíritu a punto de caer, se agarró de las cadenas de otro espíritu, haciéndolos caer a los dos, al río de lava.

Entremedio de las estalactitas colgaban cientos de demonios carroñeros, que se despertaron por los gritos de los espíritus. Tres demonios se lanzaron en picada y uno de ellos alcanzó a agarrar a uno de los espíritus. El otro espíritu no tuvo tanta suerte y cayó dentro del río de lava. Se deshizo en segundos, quedando convertido en una mancha verde sobre la superficie del río.

Los otros dos demonios se peleaban por quitarle el espíritu al otro demonio carroñero.

Un ángel veloz como el rayo, voló y atravesó con el tridente al espíritu para evitar que se lo llevaran los demonios carroñeros. Cientos de demonios carroñeros se abalanzaron sobre los espíritus del puente y los cinco ángeles restantes repelieron los ataques, usando sus tridentes para proteger a los espíritus.

Una poderosa luz le impactó de lleno al demonio carroñero que tenía agarrado al espíritu. El cuerpo del demonio comenzó a quemarse y a burbujear. Dio un aullido de dolor y escapó entre las sombras. El ángel llevó al espíritu al final del puente y con el pie, sacó el tridente de su espalda con fuerza.

Los demás ángeles celadores repelieron el ataque gracias a la oportuna ayuda de Asael, quien desde el Faro, descargaba ráfagas de luz divina, quemando a los demonios carroñeros, que se escondían entre las sombras.

«Sigán avanzando, no se detengan».

Uno a uno, los espíritus condenados llegaron a la otra orilla del puente. Dos ángeles se encargaron de ordenarlos y dejarlos en la entrada del Primer Infierno.

Una vez comprobado que todos los espíritus cruzaron, levantaron vuelo y se devolvieron volando al Abismo.

Los demonios carroñeros se lanzaron a atacar nuevamente, pero el rayo del Faro iluminó toda la entrada del Infierno cegándolos.



La luz divina del Faro se hizo más angosta y más poderosa y golpeó de lleno en el aldabón metálico que tenía la forma de una cabeza de demonio que se encontraba incrustado en las puertas del Infierno. Los ojos del aldabón se iluminaron y de su boca metálica se escuchó un sonido gutural metálico muy profundo que retumbó por todo el Abismo.

Por los desagües que hallaban a un costado del Abismo, comenzaron a caer desechos espirituales al río de lava. Cientos de demonios carroñeros se abalanzaron hasta los desagües para conseguir algo que comer. Los desechos se fundieron al contacto con la lava, produciendo una espesa nube verdosa con un olor repugnante.

Del interior del Infierno se escucharon enormes engranajes que comenzaron a moverse. La enorme puerta comenzó a crujir y a chirriar, elevándose lentamente. Los demonios carroñeros dejaron de comer los desechos espirituales y huyeron despavoridos, escondiéndose entre las estalactitas del Abismo.

Ignacio asustado, se apegó a San Pedro, quien lo calmaba tocándole la espalda.

## Capítulo 66

La Pequeña Muerte sacó a Matías fuera de la jaula, para que recorriera el lugar.

Matías arrastró la pesada bola de acero hasta la salida de la habitación, pero la puerta permanecía cerrada. Trató de abrirla, pero no pudo.

—Solo mi padre puede abrir la puerta —dijo la Pequeña Muerte, mientras estudiaba con atención los colores de la pañoleta que le regaló Matías.

—¿Cómo se llama este color?

—Rojo.

—La Guerra usa este color, pero no es tan brillante como este.

—¿Y el otro color que tiene en los bordes?

—Dorado.

—Es parecido a las hojas que te di.

—Sí, es parecido.

Matías arrastró la bola de acero que le aprisionaba el tobillo hasta a la Pequeña Muerte, tomó la pañoleta y se la enrolló en el cuello de la Pequeña Muerte. Luego le ajustó la pañoleta con un pedazo de madera hueca.

—Se te ve bien —dijo Matías.

—Me gustan estos colores. Allá en la Tierra, ¿hay más colores como estos?

—Sí, muchos.

La Pequeña Muerte tomó la bola de acero, como si no pesara nada, abrió la jaula y metió a Matías dentro.

—Te dejaré dentro de la jaula, porque tengo que ir al Salón de las Armas Infernales. Si viene alguien te escondes debajo de las mantas.

—¿Puedo ir?, no quiero quedarme solo.

—No, no puedes, porque te puedes escapar. Las otras mascotas que tuve, se escaparon y se la comieron los demonios.

—Prometo no escapar, te doy mi palabra.

—¿Qué significa eso?

—Significa que si te doy mi palabra tengo que cumplirla. Una promesa es sagrada y no se puede romper.

—¿Es como un hechizo?, para obligar a los demás a hacer lo que uno quiere.

—No, no se puede obligar a dar la palabra, tiene que salir de uno mismo.

—No entiendo.

—Si tú me dejas acompañarte, te doy mi palabra que no escaparé.

—Entiendo, si yo hago algo por ti, tú haces algo por mí.

—Mi padre me dijo que los espíritus humanos son mentirosos. Dicen una cosa y luego hacen otra.

—Por eso una promesa se cierra dándonos la mano. Dame la mano —dijo Matías.

La Pequeña Muerte extendió su mano de huesos y Matías se la tomó y le dio un apretón.

—Ahora yo tengo que cumplir mi promesa y tú también.

—¿Me puedes sacar la cadena del tobillo?

—No, porque los demonios se comen a los espíritus que andan sin cadena.

—Está bien.

—Mi padre no me deja salir de la habitación, así que iremos por los túneles.

La Pequeña Muerte entró en la jaula, levantó las mantas viejas y abrió una tapa falsa, donde se ocultaba un pequeño túnel.

—Este túnel va a la entrada del Infierno —dijo Matías.

—Sí, pero también va a otros lados.

La Pequeña Muerte buscó su bolsa de cuero y se la cruzó al hombro.

—Yo me llamo Matías, ¿cómo te llamas tú?

—No tengo nombre.

—Tu padre no te dio un nombre.

—No, mi padre dice que soy un experimento. Los demonios me dicen la Pequeña Muerte.

—Entonces te llamas Pequeña Muerte.

—Eso creo.

—Entra tú primero —le dijo la Pequeña Muerte a Matías mientras cerraba la tapa desde el interior del túnel.

## Capítulo 67

Una oscura y maloliente neblina salió del interior del Infierno, cubriendo a los espíritus condenados. Aparecieron seis hembras y seis machos humanos semidesnudos cargando un trono de oro. Las hembras eran bellas, altas y curvilíneas. Los machos tenían el torso desnudo y eran bellos y exóticos. Sus cuerpos eran delgados y firmes.

Sentado en el trono, yacía el macho más bello que hubiera habitado la Tierra. Vestía una toga y un cintillo de laureles adornaba su frente. Los machos y hembras bajaron el trono y Asmodeo se levantó y saludó con una voz suave y grave:

—Bienvenidos al Infierno. Mi nombre es Asmodeo y soy el demonio de la lujuria. Entrad y disfrutad de todos los excesos, sin privación.

Con miradas seductoras, los machos y hembras se acercaron a los espíritus y estiraron sus manos delicadamente para recibir a los recién llegados. Algunos espíritus abrazaban y besaban a las hembras, cegados por su belleza.

La visión que tenía San Pedro e Ignacio era distinta. Gracias a los trajes que usaban, veían lo que realmente pasaba. La neblina alteraba la percepción de la realidad en los espíritus, pues los machos y hembras no eran ni por asomo bellos. Eran horribles demonios, con el cuerpo lleno de pústulas, de las cuales brotaba una secreción amarillenta y asquerosa. El demonio Asmodeo tenía tentáculos en vez de brazos y pies.

—Disfruten, disfruten —decía Asmodeo, quien desapareció por entre la neblina seguido por doce espíritus.

El siguiente demonio apareció recostado en un trono más grande. Tenía la forma de un hombre obeso y rubio, de mejillas rosadas. Seis humanos gordos cargaban el trono.

—Mi nombre es Behemot y soy el demonio de la gula. Bienvenidos. Conmigo disfrutarán de los placeres de la comida y la bebida. Solo los manjares más exquisitos fueron traídos desde su mundo humano.

Con un gesto espantó a cientos de bellas luciérnagas que brillaban y revoloteaban juguetonas alrededor del demonio de la gula. Behemot hizo aparecer manjares exquisitos nunca antes probados por el hombre. Los deliciosos olores inundaban el olfato de los espíritus condenados.

—Disfruten antes de elegir su pecado con el que pasarán su condena en el Infierno.

Decenas de espíritus se abalanzaron sobre la comida que tragaban como si se fuera a acabar el mundo.

Ignacio veía miles de moscas revoloteando alrededor de un gusano gigante, y la exquisita comida que supuestamente ofrecía Behemot, eran sus propios excrementos.

—San Pedro, ¿cómo no se dan cuenta de lo que pasa?

—Nosotros nos damos cuenta porque llevamos un traje especial que filtra esa

neblina que adormece los sentidos y crea ilusiones en la mente de los espíritus condenados —le dijo San Pedro en voz baja a Ignacio.

—¿Entramos con ellos?

—Aún no.

—Sígueme espíritus glotones, entren y descubrirán los placeres de la comida.

Quince de los espíritus que comieron excrementos, siguieron al demonio de la gula, que se hallaba sentado sobre un trono y era llevado por los demonios que lo cargaban en sus hombros.

El siguiente demonio en aparecer fue Belfegor, demonio de la pereza quien les ofreció descanso eterno. El demonio, con la forma de una araña, envolvió con su red a los seis espíritus que se acercaron, transformándolos en crisálidas y haciéndolos rodar al interior del Infierno.

—No creo que es buena forma de entrar al Infierno de esa forma —dijo San Pedro.

—No me gustan las arañas —dijo Ignacio.

El siguiente demonio en aparecer fue Amón, demonio de la ira. Vestía una túnica blanca, y una capucha en forma de cono cubría su rostro, que solo dejaban ver sus ojos de reptil. Chasqueaba un látigo constantemente.

—Nadie sabrá quién eres. Disfruta haciendo daño sin resentimientos, sin culpas. Aprenderán el arte de la tortura. Un látigo para cada uno.

Dos espíritus se acercaron y recibieron los látigos con una sonrisa de satisfacción en sus rostros.

—¿Cuándo será el momento de entrar? —le susurró Ignacio a San Pedro.

—Aún no. Quedan muchos espíritus, esperemos un poco más.

De la espesa neblina apareció un trono de oro, recargado de adornos y cubierto de hermosas sedas de colores. Cuatro demonios dorados, cargaban el trono. Del interior salió un demonio de baja estatura y contextura gruesa. Su sonrisa mostraba sus dientes de oro macizo. Ostentaba cientos de cadenas enrolladas en su cuello, así como anillos en todos los dedos de las manos y pies. Los demonios dorados empujaron un carro de ferrocarril y voltearon su contenido. Cayeron pepitas de oro, gemas, rocas de diamante, esmeraldas, rubíes y zafiros.

—Soy Mammón, el demonio de la avaricia. Un pequeño obsequio para los pecadores del mundo humano.

—Acérquense y saquen lo que deseen, es un regalo.

La mayoría de los espíritus condenados, se abalanzaron sobre el tesoro. Los espíritus se bañaban con el oro y las piedras preciosas. Pasaron unos instantes para que los espíritus empezaran a pelear por poseer más y más.

—No peleen, por esta insignificancia. Dentro de los túneles podrán sacar todo el oro que encuentren y cuando cumplan con su sentencia, podrán reencarnar como humanos de inmensa fortuna.

El tesoro no era tal, sino simples rocas negras y Mammón era un demonio con

una enorme cabeza sin torso de donde le salían patas y brazos.

—Ignacio, iremos con el demonio Mammón.

—¿Esta seguro?

—Espero que sí. Cualquier decisión es mejor que no tomar ninguna. Así sabré que hacen los espíritus en los túneles.

Ignacio se dio cuenta que San Pedro no estaba seguro de su decisión. Por primera vez, Ignacio comprendió que los adultos no siempre lo sabían todo, aunque muchas veces fingían que sí. Ignacio sin querer usó la misma frase que más odiaba de su padre ¿Estás seguro?, como si todo tuviera una explicación lógica.

—Ignacio, mantén los ojos abiertos, cualquier información nos ayudará a encontrar a tu hermano.

San Pedro e Ignacio se acercaron a los demás espíritus y empezaron a bañarse con las piedras, simulando un baño de oro.

—No toquen mi tesoro —decía un espíritu.

—Calma, calma. Acompañenme y tendrás lo que siempre han soñado.

San Pedro, Ignacio y ocho espíritus siguieron al demonio Mammón al interior del Infierno, escoltados por los demonios dorados.

Los siguientes demonios que salieron fueron Leviatán, demonio de la envidia y por último, aparecieron siete espejos que representaban a la soberbia. Ningún demonio se presentó. Los espíritus que eligieron los espejos veían el reflejo de sus deseos más ocultos transformándose en realidad. En uno de los espejos se reflejaba un militar lleno de medallas, dirigiendo un ejército. En otro espejo se veía un cantante con miles de fans a sus pies. En otro espejo se veía una bella modelo que era envidiada por otras más feas. El placer que les producían esas imágenes a los espíritus condenados era indescriptible. Las formas humanas reflejadas en los espejos agarraban a los espíritus, haciéndolos desaparecer en su interior.

## Capítulo 68

En las afueras del Infierno, aún quedaban espíritus que no se sentían identificados por ningún pecado. En el Purgatorio no sabían qué hacer con ellos. Un vacío legal. Al parecer un octavo pecado que en la Tierra se hacía cada vez más popular. Eran los espíritus indecisos. Una variante del miedo. Su lógica humana era muy simple. Una decisión consta de dos posibilidades, una correcta y una incorrecta. Si tomamos una decisión, existe la posibilidad de tener razón en un cincuenta por ciento, pero también existe un cincuenta por ciento de posibilidades de equivocarnos. Tomar una decisión conlleva un riesgo. Si no tomamos ninguna decisión no hay riesgo. Si no hay riesgo no podemos equivocarnos. Si no nos equivocamos, no cometemos errores. Si no cometemos errores, no lo estamos haciendo mal. Si no lo estamos haciendo mal, quiere decir que lo estamos haciendo bien. Si lo estamos haciendo bien, somos buenas personas. Si somos buenas personas, ganaremos el derecho de estar en el Cielo.

Había una gran variedad de espíritus indecisos y cada uno con sus sutilezas. La mayoría integraban grandes instituciones o corporaciones, protegidos por una autoridad. Así no era necesario pensar, solo hacer lo que la autoridad imponía. Los había indiferentes; que no se comprometían ni les interesaba nada; los que quedaban bien con todo el mundo; o los que nunca asumían sus responsabilidades, echándoles la culpa a los demás; o los que obligaban a otros a tomar decisiones o estaban en contra de todo. Esos eran los peores, pues como no tenían una opinión sobre nada, siempre adaptaban sus verdades según como soplaste el viento. Expertos en discutir, nunca perdían una pelea verbal.

El problema con estos espíritus era que en la Tierra lograban altos cargos y eran considerados importantes en la sociedad. En parte los espíritus tenían razón en afirmar que nunca hicieron mal al prójimo, pero no comprendían que se hacían un mal a ellos mismos, impidiendo su desarrollo a reencarnaciones más evolucionadas. En el Purgatorio se juzgaba los espíritus humanos por sus virtudes y defectos. Si la balanza de la vida no se inclinaba para ningún lado, tendrían que quedarse en el Purgatorio, ya que su nivel de vibración era demasiado bajo para ingresar al Segundo Cielo.

La mayoría de los funcionarios grises obtuvieron sus puestos de esa forma, obedeciendo órdenes, pero nunca tomando una decisión. Cada vez eran más los espíritus que llegaban y el Purgatorio colapsó. Para solucionarlo, el Director General del Purgatorio creó un octavo pecado; El pecado de los indecisos. Un pecado no oficial, no autorizado por el Consejo, pero que solucionaba la mayoría de los problemas de hacinamiento que había en el Purgatorio. Pero la solución no era tal, más bien el problema se trasladó a otro lugar. Y como en el Infierno no se preocupaban mucho de lo justo y lo injusto, el Purgatorio se despejó, el Consejo felicitó al Director general, y como dice el dicho; mientras no se sepa, no hay

problema. Así todos felices comiendo perdices.

Asmodeo, demonio de los placeres carnales salió sin su séquito de demonios. Con su suave voz les dijo a los espíritus:

—Si dudáis, no elijáis aún.

—Tendrán una eternidad para decidir.

Al interior del Infierno, diez espíritus encadenados comenzaron a empujar dos enormes engranajes metálicos. Las cadenas se tensaron y la puerta levadiza del Infierno comenzó a bajar lentamente. Los demonios chasqueaban sus látigos para obligar a los espíritus a empujar más rápido. La puerta del Infierno se cerró, enterrando las gruesas puntas de acero y sellando la entrada, produciendo un eco que repercutió por todo el Abismo.

—No es tan malo el Infierno como yo pensaba —dijo uno de los espíritus indecisos.



## Capítulo 69

- Yo no he hecho nada malo en mi vida y estoy aquí injustamente.
- Sí, es verdad, yo tampoco he hecho nada malo.
- Deberíamos unirnos y hacer un reclamo formal.
- Buena idea, pero ¿quién nos podría representar?
- No sé.
- Habría que elegir un líder que nos represente.
- Que levante la mano el espíritu que nos representará para hacer el reclamo.
- Ningún espíritu levantó la mano.
- Pero como, ¿nadie quiere estar a cargo?
- No será difícil. El encargado solo repetirá lo que le digamos.
- Yo seré el líder que los represente.
- Y porque tú, yo puedo ser el líder.
- Yo podría ser el líder porque en la Tierra era gerente de operaciones de una exitosa compañía.
- Yo era un político muy importante en mi país.
- Yo era un famoso crítico.
- ¿Y si todos somos líderes?
- Sí, pero habría que elegir a uno para que hable en representación de todos.
- Que levanten la mano los que quieren ser los líderes.
- Todos los espíritus levantaron la mano, menos uno.
- Tú deberás elegir al líder que nos represente.
- No los conozco.
- Elige al azar a cualquiera.
- No podría hacer eso, va en contra de mi ética profesional.
- ¿Ética profesional?, pero si estás en el Infierno.
- Tengo valores y debo estar seguro que el elegido, podrá representarnos.
- Da lo mismo, cualquiera puede ser el líder.
- No da lo mismo.
- Los espíritus indecisos no se percataron que los demonios carroñeros comenzaron a salir de sus escondites.
- Y si te elegimos a ti como líder, ¿aceptarías el cargo?
- No estoy seguro de querer el puesto de líder.

## Capítulo 70

—¡Abran las jaulas! —gritó una voz desde el interior del Infierno.

Las dos jaulas gigantes que sobresalían de las esquinas opuestas a la entrada del Infierno, se abrieron lentamente. Dentro de cada jaula aparecieron dos enormes sabuesos infernales.

Sus cuerpos se hallaban cubiertos de escamas y por su espina dorsal salían decenas de cuernos que terminaban en un muñón de lo que alguna vez fue una cola. Tenían seis patas y de largo medían unos seis metros. Los demonios carroñeros se escondieron asustados. Los sabuesos infernales olieron el aire y se abalanzaron en dirección de los espíritus indecisos.

El terror se apoderó de los espíritus, que salieron arrancando despavoridos. Algunos espíritus condenados se lanzaron al río de lava, pensando que al ser espíritus no les pasaría nada, pero el calor del río de roca fundida sí era real. Los gritos de dolor eran atroces. Los espíritus indecisos pagaron el precio.

El espectáculo fue brutal, los sabuesos infernales los agarraban con sus hocicos y los desgarraban dejando restos de espíritus desperdigados por toda la entrada del Infierno. Era como una segunda muerte, la peor, pues no podrían reencarnar más, transformándose en desechos que lo que alguna vez fueron. Restos de espíritus reptaban por el suelo. Restos espirituales que con el tiempo se unirán a otros despojos en el Abismo, convirtiéndose en una entidad con una consciencia primitiva. En el mundo animal se conoce con el nombre de instinto. Con el tiempo los desechos se transformaban en parte de la Entidad, que se alimentaba de los recuerdos de otros espíritus.

## Capítulo 71

Desde el interior del Infierno San Pedro e Ignacio oyeron los gritos desesperados de los espíritus indecisos y los gruñidos de los sabuesos infernales. Los espíritus que cerraron la puerta levadiza del Infierno, descansaban con la mirada perdida.

El Infierno era una gigantesca caverna iluminada por decenas de antorchas ubicadas en los costados de la caverna, lo que daba un aspecto de penumbra tenebrosa. El humo espeso y de olor agrio provenía de un enorme plato de cobre ubicado a pocos metros de la entrada del Infierno. Dentro del plato de cobre había restos de raíces que se quemaban con el calor del fogón que había debajo. El humo era una especie de alucinógeno que afectaba solo a los espíritus humanos, haciéndolos ver una realidad distorsionada. Otros tres platos de cobre se ubicaban en los extremos de la enorme caverna.

A los costados del Infierno existían cientos de agujeros por donde los espíritus sacaban sacos llenos de piedras que cargaban o arrastraban, cruzando la caverna y perdiéndose al interior de otra caverna más pequeña. Solo San Pedro e Ignacio percibían el Infierno tal cual era. En cambio los espíritus condenados veían el Infierno lleno de colores, y las rocas eran trozos de oro y piedras preciosas.

Cuatro demonios soldados escoltaban a los espíritus condenados a punta de latigazos. Los demonios soldados del Primer Infierno, eran delgados y no tenían piel. Sus músculos estaban reseco y negros como las momias. De sus frentes salían cuernos mutilados y caminaban sobre sus patas traseras. Eran los demonios de más bajo nivel que había en el Infierno. Sus alas habían sido mutiladas y, solo un par de muñones afloraban en sus espaldas. Usaban un bozal de metal con agujeros que cubría sus hocicos, para evitar que pudieran comerse a los espíritus condenados. La esencia vital de los espíritus era el mayor de los manjares que un demonio pudiera comer.

Algunas sanguijuelas infernales volaban alrededor los espíritus que ubicaban con sus antenas. San Pedro pudo ver que una de las sanguijuelas succionaba la esencia del cuello de un espíritu. San Pedro le dio un codazo a Ignacio para que se fijara en el bicho infernal. El cuerpo casi transparente de la sanguijuela se volvió verde brillante. La sanguijuela hinchada con la esencia del espíritu, se alejó volando hasta el nido que se hallaba al fondo derecho del Infierno. San Pedro deslizó su mano por su cuello por si tenía alguna sanguijuela infernal. Por suerte el traje los protegía. San Pedro revisó a Ignacio. No tenía ninguna sanguijuela, pero tenía pequeños agujeros en la túnica que atravesaban el traje. Seguramente algo de la lava que les salpicó cuando atravesaron el puente. San Pedro también tenía algunos agujeros en su traje.

San Pedro siguió observando y descubrió que el nido de sanguijuelas ubicado al fondo del Infierno, se encontraban colgados cuatro espíritus amarrados cada uno, a dos enormes colmillos que formaban una equis. Las sanguijuelas infernales se daban un festín succionando toda la esencia de los espíritus que yacían blancos y casi sin

esencia.

—Ignacio, ten cuidado con las sanguijuelas, succionan tu esencia vital —le susurró San Pedro a Ignacio.

## Capítulo 72

Ignacio tenía un nudo en la garganta. No tenía idea en lo que se había metido. Estaba aterrado. Lo único que evitaba que el miedo paralizara a Ignacio, era su determinación por rescatar a su hermano. Tenía que aprender a controlar su miedo, pero no sabía cómo. Sus piernas tiritaban. Ignacio miró a San Pedro, tratando de descubrir cómo podía controlar su miedo, pero ni la túnica ni la máscara que cubría el rostro de San Pedro le daban alguna pista. Ignacio no quería sentir miedo, quería volver a ser feliz, pero no a costa de su hermano. Era lo único que le quedaba y su deber era protegerlo. No era fuerte, no tenía súperpoderes. No podía pensar con claridad. No se le ocurría nada. Demasiados pensamientos negativos cruzaban por la mente de Ignacio. Ni siquiera sabía si lograrían salir del Infierno. Necesitaba calmarse. Ignacio se dio cuenta que San Pedro antes de salir al Abismo, respiró profundamente varias veces, hasta calmarse. Ignacio hizo lo mismo y luego de un rato se sentía un poco más tranquilo, pero los problemas no se solucionaban respirando profundamente ¿Dónde se hallaba la solución mágica que resolviera todos sus problemas y pudieran ser felices de nuevo como una familia?

No era una familia perfecta, pero eran sus padres y no los cambiaría por otros. Matías era insoportable la mayoría de las veces, pero era su hermano y lo quería y no permitiría que le pasara nada malo.

«¿Dónde estará Matías? Debe estar sufriendo igual que yo» —pensaba Ignacio.

## Capítulo 73

Matías siguió a la Pequeña Muerte, por varios túneles que cruzaron gateando. Al llegar al final del túnel, la Pequeña Muerte deslizó un enorme escudo oblongo a un costado, por donde salieron al Salón de las Armas Infernales.

La Pequeña Muerte se dirigió al fondo del salón. Matías salió cargando la bola de hierro y quedó impresionado por la cantidad de armas que había en el salón.

Decenas de armaduras desarmadas pertenecientes a los demonios, yacían arrumbadas en los rincones. Cientos de lanzas desordenadas cubiertas de polvo se hallaban en el suelo. Escudos rotos, cascos apilados en repisas, hachas, espadas, garrotes, redes colgadas. Todo el lugar era caótico, sin orden alguno. Un festín para los ojos de Matías, quien caminaba entre medio de todas esas maravillas. Matías tropezó con un casco que recogió y se puso. Un estremecimiento recorrió su espíritu, no sabía lo que era, pero se quitó el casco y lo dejó donde lo encontró. Matías se acordó que no se hallaba en un parque de atracciones con un guía que les indicase el camino. Matías estaba en el Infierno y todas las armas que había en ese lugar fueron usadas por demonios, por lo que parte de la esencia infernal había quedado impregnada en las armas y objetos del salón.

Matías siguió caminando por el pasillo, hasta que llegó donde se encontraba la Pequeña Muerte, quien sacaba varios baúles y cofres apilados unos sobre otros. Uno de los baúles cayó y se abrió, desparramando cientos de canicas negras.

—No te acerques —dijo la Pequeña Muerte.

La Pequeña Muerte comprobó que no se había reventado ninguna canica. Las recogió y las fue depositando en el baúl que dejó a un costado. La Pequeña Muerte sacó un puñado de canicas y las echó dentro de la bolsa de cuero que colgaba de su hombro.

—¿Para qué sirven esas canicas negras?

—Con esto hago los túneles.

Matías no comprendió a que se refería, pero siguió ayudando a la Pequeña Muerte a mover los baúles y cofres. Matías por más que trataba de ayudar, no era capaz de mover siquiera un poco un baúl. La Pequeña Muerte en cambio, levantaba y movía los baúles y cofres como si fueran cajas de zapatos. La Pequeña Muerte separó un baúl cerrado, sacó un manojito de llaves antiguas y oxidadas de su bolsa de cuero y empezó a probar con cada una de las llaves hasta dar con la correcta.

La Pequeña Muerte abrió el baúl. En su interior encontró recipientes transparentes, herramientas extrañas y varios pergaminos ordenados que contenían signos extraños en cada uno. No les prestó atención y siguió hurgando, hasta que un estuche negro atrajo su atención. Lo abrió y dentro había tres ampollas de vidrio transparentes que contenían polvo de distintos colores en su interior. Uno de los signos de la ampolla coincidía con el pergamino que se encontraba a la vista. La Pequeña Muerte sacó las ampollas del estuche y las guardó en su bolsa de cuero.

—¿Para qué sirven esas cosas?

—No lo sé todavía.

—¿Para qué te las llevas, si no sabes para que sirven?

—En mi habitación hago pruebas.

—Tienes que leer las instrucciones primero.

—La Pequeña Muerte miró a Matías y luego sacó uno de los pergaminos de cuero curtido y lo extendió para saber su contenido. En la parte superior central tenía grabado un círculo, atravesado por una línea horizontal.

—Las palabras estaban escritas en un lenguaje extraño.

—¿Entiendes lo que dice?

—No.

La Pequeña Muerte siguió examinando los pergaminos muy entusiasmado. Matías no estaba interesado, así que agarró la bola de hierro que le colgaba del tobillo y se dirigió hacia unos tablones de madera gastados que se usaban como mesas.

Matías dejó la bola de hierro en el suelo y tomó una ballesta, que tenía una flecha cargada. Matías apuntaba a las armaduras y con la boca imitaba el sonido de la flecha lanzada a toda velocidad. Matías tomó confianza con la ballesta, apuntó a una armadura y apretó el gatillo, pero no pasó nada. El gatillo estaba trabado. Matías insistió hasta que el gatillo se destrabó y la flecha salió disparada, atravesando el casco de una armadura demoníaca. La armadura cayó pasando a llevar un montón de lanzas apiladas produciendo un estruendoso ruido de las lanzas que caían y trataban de acomodarse en el suelo.

La Pequeña Muerte miró a Matías, enrolló los pergaminos y los metió en su bolsa de cuero. Cerró el baúl, colocándole el candado.

La Pequeña Muerte caminó hasta Matías a quien le indicó que se escondieran. Matías agarró la bola de hierro que le aprisionaba el tobillo y lo siguió.

## Capítulo 74

Ubicado en lo alto del Primer Infierno se hallaba un demonio encargado de tocar los tambores para mantener el ritmo de trabajo. El sonido de los tambores retumbaba en todo el Infierno. El demonio cambió el compás a un redoble de tambores y luego quedó en silencio. Los demonios se movieron asustados. Desde el fondo del Infierno apareció la Guerra, encargada del Primer Infierno. Era un esqueleto de huesos blancos que vestía una túnica gastada que alguna vez fue roja. Llevaba un casco metálico del cual salían dos cuernos. La Guerra era escoltada por dos demonios guardianes altos y poderosos, que tenían el hocico descubierto y sus alas yacían plegadas. Los demonios guardianes llevaban en sus garras una enorme hacha doble.

Los dos demonios guardianes se quedaron en posición de firmes, mientras la Guerra caminaba examinando a los nuevos espíritus condenados que se hallaban reunidos en el centro del Primer Infierno.

—Soy la Guerra, amo de los espíritus condenados del Primer Infierno —dijo la Guerra con una voz grave y rasposa—. No les doy la bienvenida porque no se la merecen. De ahora en adelante ustedes me pertenecen, seré su nuevo Dios. Harán lo que les diga o irán a la fosa. Su trabajo será muy simple ¿Quieren oro?, ¿piedras preciosas? Sáquenlas de los túneles. En la Planta de Procesamiento que está allá —dijo la Guerra apuntando hacia la derecha, cerca de la entrada al Infierno—, les entregarán un colmillo por cada saco lleno que lleven. Cada colmillo equivale a un ahorro que será guardado hasta que cumplan su condena en el Infierno. Cuando reencarnen serán inmensamente ricos. Entre más trabajen, más ricos serán en su próxima vida.

Algunos espíritus se frotaban las manos con las riquezas que tendrían. San Pedro e Ignacio protegidos por los trajes contra el humo alucinógeno, solo veían rocas negras.

—Usarán las herramientas que dejaron los demás espíritus. Si no encuentran ninguna herramienta, cavarán los túneles con sus manos. Ojalá que duren un poco más que los anteriores espíritus —dijo la Guerra riendo.

—¿Qué les pasó a los otros espíritus? —preguntó uno de los espíritus condenados.

—Tenemos un espíritu que se quiere pasar de listo. A la Mazmorra de los Tormentos con él.

Uno de los demonios soldados agarró al espíritu por los grilletes que tenía en sus brazos y lo arrastró por el suelo.

—¡No!, por favor, no. No preguntaré nada, se lo juro. Seré obediente. Noooooooo.

El espíritu condenado pataleaba mientras un demonio soldado lo arrastraba hasta perderse por el pasillo al final del Infierno.

—¿Alguien más tiene alguna duda?



Los espíritus asustados evitaban mirar a la Guerra para no sentir su poderosa mirada.

—Cualquier queja o consulta solo díganmela. Encantado les solucionaré sus problemas. Ja, ja, ja, ja ¡Comiencen a trabajar!

Los espíritus condenados corrieron tratando de agarrar cualquier herramienta que estuviera en el suelo. Las herramientas no eran más que huesos o colmillos amarrados, pero cualquier cosa era mejor que sacar las rocas con la mano. Los espíritus se abalanzaban y peleaban por tener una herramienta. San Pedro e Ignacio no lograron encontrar ninguna, así que se devolvieron hacia los túneles.

Los espíritus condenados más antiguos custodiaban sus túneles para que los nuevos espíritus no se los quitaran. San Pedro e Ignacio encontraron un túnel al parecer desocupado, cerca del fondo del Infierno. La Guerra se acercó a los espíritus que estaban amarrados cerca del nido de sanguijuelas infernales.

—Estos espíritus están secos, sáquenlos y arrójenlos a la fosa. No se olviden de sacarles los discos de identificación.

Los demonios soldados cortaron las cuerdas que amarraban a los espíritus a los colmillos, haciendo que sus cuerpos se azotaran contra el suelo. Los demonios les arrancaron los discos de identificación que tenían en el cuello y con un gancho en cada garra, los demonios, atravesaron a los espíritus secos que arrastraron y arrojaron a la fosa ubicada al centro del Primer Infierno. El demonio soldado encargado llevó los discos hasta una caverna al fondo del Infierno, donde los arrojó al piso. Un espíritu gris encadenado, recogió los discos y desapareció al interior de la caverna.

San Pedro reconoció al espíritu gris a lo lejos. La Guerra se retiró escoltado por los demonios guardianes. La Guerra se detuvo al final del pasillo, frente a la puerta que tenía un aldabón metálico con la cabeza de un demonio, que protegía la entrada. La Guerra dijo unas palabras en un idioma extraño. Los ojos del aldabón se iluminaron y la puerta se elevó verticalmente, dejando pasar a la Guerra y a los demonios guardianes al interior del Pandemónium. La puerta cayó de golpe, enterrando sus gruesas puntas metálicas en el suelo.

Los demonios soldados chasquearon los látigos, San Pedro reaccionó y entró al túnel.

## Capítulo 75

San Pedro registró el túnel hasta el final y solo encontró un saco de piedras a medio llenar.

—Tengo que averiguar para sirven estas rocas —dijo San Pedro en voz baja.

San Pedro se devolvió y encontró a Ignacio agachado, ocultando su cara entre sus brazos.

—Ignacio, ¿estás bien?

—No quiero estar aquí, tengo miedo.

—Es natural sentir miedo, todos tenemos miedo.

—Los adultos son valientes y nunca tienen miedo.

—Ignacio, tengo miedo igual que tú. El miedo es malo si te controla. A muchos los paraliza.

—A mí me tiritaban las piernas y no me respondían.

—El miedo te dominó y eso es normal, pero si eres consciente de tu miedo, lo podrás controlar en tu beneficio. Ignacio, tú elegiste venir para rescatar a tu hermano con todo el riesgo que eso significa.

—Sí.

—Entonces, concéntrate en que rescatemos a tu hermano.

—¿Y si nos atrapan? ¿Y si no podemos salir? ¿Y si no encontramos a mi hermano?

—El miedo te está controlando otra vez. Nadie sabe qué pasará en futuro, por eso no es bueno pensar mucho en él. Piensa en el presente, en el ahora. Cuál será nuestra próxima decisión.

—¿Y si tomo una mala decisión?

—No lo puedes saber si será mala hasta que la tomes. Si te equivocas, ya tendrás tiempo de pensar en cómo corregirlo. Yo tomé un riesgo muy grande en ayudarte. Tendré que asumir las consecuencias de mis decisiones. Pero si no lo hubiera hecho, no me lo hubiera perdonado nunca. Ignacio, ¿crees que yo podría seguir trabajando como si nada, pensando en no ayudé a dos espíritus en problemas? Ser así me ha traído muchos inconvenientes en el Cielo, pero siempre pienso que hice lo correcto, ¿no crees?

Ignacio abrazó a San Pedro.

—Para controlar el miedo yo respiro profundamente varias veces hasta que me tranquilizo.

—Yo respiré igual que usted. Me tranquilicé un poco, pero igual tenía miedo.

—El miedo no es malo si lo aprendes a controlar. Lo que yo hago cuando tengo miedo es pensar una sola cosa a la vez y no dejo pasar ningún pensamiento negativo. De ahora en adelante debemos concentrarnos en encontrar a tu hermano y no permitas que ningún pensamiento negativo entre en tu mente.

—Es difícil.

—Hazlo.

—Cuando estés en peligro y te inunde el miedo, no pienses, actúa antes que el miedo te paralice con lo que puede pasar.

—Lo intentaré.

—Los cobardes lo intentan, los valientes lo hacen, ¿está claro?

—Sí San Pedro, lo haré.

¿Eres valiente?

—Sí.

—Así me gusta, ahora respiremos profundamente varias veces y llevemos el saco hasta donde trituran las piedras y mantén los ojos abiertos.

—Sí San Pedro, lo haré —dijo Ignacio convencido.

San Pedro e Ignacio arrastraron el saco hasta el exterior del túnel.

—Ignacio, no debemos despertar sospechas. Busca algo que nos sirva para seguir sacando rocas.

—Bien.

## Capítulo 76

San Pedro cruzó el Primer Infierno arrastrando el saco de piedras negras. Ignacio que lo acompañaba, encontró una picota hecha con el cuerno de un demonio.

—Ignacio, lleva la picota al túnel y espérame allí.

Ignacio levantó la picota y la llevó hasta el túnel.

Decenas de espíritus arrastraban sacos con piedras al igual que San Pedro. Las sanguijuelas infernales volaban por los alrededores buscando el momento adecuado para absorber la esencia de los espíritus condenados.

Un espíritu se acercó a San Pedro.

—Déjeme ayudarlo con el saco.

—No es necesario, puedo hacerlo solo —dijo San Pedro.

—¿No lo he visto por aquí? Debe ser nuevo.

—Sí, llegamos hoy.

—Oh, entonces será un placer explicarle como funciona todo... si me permite acompañarlo.

—No veo un problema en ello pero ¿no tendría que estar sacando oro de los túneles?

—Ya cumplí con mi cuota. No todo en la vida tiene que ser oro, no es cierto.

—Es verdad.

San Pedro y el espíritu condenado, llegaron al Antro de Trituración. El sonido de las rocas cayendo por un enorme embudo, obligaba a todos a hablar más fuerte para hacerse entender. Un funcionario gris, que tenía un grillete en su tobillo, marcaba en su carpeta los sacos que llegaban.

—¡Nombre! —dijo el funcionario gris.

—San Pe... Eh... Peter... ¡Peter Jones!

—¿Nuevo?

—¡Sí!

—Yo le explicaré todo —interrumpió el espíritu condenado.

—¡Bien! ¿Cumpliste con tu cuota diaria? —preguntó el funcionario gris al espíritu condenado.

—¡Siempre! —dijo el espíritu sonriendo y mostrando los cuatro collares llenos de colmillos que tenía en su cuello.

San Pedro siguió al espíritu condenado hasta el fondo del antro. Los espíritus vaciaban los sacos con piedras dentro de un enorme embudo metálico.

—¿Qué hacen con todas esas pie... digo oro?

—Las guardan para cuando salgamos de aquí y podamos reencarnar como hombres muy ricos. No te olvides de llevarte el saco vacío.

San Pedro y el espíritu se devolvieron hasta donde estaba el funcionario gris, quien le pasó a San Pedro un collar y un colmillo.

—Es tu primer saco. Tu primer ahorro para el futuro de un hombre rico —dijo el

espíritu.

—Un saco, un colmillo. Tú cuota es de diez sacos diarios. Te faltan nueve.

—Eso es mucho.

—Si trabajas rápido podrás hacer lo que quieras el resto del día, como tu compañero —dijo el funcionario gris.

—¿Deseas llevarte más sacos?

San Pedro pensó unos segundos y sacó nueve sacos vacíos, los juntó con el que ya tenía, los echó en su hombro y se dirigió al túnel junto al espíritu condenado.

—Este es nuestro túnel —dijo San Pedro, mientras aparecía Ignacio de su interior.

—Uhhh, interesante.

—¿Por qué lo dices?

—No, no, por nada.

—Me despido, tengo que seguir trabajando. Por cierto mi nombre es Salaíno. Si desean algo más solo pídanmelo.

—Eh, sí. Salaíno, estamos buscando a un espíritu condenado que es el hermano menor de este espíritu ¿Has visto a alguien parecido a él?

—No sabría decirte, pero si quieres puedo averiguar.

—Te lo agradecería mucho.

Salaíno sonrió, despidiéndose.

—Ignacio, ¿tuviste algún problema en mi ausencia?

—No, pero ese espíritu estuvo mirando dentro del túnel y cuando me vio se fue.

—¿Qué extraño?

## Capítulo 77

La puerta del Salón de las Armas Infernales se abrió y entraron dos demonios guardianes, que tenían cerca de dos metros de altura y caminaban sobre sus patas traseras la que terminaban en poderosas garras. Sus brazos eran larguísimos y delgados. Su piel era verde oscura y en su espalda tenían plegadas unas enormes alas parecidas a los murciélagos.

Los demonios avanzaron alertas por el pasillo. Uno de ellos empezó a oler el aire enrarecido del Infierno.

—Huelo un espíritu humano.

—Comida.

Uno de los demonios, se colocó en cuatro patas y comenzó a avanzar siguiendo el rastro invisible del olor a espíritu humano. El demonio se subió a la mesa y de un salto llegó hasta la ballesta. La olió y pudo reconocer el aroma exquisito de la comida. Miró hacía la oscuridad y dio un enorme salto, cayendo en una repisa llena de escudos rotos. Una nube de polvo impedía ver cualquier cosa. Cuando el polvo se asentó, el demonio levantó la bola de hierro con Matías colgando, quien desesperado trataba de soltarse.

—Comida, je, je, je, je.

El otro demonio se acercó al primero, oliendo a Matías y gruñendo de satisfacción.

—No le hagan daño, es mi mascota —dijo la Pequeña Muerte, quien salió de su escondite.

—Pequeño amo, usted no debería estar aquí, es un lugar no autorizado.

—Entréguenme a mi mascota.

—No podemos, es un espíritu no autorizado que tendrá que volver al Infierno de los humanos —dijo el primer demonio.

—No se preocupe pequeño amo, nos encargaremos de entregarlo al lugar que pertenece, je, je, je, je.

—Es mío, no se lo pueden llevar.

—Pequeño amo usted no puede andar solo por estos lados, es peligroso, tendré que llevarlo de vuelta a su habitación —dijo el segundo demonio, quien agarró a la Pequeña Muerte por atrás, levantándolo del suelo.

—¡Si te demoras, comerás las sobras! —le gritó el primer demonio, quien le corría la baba oliendo a Matías.

La Pequeña Muerte trató de zafarse, pero la enorme garra del demonio, era muy poderosa. La Pequeña Muerte logró meter su mano en el bolso de cuero y sacó tres canicas negras que arrojó. En cuestión de segundos el suelo se derritió. El demonio se hundió hasta la cintura. La Pequeña Muerte logró zafarse y saltó hasta el piso sólido. La Pequeña Muerte sacó otras tres canicas negras y la lanzó sobre el otro demonio, quien esquivó el ataque saltando arriba de la mesa hecha de tablones. El demonio

desplegó sus alas y voló con Matías a quien tenía agarrado de la bola de hierro.

—¡Sácame de aquí!

El demonio, sin soltar a Matías agarró a su compañero y trató de sacarlo, pero el piso volvió a su estado sólido y el demonio comenzó a endurecerse. El segundo demonio trató de liberarse, pero comenzó a convertirse en piedra.

La Pequeña Muerte corrió y lanzó una canica negra que le explotó en el brazo al demonio que tenía a Matías. El brazo cayó derretido al suelo mientras el demonio se terminó de convertir en piedra.

—No tenemos mucho tiempo —dijo la Pequeña Muerte quien trataba de abrir los dedos del demonio para liberar a Matías.

—Vámonos de aquí —dijo la Pequeña Muerte.

—¿Volverán a su estado normal? —preguntó Matías mirando por unos instantes a los demonios.

—No.

—Cuándo los descubran, ¿te van a castigar?

La Pequeña Muerte pensó unos momentos y luego sacó varias redes de un rincón.

—Ayúdame a cubrirlos.

—No puedo ayudarte, tengo que cargar la bola.

La Pequeña Muerte se detuvo, sacó el manojito de llaves del bolso y abrió el grillete que tenía Matías en el tobillo, dejándolo libre.

—No soy tu mascota, soy tu amigo —dijo Matías—. Los amigos se cuidan y se ayudan.

Matías ayudó a cubrir a los demonios con las redes para que a primera vista no los descubrieran.

Cuando terminaron, la Pequeña Muerte se dirigió hacia el túnel. Antes de entrar, miró a Matías y estiró la mano.

—Somos amigos.

Matías le dio un apretón de manos a la Pequeña Muerte y luego desaparecieron al interior del túnel.

## Capítulo 78

Los tambores marcaban el ritmo de trabajo en el Primer Infierno. Los demonios chasqueaban una y otra vez los látigos para que los espíritus condenados trabajasen más rápido.

Los espíritus con poca esencia, perdían la capacidad de razonar y solo eran capaces de ejecutar tareas muy simples. Por eso eran llevados y engrillados a los engranajes gigantes que servían para abrir y cerrar la puerta del Infierno. A los espíritus secos de esencia, los demonios soldados les sacaban los discos de identificación, para luego arrojarlos a la fosa donde los demonios de los Infiernos inferiores se alimentaban de sus restos. Los espíritus que llevaban más tiempo, aprendieron a sobrevivir aprovechándose de los espíritus recién llegados. Cuando los espíritus quedaban sin esencia, le robaban el collar con colmillos que tenían colgado al cuello. Luego se apropiaban de las herramientas que usaban para intercambiarla por más colmillos y se adueñaban de los túneles donde trabajaban los espíritus sin esencia, cobrando una cuota por usarlo.

Un demonio soldado arrojaba raíces a los platos de cobre para que el alucinógeno siguiera surtiendo efecto entre los espíritus condenados.

Los espíritus ilusionados con el falso oro, trabajaban duro, arrastrando los sacos hasta el Antro de Trituración. Lucían orgullosos sus collares con colmillos.

Salaíno entró al túnel donde se hallaba San Pedro e Ignacio.

—Les tengo buenas noticias. Un espíritu dijo haber visto a la Pequeña Muerte llevando a un pequeño espíritu que lloraba mucho.

—¿Adónde se lo llevó? —preguntó San Pedro.

—Al interior del Pandemónium, donde viven los demonios.

—¿Estaba herido? —preguntó Ignacio.

—Por como lloraba, me pareció que estaba bastante sano.

San Pedro abrazó a Ignacio lleno de alegría.

—Parece que tenemos esperanzas.

—¿Cómo podemos entrar allí?

—Sí. Diciendo las palabras herméticas.

—¿Sabes cuáles son esas palabras?

—Sí.

—Dímelas entonces —dijo San Pedro entusiasmado.

El espíritu sonrió, pero no dijo nada.

—¿Me vas a decir las palabras para entrar?

—Por supuesto.

—Entonces, ¿qué esperas?

—Esa información tiene un costo.

San Pedro cayó en cuenta que en el Infierno nadie ayuda desinteresadamente.

—¿Y cuál sería ese costo?



—Te lo dejo a tu consciencia.

San Pedro comprendió que lo mejor era pagarle para evitarse complicaciones. San Pedro sacó el colmillo que tenía en su collar y se lo pasó a Salaíno.

—Bien, dime las palabras herméticas para entrar al Pandemónium.

—El colmillo es el pago por la información que averigüé sobre el espíritu que buscabas. Lo que pides ahora tiene otro precio —dijo Salaíno sonriendo.

San Pedro miró a Salaíno y se dio cuenta que la cantidad de collares y colmillos que tenía en el cuello, no era por trabajar con el sudor de su frente.

—¿Cuánto me costará que me digas como entrar al Pandemónium?

—¿Cuánto estás dispuesto a pagar?

—Te puedo entregar otro colmillo.

—Creo que es muy poco —dijo Salaíno, tratando de saber cuán importante era la información que le daría.

—Piénsalo y si me haces una oferta razonable, haremos un trato —dijo Salaíno, despidiéndose con una sonrisa.

—Esto no me gusta nada. Las cosas se están complicando —dijo San Pedro.

—¿Por qué? —preguntó Ignacio—. Solo hay que darle lo que pide.

—No es tan fácil. Los espíritus que están en el Infierno son expertos en encontrar tus debilidades. Si cedo, ya no me lo podré sacar de encima. En estos momentos me preocupa más la cuota de nueve sacos de piedras que tenemos que cumplir. El funcionario gris que vi en el Antro de Trituración, trabajaba en el Purgatorio y por alguna razón terminó en el Infierno. Los funcionarios grises tienen fama de hacer cumplir las órdenes aunque sean las más estúpidas del mundo.

—¿Qué nos puede pasar si no cumplimos la cuota?

—Creo que tiene que ver con los espíritus que dejan amarrados cerca del nido, para que las sanguijuelas les absorban la esencia.

—Será mejor que nos pongamos a trabajar.

## Capítulo 79

San Pedro sacó las piedras con la picota hecha de un colmillo. Ignacio recogió los trozos de roca y lo metió en un saco.

Ignacio terminó de llenar un saco y descansó unos momentos. Se miró las manos y se dio cuenta que los guantes protectores del traje estaban deshechos.

—San Pedro, mire.

San Pedro miró y se arremangó la túnica y se frotó la mano contra el traje. El traje comenzó a deshacerse en pequeñas partículas que caían al suelo. San Pedro se sacó la capucha de la túnica y trató de sacarse máscara, la cual se resquebrajó entera, quedándole pedazos en la mano.

—Esto es más serio de lo que pensaba.

—¿Por qué el traje se puso negro y ahora se deshizo?

—El traje absorbió demasiada energía negativa y ya no funciona.

—¿Qué significa eso?

—No lo sé, pero ahora nuestros espíritus recibirán la energía negativa directamente.

—Ignacio, ¿te sientes extraño o tienes sentimientos de odio?

—No, pero las piedras negras ahora las veo como si fueran de oro.

—El humo del Infierno te ha comenzando a afectar, pero como no eres codicioso, el pecado de la avaricia no te afecta.

San Pedro buscó entre sus ropas y le pasó a Ignacio una hoja del árbol de la vida.

—Toma, guarda esta hoja y cómela cuando sea absolutamente necesario.

—¿Y cuándo será eso?

—Cuando la apatía te inunde, cuando creas que nada es importante para luchar por ello. De eso está hecha la energía negativa que hay en el Infierno.

Ignacio se sacó los trozos de la máscara que aún le quedaban en su rostro.

—Llevaré este saco al Antro de Trituración y veré si puedo cambiar el colmillo por información. Ignacio, espera aquí y no permitas que otros espíritus se adueñen del túnel. No contestes nada y no pidas favores, porque aquí nadie hace nada desinteresado. El precio por un favor puede ser muy alto.

San Pedro se acomodó la capucha y salió arrastrando el saco con piedras hasta el Antro de Trituración. Ignacio siguió a San Pedro con la mirada, luego se metió de nuevo dentro del túnel.

## Capítulo 80

La puerta del Pandemónium se abrió y dos espíritus encapuchados arrastraban una carreta de madera, que contenía en su interior, doce cántaros alargados, de un metro de largo aproximadamente. Los seguían otros dos espíritus encapuchados que caminan al lado de la carreta con una antorcha cada uno. Detrás de la carreta caminaba el Hambre junto a dos demonios guardianes que lo escoltaban. El hambre vestía una túnica que alguna vez fue amarilla. Su cuerpo era como el de un esqueleto humano.

La carreta atravesó el Primer Infierno y se detuvo a unos metros del nido de sanguijuelas infernales. Los espíritus encapuchados abrieron un costado de la carreta y bajaron los cántaros vacíos que arrastraron hasta el nido. Un espíritu encapuchado sacó de la carreta un tubo de metal puntiagudo. Examinó el nido y comenzó a golpear el nido con el puño buscando un sonido que le indicara donde había más concentración de esencia espiritual. El espíritu clavó el tubo en lo profundo del nido, comenzó a salir un líquido verde que caía dentro del cántaro que sujeta otro espíritu encapuchado. Las sanguijuelas salieron volando para atacar a los intrusos, pero los espíritus encapuchados movían las antorchas de un lado a otro, así evitan ser atacados.

Los demonios soldados estaban alterados. Olían el aire y se acercaban al nido de sanguijuelas infernales, pero los dos demonios guardianes alzaron sus hachas para atacar y uno de ellos les dio un gruñido de advertencia. Los demonios soldados, se alejaron frustrados, pero siguieron oliendo la esencia, lo que los hacía babear por entremedio de los agujeros del bozal metálico.

San Pedro se devolvió lentamente del Antro de Trituración, arrastrando las cadenas que aprisionaban sus tobillos. San Pedro miraba disimuladamente en dirección del nido, para saber lo que hacían los espíritus encapuchados.

## Capítulo 81

Un demonio soldado chasqueó el látigo al lado de San Pedro obligándolo a apurar el paso. San Pedro llegó al túnel y desde allí siguió observando.

Los espíritus encapuchados subieron los cántaros a la carreta y aseguraron la carga. Luego dejaron las antorchas sujetas a un costado de la carreta para ayudar a los demás espíritus a empujar la carreta. El Hambre y los demonios guardianes siguieron la carreta que se internó por el pasillo que daba al Pandemónium. La carreta se detuvo y el Hambre caminó hasta la puerta de entrada.

San Pedro miró para todos lados y se escabulló entre las sombras hasta quedar detrás de la carreta.

—Nigredo putrefactio —dijo el Hambre.

El aldabón que cuidaba la puerta abrió sus ojos que se iluminaron y la puerta se elevó lentamente. El Hambre con los demonios guardianes y los espíritus encapuchados entraron con la carreta al interior del Pandemónium.

La puerta cayó violentamente sellando la entrada y los ojos del aldabón se cerraron.

San Pedro se devolvió ocultándose entre las estalagmitas hasta llegar al túnel.

—Ignacio ya sé como entrar al interior del Pandemónium. Tenemos que decir las palabras Nigredo putrefactio. Ahora solo nos queda esperar el momento adecuado para entrar sin que nos vean.

## Capítulo 82

De improviso apareció Salaíno quien se acercó a San Pedro.

—¿Pensaste en mi propuesta? —dijo Salaíno con una sonrisa.

—Gracias por tu preocupación, pero ya tenemos la información para entrar al Pandemónium.

El rostro del espíritu timador se desfiguró unos momentos y luego fingió una gran sonrisa.

¿Y quién que te dio esa información?

—La averigüé por mí mismo.

—Lo que hiciste fue de mala clase, nosotros teníamos un trato.

—Yo no hice ningún trato contigo.

—Me dijiste que lo ibas a pensar y eso es casi un trato.

—Casi un trato, no es lo mismo. Te agradezco tu ayuda, pero ya no te necesitaremos más —dijo San Pedro.

—Pero... pero... ocupé mi precioso tiempo en averiguar lo que me pediste, siendo que podría estar sacando oro y piedras preciosas —contestó Salaíno muy afectado.

—¿Y cuándo fue la última vez que llenaste un saco?

—Eso no es de tu incumbencia.

—Me parece que hace mucho tiempo que te has aprovechado de los demás espíritus y por eso tienes esos collares con tantos colmillos.

—No me iré con las manos vacías. Me darás un colmillo como pago, por las molestias que tuve que hacer para conseguirte la información.

—No, gracias por todo, pero no quiero que me ayudes más.

—Un colmillo, es el pago mínimo por mis servicios.

Salaíno agarró el collar de San Pedro y le sacó el colmillo. San Pedro forcejeó con Salaíno pasándole a llevar con la mano los collares que se desprendieron de su cuello, haciendo que todos los colmillos cayeran, desparramándose por el suelo.

Los espíritus condenados que miraban, vieron los colmillos en el piso y se lanzaron a recogerlos, desatándose una gran pelea entre todos.

Salaíno trataba de recuperar sus preciados colmillos, pero los demás espíritus lo empujaron, haciéndolo caer.

Los demonios soldados corrieron hasta los espíritus y a punta de latigazos lograron que se dispersaran. Los espíritus condenados desaparecieron rápidamente dejando a Salaíno arrastrándose por el suelo en busca de algún colmillo suelto. Salaíno gritó de impotencia. Perdió todos los colmillos que tenía ahorrados para su reencarnación.

—No, no puede ser, mi tesoro, perdí todo. No tengo nada.

Un demonio soldado le dio un latigazo en la espalda. Salaíno gritó de dolor.

—Me dejó sin nada.

El demonio soldado lo agarró de las cadenas que aprisionaban sus manos y se lo llevó arrastrando a la fosa.

—No, no lo hagan, no merezco esto. Por culpa de ese espíritu perdí todo. — Reclamaba Salaíno, tratando de resistirse—. No me manden a la fosa, piedad. Yo no tuve la culpa.

## Capítulo 83

La puerta del Pandemónium se elevó y apareció la Guerra enojado seguido de su escolta.

—¡A qué se deben esos gritos! ¿Qué pasó aquí?

—¡Yo no hice nada! ¡Me quieren mandar a la fosa y yo no he hecho nada! — gritaba Salaíno.

El demonio soldado soltó a Salaíno y este se arrastró de rodillas hasta la Guerra, a quien le besó los pies huesudos.

—Por favor, no me mande a la fosa. He hecho todo lo que me han dicho. Era el espíritu que tenía más colmillos y ahora me los han robado. No tengo nada.

—¿Quién te robó los colmillos?

Salaíno apuntó con el dedo a San Pedro.

San Pedro trató de esconderse, pero la Guerra chasqueó sus dedos huesudos y los demonios guardianes alzaron sus alas y de un salto quedaron al lado de San Pedro.

Los demonios guardianes empujaron a San Pedro, quien perdió el equilibrio quedando de rodillas frente a la Guerra.

San Pedro nervioso, ocultó su rostro con la capucha.

—No quise causar problemas —dijo San Pedro.

—Él me robó todo lo que tenía —gimoteó Salaíno.

—¿Es verdad eso? —preguntó la Guerra.

—Su collar cayó al suelo y los demás espíritus recogieron los colmillos — contestó San Pedro.

—Ya no soy nada, no tengo poder, tendré que empezar de nuevo. No es justo —se quejaba Salaíno.

—¡Justo! ¡Justo dices! ¡Qué sabes de lo que es justo! ¡El Infierno nunca fue justo!, ¡ni ahora ni nunca! ¡Quieres que sea justo! ¡Bien, seré justo!

Llévense a los dos espíritus a la Mazmorra de los Tormentos, allí aprenderán que el Infierno nunca fue justo.

—Después de que los torturen quiero ver si les quedan ganas de seguir reclamando.

—¡No! ¡No puede ser! ¡No es justo! Yo no hice nada.

Cada demonio guardián agarró a un espíritu por las cadenas que tenían en sus manos y se los llevaron arrastrando hasta el interior del Pandemónium.

—¡Sigán trabajando todos!, ¿o quieren acompañarlos?

Los espíritus condenados asustados, volvieron a sus trabajos y otros se escondieron al interior de los túneles.

## Capítulo 84

Desde el túnel, Ignacio vio con horror como San Pedro y Salaíno eran arrastrados al interior del Pandemónium. El miedo se apoderó de Ignacio. Se hallaba solo, nadie lo podía ayudar. Se quedaría en el Infierno para siempre. No vería a su hermano nunca más. No había esperanza, todo estaba perdido.

«San Pedro me dijo que tenía que aprender a controlar el miedo, pero no puedo».

San Pedro y Matías estaban dentro del Pandemónium. Si solo supiera como entrar al Pandemónium. Un rayo de esperanza iluminó a Ignacio.

«Pero si sé las palabras para entrar».

Ignacio salió del túnel, miró para todos lados, esperando el momento oportuno para entrar al Pandemónium. Tres espíritus se acercaron al túnel donde estaba Ignacio, quien asustado se escondió en su interior.

Los espíritus condenados entraron al túnel, nerviosos, siempre alertas para arrancar en caso de que el túnel estuviera ocupado por algún espíritu. El túnel estaba vacío. Se apropiaron de dos sacos con piedras y una picota. Al igual que Salaíno, estos espíritus condenados lograron sobrevivir en el Infierno robando a otros espíritus. Para que esforzarse trabajando duro si otros podían hacerlo por ellos. Para ellos la astucia y la cobardía eran más importantes que la inteligencia y la fuerza, y en el Infierno eran virtudes que les ayudaban a sobrevivir.

Los dos espíritus condenados arrastraron los dos sacos con piedras hasta el Antro de Trituración. Luego vaciaron los sacos dentro del gran embudo metálico. Las piedras cayeron dentro del embudo, pero también rodó el espíritu de Ignacio, quien se había escondido en uno de los sacos. Ignacio cayó dentro de una larga correa transportadora que llevaba las piedras hasta enormes combos de metal que las pulverizaban, convirtiéndolas en trozos más pequeños.



## Capítulo 85

En la Mazmorra de los Tormentos se mezclaban los gritos y quejidos con los sonidos de látigos y cadenas. En el ambiente se podía sentir el miedo. De las distintas secciones del Infierno, llegaban los espíritus condenados que trataban de sublevarse.

Los espíritus eran torturados según su delito. Si atrapaban a un espíritu robando, le aplastaban los dedos hasta reventárselos. Si el espíritu trataba de escapar, era llevado al potro de tortura donde estiraban sus miembros hasta desprenderlos. Si el espíritu era sorprendido mintiendo, los obligaban a comer un trozo de roca al rojo vivo. Los espíritus holgazanes eran puestos en un cepo y sus pies eran quemados con un fierro caliente. Pero cuando llegaban demasiados espíritus, simplemente ocupaban las máquinas de tortura que hubiera disponible.

## Capítulo 86

San Pedro y Salaíno esperaban su turno encerrados en una celda. Los efectos de la neblina ya no surtían efecto sobre Salaíno, quien por primera vez se dio cuenta de la triste realidad.

—¿Qué me está pasando?

—Estás viendo como es el Infierno en realidad. Toma, come esta hoja del árbol de la vida, te hará sentir mejor —dijo San Pedro.

Salaíno recibió la hoja desconfiado.

—¿Y si mientes, y tratas de envenenarme?

—Tranquilo, si quieres no la comas, nadie te obliga. Solo pensé que te haría sentir mejor. La neblina del Primer Infierno altera los sentidos y ahora estás viendo la realidad. Tendrás que acostumbrarte a ella.

—¿Tú también ves lo mismo que yo?

—Desde que llegué he visto como es en verdad el Infierno.

—¿No eres de aquí?

—No. He venido desde muy lejos para rescatar a un espíritu que cayó por error al Abismo.

—Te debieron pagar muy bien para arriesgarte a un lugar tan peligroso.

—Nadie me pagó nada. Vine por mi propia voluntad.

—En esta época nadie hace nada desinteresado.

San Pedro nervioso, cambió el tema de conversación.

—Tenemos que escapar de aquí —dijo San Pedro, mientras movía los barrotes de la celda buscando alguno que estuviera suelto.

—Si escapamos, el castigo será peor, nos colgarán para que las sanguijuelas nos succionen la esencia y luego nos lanzarán a la fosa.

—Si me ayudas a escapar, puedo hacer que rebajen tu pena y podrás cumplir el resto de tu condena en el Purgatorio.

—Yo sabía que no pertenecías a este lugar, vienes del Purgatorio, ¿no es cierto?

—Eh... sí... ¿Me ayudarás?

—Con tal de reducir mi condena hago cualquier cosa. Pero me tendrás que devolver todos los colmillos que junté en el Infierno.

—Esos colmillos no valen nada.

—¿Cómo sabes eso?

—Cuando me he llevado a los espíritus condenados al Purgatorio, nunca he visto que tengan esos famosos collares con colmillos.

Salaíno miró a San Pedro unos momentos y luego le sacó la capucha que le protegía el rostro.

—Yo te conozco.

San Pedro se cubrió y dio vuelta la cara.

—Preocupémonos de salir de aquí —dijo san Pedro, quien encontró un barroto un

poco suelto que comenzó a mover.

## Capítulo 87

Matías gateaba por el túnel siguiendo a la Pequeña Muerte, quien se detuvo unos momentos y empujó una rejilla de metal oxidada. Entraron al interior de lo que parecía ser un tubo de metal por el eco que provocó.

La Pequeña Muerte levantó una trampa de lata y salió al exterior junto a Matías.

Los niños salieron de lo que parecía ser un toro de bronce que tenía una gruesa capa de cenizas en la parte inferior.

Un espíritu que se quejaba llamó la atención de Matías, quien se acercó hasta uno de los potros de tortura.

—No volveré a hacerlo, se los juro —murmuraba sin energías el espíritu que se encontraba amarrado al potro de tortura. Unas cadenas sujetaban y estiraban sus manos y pies.

Alrededor de la sala de torturas yacía un espíritu colgado de sus manos que era azotado por dos encapuchados vestidos con túnicas negras. Un látigo de doce puntas se incrustaba en la espalda del espíritu que gritaba de dolor.

—¿Por qué trajeron a este? —preguntó uno de los encapuchados.

—No lo sé y no me interesa. Aquí todos son culpables de algo —contestó el otro encapuchado quien seguía dándole de latigazos al espíritu.

El espíritu gritaba a cada latigazo que le golpeaba en su espalda. Los espíritus sentían el dolor igual que los vivos.

Matías siguió a la Pequeña Muerte sin decir palabra. Pasaron por las celdas de los espíritus que esperaban su turno de ser torturados. Matías se detuvo unos momentos y comenzó a mirar dentro de las celdas.

—Ven, tengo algo para ti —dijo un espíritu al interior de la celda.

Matías se acercó y un brazo agarró a Matías y lo apretó contra los barrotes.

—Déjeme ir —dijo Matías tratando de zafarse.

—Tranquilo, no te pasará nada —dijo el espíritu susurrándole al oído.

Con la otra mano el espíritu le tapó la boca a Matías para que no gritara.

—Tranquilo, yo te cuidaré para que no te pase nada —dijo el espíritu tratando de hacerlo pasar por entre medio de los barrotes de la celda.

Matías desesperado trató de liberarse pero no pudo contra la fuerza del espíritu adulto. Repentinamente el espíritu condenado gritó de dolor, soltando a Matías. El espíritu se escondió en el fondo de la celda donde se tomaba la mano inerte que le colgaba del brazo.

—¿Estás bien? —preguntó la Pequeña Muerte.

—Sí —dijo Matías, quien no comprendió que pasó.

—No confíes en los espíritus, los espíritus humanos son malos —dijo la Pequeña Muerte.

San Pedro se acercó a los barrotes de la celda, creyó escuchar la voz de alguien que le resultó familiar.

—Matías —dijo San Pedro.

Matías que pasaba por las celdas, instintivamente se dio vuelta y se acercó a la celda. San Pedro se sacó la capucha para que lo reconociera.

—San Pedro, ¿qué está haciendo aquí?

—Vine a rescatarte.

—Sí, se nota —dijo Matías irónico.

Salaíno abrió los ojos sorprendido. Ya no tenía dudas de quien se trataba.

—Vine con Ignacio.

—Ignacio, ¿dónde está mi hermano?

—Es una larga historia, pero primero debemos salir de aquí.

—¿Cómo?

—Busca las llaves para abrir la celda.

—No confíes en los espíritus, los espíritus son malos —dijo la Pequeña Muerte.

—Él es bueno, es mi amigo y los amigos se ayudan. Él vive en el Cielo y vino a salvarme, tengo que ayudarlo —dijo Matías.

—Matías, ¿quién te acompaña?

—Es un amigo que conocí en el Infierno.

San Pedro quedó sorprendido.

—Vamos, antes que nos descubran. No tengo permiso de estar aquí —dijo la Pequeña Muerte.

—No puedo dejar a San Pedro aquí —dijo Matías.

La Pequeña Muerte dudó unos segundos y luego sacó de su bolso un manojito de llaves oxidadas y comenzó a probar una a una, pero ninguna sirvió, eran muy pequeñas.

—Busca una llave grande. Debe de estar colgada —dijo San Pedro.

## Capítulo 88

Uno de los encapuchados terminó de dar de latigazos al espíritu.

—Terminé con este, llévalo de vuelta al Primer Infierno.

—¿Por qué yo? —dijo el otro encapuchado.

—Porque tú estabas mirando mientras yo le daba de latigazos. Estoy cansado, me duele el hombro. He estado dando de latigazos todo el día.

—Vale, pero acompáñame, no me gusta ir solo al Primer Infierno.

—Vale, te acompaño, cobarde.

—No, no soy cobarde, soy precavido.

—Ja, ja, sí, te creo, precavido, ja, ja, ja.

Los encapuchados descolgaron al espíritu que se quejaba y se lo llevaron arrastrando hasta la salida de la Mazmorra de los Tormentos.

—Rápido, escóndanse —dijo San Pedro, que vio que se acercaban los encapuchados. La Pequeña Muerte guardó el manojito de llaves en su bolso y se escondió junto con Matías.

Los encapuchados pasaron por la celda de San Pedro.

—Dejaremos este espíritu en el Primer Infierno y regresamos de inmediato.

—Claro, hay que ser precavido, ja, ja, ja.

Los encapuchados desaparecieron por uno de los pasillos de la Mazmorra de los Tormentos.

Mientras Matías se escondía, la Pequeña Muerte se dirigió hasta una gran llave que colgaba de un gancho. La Pequeña Muerte saltó varias veces hasta alcanzar la llave, que cayó al suelo.

San Pedro miraba a la Pequeña Muerte desde la celda y vigilaba por si venía algún encapuchado.

—Cuando abra la celda irás detrás de mí hasta la salida —le dijo San Pedro a Salaíno.

—¿Y si nos atrapan?

—Espero que eso no pase.

—Prométeme que no nos atraparán.

—No puedo prometerte eso.

—Entonces prefiero quedarme aquí, no quiero terminar en la fosa como comida para los demonios.

La Pequeña Muerte se acercó a la celda y le entregó la llave a San Pedro, quien pudo abrir la puerta de barrotes. Antes de salir, San Pedro le pasó la llave a Salaíno.

—Si cambias de opinión puedes seguirnos.

San Pedro fijó su mirada en Salaíno, pero este avergonzado lo eludió.

San Pedro miró para todos lados esperando que ningún encapuchado viniera.

—¿Nos puedes llevar a un lugar seguro?

La Pequeña Muerte pensó un momento y asintió.

—Ve a buscar a Matías mientras salgo de aquí.

La Pequeña Muerte se dirigió hacia donde se encontraba Matías.

San Pedro miró para todos lados, esperó unos momentos y luego abrió la puerta de la celda y salió escondiéndose detrás de un cepo de tortura.

La Pequeña Muerte y Matías llegaron al lado de San Pedro.

—¿Adónde vamos? —preguntó San Pedro.

—Saldremos por el pasillo del Pandemónium, pero los demonios se comen a los espíritus que andan sueltos.

—¿No hay otra forma?

—No —dijo la Pequeña Muerte.

—Tendremos que arriesgarnos.

San Pedro, la Pequeña Muerte y Matías caminaron agachados entre medio de las máquinas de torturas. El ruido del ambiente y los quejidos de los espíritus hacían más fácil el escape.

Salaíno, los miraba desde el interior de la celda. Viendo que estaban a punto de escapar de la Mazmorra de los Tormentos, decidió salir de la celda, pero un encapuchado lo descubrió.

—¡Un espíritu se escapa! —gritó un encapuchado.

San Pedro y los niños miraron hacia donde venía el grito y vieron a Salaíno que era reducido por tres encapuchados.

—¡No! ¡No me hagan nada! ¡Yo no quería escapar, me obligaron! —lloriqueaba Salaíno.

—¿Sabes cuál es el castigo a los espíritus que tratan de escapar?

—¡No, por favor, no! ¡Yo sabía que esto iba a suceder! ¡Esto me pasó por hacerle caso a San Pedro!

—¿Qué estás diciendo?

—San Pedro, San Pedro, vino del Cielo y está escapando.

—¿Dónde está el espía?

—Está escapando. Allá está —dijo Salaíno apuntando donde se encontraba San Pedro.

—¡Espíritu tratando de escapar!

Las torturas cesaron y todos los encapuchados tomaron sus picanas y látigos para atrapar al espía.

—Niños, yo los detendré para que puedan escapar. Pequeña Muerte, cuida a Matías, pase lo que pase.

San Pedro levantó las manos como signo de rendición y diez encapuchados lo rodearon.

—Niños corran —dijo San Pedro.

Los niños corrieron a la puerta principal de la Mazmorra de los Tormentos pero esta se cerró de golpe. Un encapuchado iba a atrapar a los niños, pero San Pedro se abalanzó hasta el encapuchado y con un par de movimientos le quitó la picana.

—¡No me rendiré tan fácil! —gritó San Pedro.

Los encapuchados atacaron a San Pedro, pero este se defendió bloqueando los ataques con la picana. San Pedro dio pelea, aun con sus manos y tobillos engrillados. Los encapuchados atacaron al mismo tiempo. San Pedro forcejeaba, resistiéndose logró sacarle la capucha a uno de ellos. San Pedro quedó impactado con lo que descubrió. Los encapuchados eran espíritus humanos que torturaban a los de su misma especie. Los espíritus encapuchados lograron inmovilizar a San Pedro.

Dos encapuchados empujaron a Saláino hasta donde se hallaba San Pedro.

—Habla o te lanzaremos a la fosa.

—Se llama San Pedro, vino del Cielo a rescatar a un espíritu.

—¿Dónde está ese espíritu?

—Está escondido.

—Busquen por todos lados hasta que aparezca el espíritu humano.

Los encapuchados buscaron por toda la mazmorra, hasta que atraparon a Matías y a la Pequeña Muerte.

—Pequeño amo, ¿está bien?, ¿no le pasó nada? —dijo un encapuchado nervioso.

—Sí, estoy bien —dijo la Pequeña Muerte—. ¡Déjenlos libres! ¡Se los ordeno!

—Lo siento pequeño amo, pero no podemos hacer eso. Tendremos que llamar a su padre.

San Pedro miró sorprendido a la Pequeña Muerte.



## Capítulo 89

La puerta de la mazmorra se elevó y entró la Muerte haciendo retumbar la guadaña cada vez que golpeaba el piso de piedra.

Los espíritus encapuchados dejaron de torturar a los espíritus y se colocaron firmes, pero sin mirar a la muerte a los ojos. La Muerte se acercó a los prisioneros y le sacó la capucha que cubría el rostro de San Pedro.

—¿Cómo llegaste hasta aquí?

San Pedro no contestó.

—¿Cómo lograste salir de la celda?

—Si me permite señor Muerte —dijo Salaíno interrumpiendo—. La Pequeña Muerte le entregó la llave a San Pedro para que escapara. Yo traté de convencerlo para que no lo hiciera, pero...

Los ojos de la Muerte se encendieron de rojo sangre. Salaíno se asustó y se arrodilló besando los pies de la Muerte.

—¿Es verdad eso?

San Pedro no contestó.

La Muerte le dio una mirada fulminante a la Pequeña Muerte.

—¿Es verdad lo que dice este espíritu?

—Quería ayudar a mí masco... a mí amigo —dijo la Pequeña Muerte.

—¿Quién es tu amigo? —preguntó la Muerte.

—Se llama Matías, estaba en el Infierno de los humanos llorando y lo llevé a mi habitación, para tener con quien jugar.

La Muerte tomó de un brazo a Matías y lo alzó hasta tenerlo frente a sus ojos. Un escalofrío recorrió el espíritu de Matías.

—¿Ayudaste a un espíritu humano que acabas de conocer?

—Los espíritus humanos son mentirosos y traicioneros, nunca confíes en ellos. Te lo digo yo, que los he conocido a todos.

—Pero él es distinto, es mi amigo.

La Muerte se dio cuenta que Matías tenía un anillo nube y se lo sacó.

—Así que este es tu amigo. Tu amigo te iba a traicionar, porque es un espía igual que San Pedro.

—Yo no soy un espía —dijo Matías.

—Es verdad lo que dice —dijo San Pedro—. He venido a rescatarlo porque cayó por error al Infierno.

—¡Mientes! Nadie llega al Infierno si no es culpable.

—Vengo del Cielo y sabes que no miento —dijo San Pedro, quien se fijó que en la mano izquierda de la Muerte, a la cual le faltaba una falange en el dedo anular.

—Le informaré a la Guerra —dijo el espíritu encapuchado a cargo.

—No, yo lo haré —dijo la Muerte.

—Me imagino que le dará un escarmiento a la Pequeña Muerte, eso no se puede

tolerar en el Infierno y menos viniendo de la autoridad máxima —dijo el jefe de los espíritus encapuchados.

—¿Me estás diciendo lo que tengo que hacer?

—No, yo... perdón, no quise ofenderlo excelencia. Era una sugerencia nada más.

La Muerte le pegó al espíritu con la base de la guadaña, lanzándolo violentamente contra la pared de la mazmorra.

—¡Encierren a los espías y llévenlos al Gran Salón!

Los espíritus encapuchados engrillaron el tobillo de Matías con una bola de hierro, antes de encerrarlos a los dos dentro de una jaula móvil.

—¿Qué hacemos con el espíritu que delató a los espías?

—Azótenlo por tratar de escapar y llévenlo de vuelta al Primer Infierno. Ahora retírense. Hablaré con el espía en privado —dijo la Muerte.

Los encapuchados se retiraron para continuar torturando a los espíritus humanos.

—Estás violando el tratado —dijo San Pedro.

—Tú violaste el tratado primero al venir como un espía —contestó la Muerte.

—¿Crees que me hubieran permitido sacar al espíritu si hubiera dicho que cayó por error?

—Si así fuera, ¿crees que vale la pena arriesgarse por un espíritu insignificante?

—Si era un espíritu inocente, mi deber era hacer lo correcto.

—Ni siquiera sabes si va a ser un buen hombre cuando vuelva a la Tierra.

—A diferencia de ti, yo todavía creo en la raza humana.

—Por miles de años he tenido que encargarme de la peor escoria de espíritus que hay en la Tierra. Los humanos son despreciables.

—Acuérdate que alguna vez fuiste humano —le dijo San Pedro a la Muerte.

La Muerte no dijo nada, pero sus ojos se iluminaron.

—Llévenselos al Gran Salón. Las explicaciones las darás en la asamblea.

—Nadie tiene porque saber que pasó.

—Yo también hago lo correcto —dijo la Muerte.

—Pero tendrás que explicar porque tu hijo me rescató —dijo San Pedro.

—No es mi hijo —dijo la Muerte furioso—. ¡Llévenselos!

Dos espíritus encapuchados empujaron la jaula con ruedas hacia la salida de la Mazmorra de los Tormentos.

—Tú, vendrás conmigo —dijo la Muerte quien agarró del brazo a la Pequeña Muerte y desaparecieron por el pasillo de la mazmorra.

## Capítulo 90

El sonido de la Planta de Procesamiento era ensordecedor. Dos ruedas gigantes giraban, accionadas por la fuerza de varios espíritus que caminaban en su interior. Las ruedas se conectaban con varios engranajes de distintos tamaños que movían la correa transportadora donde había caído Ignacio.

Ignacio se acercaba peligrosamente al final de la correa transportadora donde enormes martillos pulverizaban la roca. Ignacio miró hacia abajo, pero logró distinguir el fondo.

«Tengo que tomar una decisión, rápido. Pasar entre medio de los martillos o saltar al vacío».

Ignacio decidió no arriesgarse y caminó en sentido contrario a la correa transportadora.

«¿Qué hago? Me da miedo saltar, pero también me da miedo pasar por entre medio de los martillos».

Ignacio caminó por largo rato esquivando las rocas. Algunas rocas caían al vacío y por el sonido que hacían, la correa transportadora no se encontraba a mucha altura.

«No puedo estar caminando por toda la eternidad hasta decidirme, tengo que tomar una decisión».

Ignacio corrió por la correa hasta llegar al enorme tubo metálico.

«Lo mejor será tratar de subir por el tubo y volver al Primer Infierno».

Ignacio trató de subir, pero las rocas que caían de arriba golpeaban su espíritu, haciéndolo caer y volver peligrosamente a los martillos pulverizadores.

Ignacio corrió de nuevo entre medio de las rocas y se dio cuenta que al inicio de la correa transportadora había un armazón metálico que sujetaba las ruedas. Sin pensar mucho, Ignacio saltó y quedó sujeto a un fierro oxidado por largo rato. El miedo se apoderó de él, pues no lograba ver el suelo, pero tampoco podía subir de nuevo. Sus fuerzas comenzaron a fallar y tuvo que bajar obligadamente, llegando hasta otro fierro transversal que mantenía unida la rueda con engranajes que movían los espíritus en su interior. Ignacio siguió bajando lentamente hasta que alcanzó el suelo. Se bajó y se escondió debajo de la rueda. Ignacio tenía los brazos agarrotados por el esfuerzo. Luego de sobreponerse, miró hacia lo alto y se dio cuenta que la correa transportadora no tenía más de tres metros de altura.

Tres demonios soldados atravesaron la Planta de Procesamiento iluminando el lugar con sus antorchas. Ignacio logró esconderse para que no lo descubrieran.

Ignacio no sabía dónde estaba y la penumbra inundaba el lugar. Era difícil distinguir en donde se encontraba y los ruidos de las maquinarias eran infernales. Ignacio se sentó a esperar a que su vista se acostumbrara a la oscuridad. Miró alrededor y la única luz en el ambiente eran de las sanguijuelas de tenían un pálido brillo verdoso. Las sanguijuelas estaban en todas partes y no perdían oportunidad de absorber la esencia de los espíritus que trabajaban en el lugar.

Ignacio se sentó en un rincón y comenzó a recordar todo lo que pasó.

«Si no hubiera peleado con Matías, nada de esto hubiera pasado. Extraño a mi mamá y a mi papá un poco. Extraño a mi hermano. Debe de estar solo igual que yo. Vine hasta el Infierno para rescatarlo, pero quien me rescata a mí. No quiero tomar decisiones, quiero que mi mamá me diga que hacer. Quiero que alguien me diga que hacer. Quiero que San Pedro me diga que hacer. Pero no hay nadie, estoy solo. Quiero quedarme aquí y esperar a que todo esto pase».

Una sanguijuela se posó en el brazo descubierto de Ignacio y comenzó a succionarle la esencia. Ignacio sintió como los cientos de dientes de la sanguijuela se incrustaban en su brazo y el cuerpo de la sanguijuela lentamente comenzaba a hincharse de la esencia. Ignacio se sacó la sanguijuela y le apretó el abdomen por donde salió la esencia verde que antes pertenecía a su espíritu. A los pocos segundos la esencia se evaporó en el ambiente.

«Terminaré siendo alimento de estos bichos. Ya nada importa. No quiero luchar, solo quiero dormir y que esto termine. Parece que así se mueren los espíritus».

Ignacio ya sin energías se acomodó para dormir eternamente. A cada movimiento sentía que el traje protector bajo la túnica se deshacía. Ignacio se acordó de la hoja del árbol de la vida que le dio San Pedro. A lo mejor la energía negativa del ambiente era la que lo hacía sentir así. Con un último esfuerzo sacó la hoja y se la comió. Ignacio se quedó dormido.

## Capítulo 91

Cuatro encapuchados dejaron la jaula rodante en el Gran Salón, donde se reunían los jinetes del Apocalipsis.

—Vámonos antes de que lleguen.

—Sí, no me gusta estar aquí —dijo uno de los encapuchados.

Más que un Gran Salón, parecía una caverna rodeada de antorchas que hacía que las sombras se movieran constantemente. Al centro del salón había una mesa ovalada, con cuatro asientos hechos de huesos, cada uno con un cráneo humano en su parte superior.

—¿Dónde está mi hermano? —preguntó Matías.

El eco inundó el lugar haciendo que las palabras de Matías se sintieran mucho más fuertes. San Pedro en voz baja, le contó lo que pasó después de que Matías cayera por el Abismo. De cómo San Pedro ayudó a Ignacio a escapar y como prepararon el viaje al Abismo y de cómo lograron entrar al Infierno para rescatarlo.

—Las cosas se pusieron difíciles, cuando me atraparon. Espero que a Ignacio no le haya pasado nada, porque sigue en el Primer Infierno.

Matías se sentó en un rincón y una lágrima corrió por su mejilla.

—Yo pensé que mi hermano estaba enojado conmigo porque me caí por el agujero. No fue mi culpa.

—No hijo, no es tu culpa, a veces las cosas pasan, pero tu hermano pese a su edad, insistió en venir conmigo para que te pudiéramos rescatar.

—Siempre pensé que mi hermano no me quería, porque siempre me mandaba y nunca me dejaba hacer lo que a mí me gusta. Yo me desquitaba haciendo que lo regañaran, pero mi hermano me cuidaba para que no me pasara nada malo y yo no le hacía caso y me burlaba de él. Muchas veces hice que lo castigaran por mi culpa. Siempre pensé que mi hermano me odiaba, pero ahora sé que me quiere.

—Él arriesgó su vida por ti. Ignacio te quiere mucho y lo que hace es cuidarte, como lo haría un hermano mayor.

Matías afligido abrazó a San Pedro con todas sus fuerzas.

—Lo mismo que le dije a Ignacio, te lo digo a ti. Concentrémonos en salir de aquí. No dejes que ningún pensamiento negativo te domine.

San Pedro se agachó y pasó su mano por las mejillas de Matías limpiándole las lágrimas. Matías miró a San Pedro y afirmó con la cabeza.

La Guerra, la Muerte y el Hambre entraron al Salón Infernal escoltados por cuatro demonios guardianes.

## Capítulo 92

—Pero qué tenemos aquí. Podremos negociar muy bien tu rescate y de paso con un poco de tortura podremos sacarte algunos secretos —dijo la Guerra en tono irónico.

—¡Estás violando el tratado! ¡No puedes hacer eso! —gritó San Pedro.

—¡El Cielo violó el tratado cuando decidieron mandar espías al Infierno!

—No, no fue el Cielo, vine por mi propia cuenta.

—Mientes.

—Yo no miento, tú lo sabes bien. Vine al Infierno para rescatar un espíritu que cayó por error.

—¿Y ese espíritu es el que te acompaña?

—Así es.

—¿El Consejo sabe que viniste?

—No.

—¿Viniste por tu propia voluntad?

—Sí.

—Muy valiente de tu parte, o muy estúpido. Si nadie sabe que viniste al Infierno, el tratado no se ha roto... porque tú no estás aquí. Llévenselo y tortúrenlo como escarmiento. Te obligaré a que me digas lo que quiero.

—¡Me buscarán y cuando se enteren mandarán a un ejército para que me liberen!

—Lo dudo, porque eso sería reconocer que han enviado un espía al Infierno y eso rompería el tratado y sería culpa de ustedes.

—¡Ustedes no han respetado el tratado desde que se firmó! ¿Qué hacen con la esencia de los espíritus? He visto los miles de discos apilados en el Primer Infierno. Dime ¡Qué han hecho con los espíritus!

—¿De verdad quieres saber?, pues no te daré en el gusto. No quiero que por casualidad escapes y se enteren en el Cielo de lo que hacemos realmente. Como decimos en el Infierno, las reglas y los tratados se hicieron para romperlos ¡Llévenselos!

## Capítulo 93

Los espíritus encapuchados se llevaron la jaula con los prisioneros.

—Hambre, cierra todas las entradas. No quiero que nadie entre o salga del Pandemónium. Puede que haya más espías.

—Me encargaré de eso —dijo el Hambre mientras se retiraba del Salón Infernal.

—En cuanto a ti, dale un escarmiento a tu experimento.

—Le pondré un poco de esencia de maldad, se hará más fuerte pero perderá la capacidad de razonar y tomar decisiones —dijo la Muerte.

—Desde un principio no estuve de acuerdo con tu experimento.

—Tú sabes que no podemos arriesgarnos, tenemos una sola oportunidad. Si lo arruinamos será nuestra sentencia por otros mil años.

—Pero tu experimento no está funcionando.

—Es el que más tiempo ha durado. Acuérdate que las primeras pruebas que hicimos con maldad pura, fue casi imposible controlarlos.

—Necesitamos una forma de acelerar el proceso. No podemos esperar tanto tiempo para el segundo Armagedón.

—Es preferible esperar unos pocos años que mil años.

—No quiero que aprenda todo desde cero. No tenemos tiempo. Es esencial que su memoria original se conserve y solo tengamos que crear el cuerpo.

—Es casi imposible con el trozo tan pequeño que tenemos.

—¡Encuentra la forma! No podemos perder más tiempo. Y encierra a tu experimento, no quiero verlo más merodeando por el Pandemónium ni en el Primer Infierno.

La Muerte emitió un gruñido y se retiró del salón.

## Capítulo 94

Ignacio yacía dormido en Planta de Procesamiento. Dos sanguijuelas le succionaban la esencia. Ignacio despertó y logró aplastar a una de las sanguijuelas, la otra alcanzó a escapar volando en busca de algún otro espíritu.

Ignacio se sentía mejor, seguramente por los efectos de la hoja que comió. No debía dejar que el miedo lo bloqueara de nuevo, tenía que concentrarse en salir de ese lugar. Se levantó y tocó su espíritu por si encontraba otra sanguijuela. Ignacio escondido pudo observar el lugar con mayor tranquilidad. La Planta de Procesamiento estaba iluminada por antorchas, creando sombras muy pronunciadas. Una pareja de demonios soldados pasó haciendo su ronda por el lugar. Ignacio se escondió detrás de un pilar. Cuando pasó el peligro, Ignacio observó el nuevo entorno. Se hallaba a un costado de la correa transportadora hecha de los restos cocidos de las túnicas de los espíritus que no sobrevivieron en el Primer Infierno. Su mirada siguió las piedras que eran pulverizadas por los enormes martillos accionados con energía espiritual, que luego caían hasta una enorme marmita de contenía un líquido espeso y oscuro. Los espíritus mantenían el fuego de la marmita ardiendo arrojando en carretillas los restos de las piedras que caían de la correa transportadora. Otros cuatro espíritus se encargaban de un enorme fuelle que empujaban hacia abajo concentrando el aire que salía por una boquilla, logrando que el fuego lograra mayor temperatura. Dos espíritus, subidos sobre largas escaleras agitaban la mezcla con palas de madera.

Al oír el sonido de un cuerno, los espíritus bajaron y sacaron las escaleras, dejando la marmita libre para que ocho espíritus ubicados a los costados de esta comenzaran a girar una manivela, volcando el contenido de la marmita en enormes bateas. La superficie de las bateas resplandecía de un color dorado. Dos espíritus arrojaron dentro de cada batea, piedras rojas de diferentes tamaños que eran como rubíes sin pulir, los que atraían el resplandor que burbujeaba en la superficie de las bateas, adhiriéndose a las caras de las piedras rojas. Los espíritus repitieron el proceso hasta que todas las bateas quedaron listas.

Un espíritu sacaba con unas tenazas las piedras rojas que amalgamaban los residuos dorados que brillaban palpitando como un corazón. Una fila de espíritus esperaba su turno sujetando una vasija donde la piedra era guardada y cubierta con una tapa. La larga fila de espíritus caminaba hasta el interior de una cueva donde desaparecían por unos instantes, para luego salir de la cueva sin la vasija.

Unas pocas sanguijuelas infernales volaban alrededor de los espíritus, esperando algún descuido para atacar. Ignacio comenzó a buscar con la mirada el nido de las sanguijuelas, pero no lo encontró. Las sanguijuelas eran pocas, las que desaparecían dentro de la caverna donde entraban los espíritus con las vasijas.

«Si no había ningún nido de sanguijuelas, el nido debería estar en el Primer Infierno. La salida debería estar pasando esa caverna».



El corazón de Ignacio comenzó a palpar a mil por hora. El miedo se volvió a apoderar de él. Se encontraba solo y nadie le diría que hacer. Si se equivocaba los demonios lo atraparían, si no hacía nada, no podría escapar y quedaría atrapado para siempre.

«No, no debo pensar cosas negativas. Tengo que concentrarme en salir de aquí».

Ignacio recordó de lo que le había dicho San Pedro y comenzó a respirar profundamente varias veces hasta que sintió que su corazón latía más despacio.

«Tengo que controlar el miedo, tengo que controlar el miedo. No tengo miedo, soy valiente, puedo hacerlo. Debo entrar a esa caverna y ver cómo puedo salir de aquí. Tengo que encontrar una vasija».

Ignacio se deslizó por entre las penumbras y se acercó a la luz verdosa fosforescente que emitían las sanguijuelas que terminaban de absorber la esencia de un espíritu.

Ignacio agarró del suelo la vasija que tenía el espíritu. De su interior cayó un pequeño trozo de mineral que brillaba y parecía aumentar y disminuir su brillo. Ignacio lo tomó y se lo guardó dentro de su túnica. Ignacio observó al espíritu por unos momentos. Su cuerpo blanquecino y transparente ya no tenía esencia vital. Ignacio se escondió de los demonios soldados que vigilaban la Planta de Procesamiento y esperó el momento adecuado para entrar en la fila.

«Ahora es el momento. No, mejor espero un poco más, así estoy más seguro».

De nuevo el miedo se apoderó de Ignacio e impedía que tomara una decisión. Sus piernas no le respondían.

«Actúa antes que el miedo te paralice». —Eran las palabras que le había dicho San Pedro y que retumbaban en su cabeza.

«¿Y si me atrapan? No, de nuevo los pensamientos negativos. No debo dejar que me dominen. No me atraparán, lo haré bien, sé que puedo hacerlo».

Ignacio respiró varias veces dándose ánimos, se acomodó la capucha de la túnica y caminó todo lo rápido que le daban los grilletes que tenía en sus tobillos. Uno a uno los espíritus recibieron las piedras que palpitaban, hasta que llegó el turno de Ignacio. Un espíritu abrió las tenazas y dejó caer la piedra dentro de la vasija de Ignacio. Un demonio soldado chasqueaba el látigo para que los espíritus apuraran el paso. Ignacio se dio cuenta que no tenía la tapa de la vasija y el brillo dorado de la piedra comenzó a llamar la atención. Ignacio tapó la vasija con la manga de su túnica y pasó al lado del demonio soldado sin que este le prestara atención. Ignacio continuó caminando hasta que entró al interior de la caverna.

Un espíritu gris engrillado, revisaba y contaba las vasijas que llegaban, anotándolas en una tabla. Al pasar Ignacio, el espíritu gris lo detuvo y le hizo sacar la manga de la vasija. La vasija comenzó a brillar y los ojos del espíritu gris se abrieron asustados.

—¡Una tapa! ¡Busca una tapa! ¡Rápido! —gritó el espíritu gris.

Ignacio miró para todos lados y corrió hasta un rincón donde se encontraban

apilados los restos de las vasijas. Escarbó y encontró una tapa que se encontraba en buen estado. Tapó la vasija y el espíritu gris furioso, agarró al niño de la túnica y lo lanzó al suelo.

—Estúpido, no lo vuelvas a hacer. La próxima vez haré que te lancen al barranco. Coloca la vasija en la carreta y lárgate de aquí.

Ignacio asustado se levantó, tomó la vasija y se fijó en la carreta donde un espíritu apilaba las vasijas. Caminó hasta la carreta y le pasó la vasija al espíritu, quien la acomodó junto a las otras.

Ignacio siguió a los espíritus y salió de la caverna. Cuando trató de esconderse, uno de los demonios soldados le dio un latigazo en la espalda. A Ignacio le saltaron las lágrimas de dolor, cayendo de rodillas.

—Levántate o te daré otro latigazo —dijo el demonio soldado con una voz cavernosa.

Ignacio se colocó de pie, tomó la vasija y volvió a la fila donde los demás espíritus esperaban a que la marmita hirviera y se volviera a repetir el proceso. La herida del latigazo le quemaba la espalda, pero no podía hacer nada por el momento, solo le quedaba esperar y aprovechar el momento oportuno para escapar.

## Capítulo 95

De improviso la correa transportadora dejó de funcionar y los demonios soldados fueron a ver qué pasaba, Ignacio aprovechó de esconderse. Uno de los espíritus que caminaba dentro de la rueda dentada que hacía mover la correa transportadora, yacía inconsciente. El otro espíritu agotado y engrillado a su compañero no tenía la fuerza suficiente para seguir moviendo la rueda y cargando al espíritu. Los demonios soldados se ensañaron con el espíritu y le dieron de latigazos pensando que la brutalidad del castigo lo haría reaccionar. Pero no fue así, el espíritu ya no tenía esencia.

—Llévenselos. Al barranco con ellos —dijo un demonio.

—¡No me lleven a mí! ¡Yo estoy bien! ¡Sáquenme los grilletes! —dijo el espíritu engrillado a su compañero.

—Las llaves se perdieron, así que irás con él.

Dos espíritus encapuchados con túnicas negras arrastraron al espíritu sin esencia, pero el otro espíritu se resistía. Los espíritus encapuchados lograron reducirlo a punta de garrotazos que dejaron al espíritu inconsciente. Los encapuchados agarraron a los dos espíritus de sus cadenas y los arrastraron y los arrojaron arriba de una carreta. Los encapuchados empujaron la carreta hasta el interior de la caverna. La puerta exterior de la Planta de Procesamiento se abrió inundando el interior con un olor nauseabundo. Las sanguijuelas hinchadas de esencia espiritual, salieron hacia el exterior en busca de su nido.

Los espíritus encapuchados salieron hacia un ancho camino que descendía en forma de espiral, hundiéndose en la oscuridad de las tinieblas. Los encapuchados le sacaron el seguro a la carreta y luego la giraron hasta colocarla en la orilla del camino que terminaba en un barranco sin fondo. El espíritu arriba de la carreta despertó atontado, tratando de comprender que sucedía. Cuando se dio cuenta, que ya era demasiado tarde. Los encapuchados levantaron la carreta y el espíritu sin esencia se deslizó por la superficie, arrastrando al otro espíritu quien trataba de agarrarse de lo que fuera, pero el peso inerte de su compañero sin esencia lo empujó hacia abajo. El espíritu se aferraba desesperado a la carreta, pero los encapuchados sacudieron la carreta de un lado para otro, hasta que los dedos del espíritu se soltaron, cayendo los dos al vacío. Los gritos del espíritu se fueron apagando a medida que caía por el barranco, mientras los demonios de los niveles inferiores se peleaban por la comida que les llegaba.

Los encapuchados giraron la carreta y entraron al interior de la Planta de Procesamiento.

Un espíritu que se sujetaba debajo de la carreta se soltó y rodó a un costado del camino. La mitad de su cuerpo quedó colgando del barranco. Logró trepar hasta quedar a salvo y luego se escondió entre las paredes de roca. Una sanguijuela salió antes de cerrar la puerta y voló hacia lo alto, metiéndose por un agujero al centro de

una especie de cúpula natural que separaba el Primer Infierno de los niveles inferiores.

«Seguiré a la sanguijuela. Si fue al nido, el Primer Infierno debe estar arriba de ese agujero».

El camino en espiral ascendía hasta terminar en una puerta que tenía incrustado el rostro de un demonio de metal.

«La cara del demonio que estaba en la puerta de entrada al Pandemónium tenía la misma forma. Si es así, podré salir hacia el Primer Infierno».

Ignacio avanzó por el camino en espiral y cada cierto tiempo se escondía entre las sombras para que no lo detectaran los demonios. Una de las puertas de metal se alzó e Ignacio asustado se escondió. Era la Muerte que salía agarrando del brazo a la Pequeña Muerte.

Ignacio reconoció la pañoleta que llevaba el cuerpo del más pequeño.

«Es Matías, lo tienen prisionero».

Ignacio por fin encontró a Matías. Los siguió a prudente distancia tratando de no hacer ruido con las cadenas que le colgaban de sus manos y pies. La Muerte y la Pequeña Muerte entraron en una habitación. Ignacio se introdujo dentro de la habitación justo cuando la puerta cayó de golpe, sellando la salida. Ignacio se escondió debajo de un mesón esperando la oportunidad de rescatar a su hermano.

## Capítulo 96

La Muerte encerró a la Pequeña Muerte en una jaula hecha de huesos. Le echó llave a un candado oxidado y se dirigió al fondo de la cueva donde la Muerte tenía cofres y estantes llenos con frascos de distintos tamaños y colores.

Ignacio aprovechó que la Muerte se encontraba fuera de su alcance y gateó hasta quedar al lado de la jaula. Ignacio se movió muy despacio para que los grilletes no hicieran ruido.

—Matías, ¿te encuentras bien? —dijo Ignacio en voz baja.

La Pequeña Muerte se acercó a la puerta de la jaula.

—No soy Matías.

Ignacio quedó paralizado por la impresión.

—Pero... pero tienes su pañoleta.

—Matías me la regaló.

—Escóndete. Me castigarán si me ven con un espíritu humano.

Ignacio no comprendió, pero se escondió al lado de una de las patas de un enorme mesón.

La Muerte regresó llevando en sus brazos dos cofres y una vasija que dejó encima del mesón de trabajo. Con un movimiento de la guadaña encendió el carbón del horno de fusión alquímico. Con el pie accionó el fuelle manual para aumentar la temperatura del horno. Sobre el horno se encontraba un crisol que recibía las distintas mezclas que la Muerte fundía hasta ser vaporizadas por el calor del horno. El vapor era enviado a través de una tubería de cobre que se ensanchaba al final con la forma de una campana, fijándose a la cima de una cúpula hecha de barro. Así los vapores transmutadores inundaban al ente dentro de la cúpula, transformándolo lentamente en un nuevo ser, alterando su origen según los requerimientos de la Muerte.

Ignacio esperó en silencio. Miles de dudas confundían su mente.

«Ese ser conoce a Matías. Si mi hermano le regaló la pañoleta, no debe ser malo. Pero si no es un espíritu ¿Por qué estás encerrado?».

La Muerte abrió el primer cofre y sacó un trozo de roca del tamaño de un puño de color amarillo verdoso que colocó en un mortero y con un pilón de piedra fue machacando la roca hasta transformarla en polvo. Sacó el polvo con una cucharilla y lo echó dentro de un tubo alargado y transparente. Del segundo cofre sacó uno de los tubos que contenía diminutos cristales blancos. La Muerte depositó el contenido de los tubos en un plato de latón que colocó sobre una balanza. En el otro plato, la Muerte colocó unas medidas de pesos. De la vasija sacó una roca dorada que brillaba y palpitaba. Con un cuchillo raspó un poco del contenido sobre el plato, hasta que la aguja de la balanza quedó en el centro. La Muerte guardó la roca dorada dentro de la vasija y el contenido del plato de latón lo echó a un matraz de vidrio con forma de gota, donde mezcló los elementos sólidos. La Muerte se dirigió al fondo de la cueva y llegó con un jarrón de vidrio que contenía un líquido verde parecido a la esencia de

los espíritus, pero más oscuro, casi negro. La Muerte sacó una pipeta de vidrio y la introdujo dentro del frasco hasta llenarlo. Cerró el frasco y se dispuso a vaciar el líquido en el matraz, pero no pudo hacerlo.

—No se pueden acelerar los procesos. Si no se cumple con el tiempo necesario de crecimiento, el resultado puede ser desastroso —murmuró la Muerte.

## Capítulo 97

Dos demonios de la escolta personal de la Guerra, golpearon con fuerza la argolla de la aldaba metálica que protegía la entrada al laboratorio.

—La Guerra necesita su presencia de inmediato —dijo uno de los demonios.

La aldaba de la puerta abrió los ojos que brillaron de un fulgor azulado. Del otro lado de la puerta la aldaba repitió el mensaje del demonio.

—No puedo acudir en este momento, estoy ocupado —dijo la Muerte sin moverse del mesón.

La aldaba repitió el mensaje de la Muerte a los demonios.

—Tenemos órdenes de no movernos hasta que nos acompañe.

La Muerte al recibir el mensaje de la aldaba, devolvió el líquido verde oscuro de la pipeta al frasco y luego de taponarlo se dirigió a la entrada, pero antes se detuvo unos momentos para mirar a la Pequeña Muerte.

—No tardaré.

La Pequeña Muerte lo miró, pero no dijo nada.

—Alcaesto —dijo la Muerte.

La puerta de metal con la aldaba se elevó lentamente.

—Lo sentimos su excelencia, pero tenemos órdenes de la Guerra para que nos acompañe al Gran Salón a una reunión de emergencia.

La Muerte fue escoltada por los demonios guardianes que bajaron por el camino del Pandemónium. La puerta del laboratorio se cerró de golpe.

Ignacio salió de su escondite y se acercó a la jaula donde se encontraba la Pequeña Muerte.

—¿Dónde está mi hermano Matías?

—Matías está en la Mazmorra de los Tormentos junto a otro espíritu... amigo.

—San Pedro.

—Sí.

—¿Quién eres tú? —preguntó la Pequeña Muerte.

—Soy hermano de Matías.

—Debemos salir de aquí ¿Sabes dónde están las llaves de la jaula?

La Pequeña Muerte abrió su bolso y sacó un manojito de llaves. Introdujo la llave en el cerrojo de la jaula y la abrió sin ninguna dificultad.

—¿Tienes alguna llave que me libere de estos grilletes?

—Los espíritus humanos son malos y traicioneros, no hay que liberarlos.

—Yo no soy malo, vine a rescatar a mi hermano Matías.

—Mi padre me dijo que no hay que confiar en los espíritus humanos.

—¿Quién es tu padre?

—La Muerte.

—Y, ¿por qué te dejó encerrado en la jaula?

—Me porté mal. Parece que hice algo que no debí hacer.

—Entiendo. Estás castigado.

—Matías es amigo, pero tú no eres amigo.

—Matías es mi hermano.

—¿Hermano? ¿Qué es eso?

—¿No sabes?

—No.

—Los hermanos nacemos de la misma madre, por eso nos parecemos.

—¿Madre?

—¿Acaso no conoces a tu madre?

—No sé.

—¿La madre es como eso? —dijo la Pequeña Muerte apuntando hacia un estanque hexagonal lleno de lodo endurecido.

—¿Eso es tu madre?

—Yo nací ahí.

—No. Mi madre es una mujer de carne y hueso.

—No entiendo.

—Cuando tengamos tiempo te explicaré. Ahora hay que salir de aquí y rescatar a mi hermano Matías ¿Tienes alguna llave para liberarme de estos grilletes?

—¿Prometes que no escaparás?

—Lo prometo. Te doy mi palabra —dijo Ignacio estirando la mano.

La Pequeña Muerte estiró su mano y se dieron un apretón. La Pequeña Muerte miró el manajo de llaves y sacó una llave que soltó los grilletes de las manos de Ignacio y luego abrió los grilletes de sus tobillos, dejándolo libre. Ignacio se frotaba las muñecas, aliviado.

—Te pareces a Matías, pero eres más alto.

—Sí, porque soy el hermano mayor.

—Matías es amigo. Me regaló esto —dijo la Pequeña Muerte mostrándole la pañoleta a Ignacio.

La Pequeña Muerte se dirigió al gran mesón donde la Muerte tenía sus instrumentos y utensilios de trabajo. Había una cantidad de pipetas, crisoles, coladores, embudos, pinzas, pequeños fuelles y cucharas de distintos tamaños. La Pequeña muerte se detuvo y se subió a un banquillo a examinar una base con varias lupas de distintos tamaños. Cada lupa aumentaba el tamaño de los objetos.

—¿Qué estaba haciendo tu padre?

—Es un tratamiento que me hace desde que nací.

Ignacio se acercó a los cofres que dejó la Muerte en el mesón y abrió uno.

—¿Para qué sirven estos frascos?

—No sé —dijo la Pequeña Muerte, mientras sacada del artefacto una de las lupas que guardó dentro de su bolso.

Ignacio reconoció la vasija donde se hallaba la piedra dorada. Sacó la tapa de la vasija y cogió la piedra para mirarla con más tranquilidad. La piedra tenía partes



doradas adheridas a sus caras, pero gran parte de la piedra era de color rojo.

—¿Para qué sirve esta piedra?

—Con esa piedra me crearon.

—¿Cómo?

—Cuando tengamos tiempo te explicaré —dijo la Pequeña Muerte quien tomó la piedra de la mano de Ignacio y se la guardó en el bolso de cuero que le cruzaba el hombro.

—¿Cómo rescataremos a mi hermano y a San Pedro?

—Yo sé cómo —dijo la Pequeña Muerte—. Primero, salgamos de aquí.

Ignacio y la Pequeña Muerte caminaron hacia la entrada.

—Alcaesto —dijo Ignacio recordando las palabras de la Muerte para abrir la puerta.

La puerta con la aldaba no se abrió.

—¿Qué pasó? Dije las palabras correctas.

—Alcaesto —dijo la Pequeña Muerte y a la aldaba se le abrieron los ojos luminosos y la puerta se elevó del suelo.

—¿Qué pasó? Dije lo mismo que tú y no funcionó.

—Yo soy el único aparte de los jinetes que pueden abrir las puertas. Debemos cuidarnos de los demonios que deambulan por los pasillos. Los niños caminaron pegados a la pared del Pandemónium.

## Capítulo 98

Dos demonios guardianes custodian la celda de los interrogatorios. La puerta estaba hecha por planchas de hierro remachadas y solo tenía una pequeña rejilla rectangular, que uno de los demonios abría cada cierto tiempo para vigilar a los prisioneros. Era la única fuente de luz que entraba del exterior.

San Pedro caminó arrastrando las cadenas que aprisionaban sus tobillos, hasta el rincón de la celda golpeando los ladrillos de piedra por si encontraba alguno suelto. Matías vigilaba la entrada en caso que los demonios abriesen la rejilla.

—¿Qué vamos a hacer para escapar? —murmuró Matías quien se sentó en un rincón.

—Estoy pensando.

Matías se acordó de sus padres y de su hermano. Matías emitió un profundo suspiro entrecortado que llamó la atención de San Pedro.

—Hijo, tranquilo, tienes que ser fuerte.

—Tengo miedo —dijo Matías.

—Tranquilo hijo, todo saldrá bien y esto solo será un mal recuerdo.

—Prométame que todo saldrá bien.

—No puedo prometerte eso, porque...

Matías siguió comenzó a llorar.

—Si te prometo que todo saldrá bien, ¿dejarás de llorar?

—... Sí.

—Matías, mírame. Te prometo que saldremos de aquí. No sé cómo, pero saldremos de aquí. Ahora respira profundo y piensa en cómo podremos escapar.

—Bueno —contestó Matías.

San Pedro sacó la última hoja del árbol de la vida y se la dio a Matías.

—Matías, come de esta hoja, te hará bien.

—Es la misma hoja que me dio la Pequeña Muerte.

San Pedro estaba intrigado. Las hojas del árbol de la vida, solo las usan los ángeles ¿Por qué la Pequeña Muerte tiene de esas hojas? Pero después pensaría en ello, ahora debía concentrarse en un plan para escapar, ya que los efectos del ambiente comenzaban a afectarle. Si bien podía soportar más que un niño, no sería por mucho tiempo.

Matías comió de la hoja y al cabo de unos minutos se sintió mejor.

—¿Por qué no esperamos a que abran la puerta y cuando entre el demonio, lo atacamos y le quitamos el hacha y con ella atacamos al otro demonio? —dijo Matías.

—Buena idea, pero no te has puesto a pensar que si los llaman demonios guardianes, ¿no será por algo?

—Es verdad.

—Y si escapamos, ¿sabes adonde tendríamos que ir para salir del Infierno?

—No había pensado en eso.

—No podemos luchar con los demonios, porque son mucho más poderosos que nosotros. Por eso tenemos que usar algo en que los podamos superar.

—Y, ¿en qué podemos superarlos?

—En inteligencia —dijo San Pedro sacándose la llave que tenía colgada del cuello.

Con la llave San Pedro se sacó los grilletes de los pies y abrió también los grilletes que tenía puestos en las manos, pero se los dejó sobrepuestos.

—¿Por qué no se los saca?

—Para no despertar sospechas.

San Pedro introdujo la llave en el grillete que aprisionaba el tobillo de Matías, pero la llave no le hizo.

—¿Qué haremos ahora?

—Mmmm... Déjame pensar un momento... Cuando nos lleven a la Mazmorra de los Tormentos entrará un demonio guardián, mientras el otro se quedará afuera vigilando. Tú tratarás de estar a espaldas del demonio y cuando yo te diga te arrodillarás y yo lo empujaré para que caiga y le pondré los grilletes para que no pueda escapar.

—¿Y el otro demonio?

—Estoy pensando en ello... Hmmm... Cuando entre el otro demonio, esperaremos detrás de la puerta y cuando el demonio entre a sacarle los grilletes los dejamos encerrados a los dos.

—¿Y si no resulta?

—Espero que resulte, es el único plan que se me ocurre.

—Si no resulta el plan, ¿nos matarán?

—No pueden hacerlo... aún. Los demonios tienen órdenes de llevarnos primero a la Mazmorra de los Tormentos, donde la Guerra tratará de sacarme la mayor cantidad de información.

¿Y luego nos matarán?

—No creo, somos demasiado importantes. De seguro nos dejarán en alguna celda de castigo para intercambiarnos por otros demonios que se encuentren encerrados en el Purgatorio.

—¿Los espíritus pueden morir?

—Algo así. El concepto de muerte es distinto cuando eres un espíritu.

—No entiendo.

—No es fácil de explicar y eres muy pequeño para entender. Algún día te explicaré, ahora concentrémonos en el plan, porque no tenemos mucho tiempo.

## Capítulo 99

La rejilla se abrió y uno de los demonios observó donde se hallaban los espíritus prisioneros. Un demonio abrió la puerta de la celda. San Pedro sintió que se le helaba todo su espíritu por la impresión. Era demasiado pronto. No había tiempo que perder.

—Matías, quédate cerca de la entrada. Cuando te diga ahora, te arrodillarás para que el demonio caiga ¿Entendiste?

—Sí.

Matías se acercó a la entrada. La puerta de hierro se abrió hasta atrás haciendo rechinar sus bisagras oxidadas. El demonio guardián entró sosteniendo su enorme hacha guerrera de doble filo y empujó a Matías para que se quedara junto a San Pedro, quien buscaba la mejor oportunidad para atacar. Matías trató de moverse, pero el filo del hacha en su cuello le indicó que no se trataba de un juego. Matías miró a San Pedro con cara de no saber qué hacer.

El otro demonio entró con dos antorchas y las colgó a un costado de la entrada para iluminar la celda.

—Puede entrar —dijo el demonio guardián.

Una sombra oscura entró al interior de la celda. Era la Muerte.

—Déjenme solo con los prisioneros —dijo la Muerte.

Los guardias asintieron y cerraron la pesada puerta de hierro.

—Matías, ¿estás bien?

Matías se encontraba sorprendido porque la voz era la de su hermano. La Muerte abrió su túnica y era la Pequeña Muerte que estaba sobre los hombros de Ignacio. Se disfrazaron de la Muerte para entrar.

—Hemos venido a rescatarlos —dijo Ignacio.

La Pequeña Muerte se sacó la túnica de su padre y dio un salto al suelo. Matías corrió a abrazar a su hermano con todas sus fuerzas.

—Yo sabía que no me ibas a abandonar —dijo Matías llorando afligido.

—Tranquilo, no llores tan fuerte, que te pueden oír.

—Extraño a mi mamá y a mi papá.

—Yo también, pero tenemos que ser fuertes, solo estamos nosotros y tenemos que cuidarnos.

—No seré nunca más malo contigo. No te voy a molestar más. No te acusaré nunca más. Te quiero mucho.

—Yo igual te quiero, aunque a veces eres tan fastidioso —dijo Ignacio emocionado, pero trató de ser fuerte delante de su hermano.

—Lo siento, nunca más seré fastidioso. Te lo prometo.

—Pero ¿cómo lograron entrar? —preguntó San Pedro.

—Fuimos a la habitación de la Muerte y sacamos una de sus túnicas —dijo Ignacio.

—Veo que hicieron un nuevo amigo —dijo San Pedro.

—Pensé que era Matías por la pañoleta que llevaba en el cuello.

—Yo se la regalé, porque es mi amigo —dijo Matías.

—También es amigo mío.

—Pero yo lo conocí primero, así que es más amigo mío.

—Como sea. Gracias a la ayuda de la Pequeña Muerte pudimos rescatarlos.

—Si no me hubiesen atrapado, yo te habría salvado primero —dijo Matías.

—Pero no pasó —dijo Ignacio.

—Pero pudo pasar.

—Pero no pasó y yo te salvé primero y eso es lo que vale.

—Pero si no le hubiese pasado la pañoleta a la Pequeña Muerte, no habrías llegado hasta aquí —dijo Matías.

—Dejémoslo en setenta y treinta —dijo Ignacio.

—Noventa y diez —contestó Matías.

—Niños, niños, no es momento para discutir. Los dos fueron muy valientes y los hermanos se quieren y deben cuidarse y protegerse —dijo San Pedro.

—Tengo un diez por ciento adicional por ser tu hermano mayor, así que sesenta y cuarenta y quedamos como amigos.

—Vale, dame la mano —dijo Matías.

—Matías también es mi masc... mi amigo —dijo la Pequeña Muerte.

—La Pequeña Muerte es nuestro nuevo amigo —dijo Ignacio.

—Pero es más amigo mío —dijo Matías.

—No empieces, prometiste que dejarías de ser fastidioso.

—Lo siento.

No canten victoria, aún no hemos escapado —dijo San Pedro—. Al parecer tienen un mejor plan de escape que nosotros.

—Si salimos vestidos como mi padre, nadie podrá hacernos nada —dijo la Pequeña Muerte.

—Pero si los demonios nos preguntan a donde vamos, ¿qué le diremos? —dijo San Pedro.

—No lo sé —dijo Ignacio—. No pensé en eso.

—Mmmm... Pequeña Muerte, la salida del Pandemónium, ¿queda muy lejos? —preguntó San Pedro.

—Hay que subir hasta la entrada del Pandemónium —dijo la Pequeña Muerte.

—Y la Mazmorra de los Tormentos, ¿dónde se encuentra?

—A medio camino.

—Se me ocurre... Si nos preguntan los demonios guardianes, le dirás que nos llevarás a la Mazmorra de los Tormentos.

—Pero la Mazmorra de los Tormentos es peligrosa para los espíritus humanos —dijo la Pequeña Muerte.

—Le diremos eso, pero lo que realmente haremos será llegar a la entrada del Pandemónium.

—Decir una cosa y hacer otra es una mentira. Mi padre me dijo que los espíritus humanos eran mentirosos y traicioneros.

—A veces es necesario mentir por una buena causa —le dijo San Pedro a la Pequeña Muerte.

—¿Hay mentiras buenas y mentiras malas?

—Algo así —dijo San Pedro incómodo—. Nosotros no fuimos condenados al Infierno. Vinimos aquí a rescatar a Matías que cayó por error.

—Se pueden quedar aquí, yo los cuidaré, son mis amigos, los amigos se protegen.

—Hijo, nosotros no pertenecemos a este lugar. Yo vengo del Cielo y los niños tienen que volver a la Tierra adonde pertenecen. Lo que tú llamas hogar, para nosotros no lo es.

—¿El Cielo y la Tierra son mejores que el Infierno?

—Digamos que distintos del Infierno. Tú estás acostumbrado a vivir aquí, para ti es normal estar con demonios y espíritus malignos, pero para nosotros no.

—¿Puedo ir al Cielo y a la Tierra con ustedes?

—Es complicado... Mmm... Tendrías que pedirle permiso a tu padre.

—Oh... Mi padre no me daría permiso, porque dice que el Cielo es peligroso y la Tierra hay muchos hombres malos.

—No todos son malos ni todos son buenos, por eso somos amigos, porque no importa de dónde seas, siempre nos ayudaremos entre nosotros —dijo San Pedro.

—Sí, entiendo.

—Estira tu mano. Niños, coloquen sus manos sobre la de la Pequeña Muerte.

San Pedro colocó su mano sobre la de los niños.

—Este es un pacto de amistad. Repitan conmigo. Siempre nos cuidaremos entre nosotros, pase lo que pase, aunque seamos de mundos diferentes.

Los niños y la Pequeña Muerte repitieron la frase.

—Hicimos un pacto que no se puede romper. Pequeña Muerte, ayudándonos a salir de aquí.

La Pequeña Muerte miró por un instante a cada uno.

—Los amigos se ayudan.

—¿No vamos a usar el plan que teníamos? —preguntó Matías.

—No hijo, los planes se adaptan según la situación. Por eso deben concentrarse en salir de aquí e improvisar en caso que las cosas salgan mal.

—Pequeña Muerte, ¿me puedes sacar el grillete que tengo en el tobillo? —le preguntó Matías a la Pequeña Muerte.

La Pequeña Muerte abrió su bolso y le pasó el manojito de llaves. Matías introdujo la llave en el grillete y lo abrió.

—Matías no puedes salir sin el grillete, nos descubrirán.

—Lo dejaré suelto y llevaré la bola negra en mis brazos.

—Bien —dijo San Pedro—. Ahora golpea la puerta para que podamos salir. Diles que nos llevarás a la Mazmorra de los Tormentos.

La Pequeña Muerte guardó las llaves, se subió sobre los hombros de Ignacio y se acomodó la túnica de su padre. La Muerte disfrazada golpeó la puerta de la celda.

## Capítulo 100

La rejilla se abrió y unos ojos de lagarto inspeccionaron el interior y vieron que los prisioneros seguían en el mismo lugar. Los dos demonios guardianes entraron con sus hachas listos para atacar ante cualquier movimiento sospechoso.

—Me llevaré a los prisioneros a la Mazmorra de los Tormentos —dijo la Pequeña Muerte imitando la voz de su padre.

—Los prisioneros son peligrosos, los acompañaremos —dijo uno de los demonios guardianes.

—No es necesario, puedo hacerlo solo.

—Tenemos órdenes de no dejar a los prisioneros en ningún momento.

—¿Me estás diciendo lo que tengo que hacer?

—Lo siento su excelencia, solo queremos protegerlo —dijo el demonio guardián quien se arrodilló tratando de besar los pies de la Muerte.

El demonio alcanzó a ver que la Muerte andaba con extraño calzado blanco.

—No hagas eso —dijo la Pequeña Muerte, quien por poco pierde el equilibrio.

—Extraña la vestimenta que usa su excelencia.

La Pequeña Muerte imitó el gruñido de su padre. Los demonios evitaron mirarlo a los ojos.

—Quédense aquí hasta que regrese.

—Sí su excelencia —dijeron los demonios quienes se colocaron en posición de firmes.

San Pedro y Matías salieron primero y luego la Muerte, quien caminaba de forma extraña y a cada tanto chocaba con la pared.



## Capítulo 101

La Muerte entró al laboratorio, descubriendo que la puerta de la jaula donde se encontraba la Pequeña Muerte estaba abierta. Buscando con la mirada a la Pequeña Muerte, descubrió un par de grilletes que sobresalían del mesón de trabajo. La Muerte cogió uno de los grilletes, sus ojos fulguraron de rojo furioso.

—Maldición —dijo la Muerte quien en un ataque de ira destrozó con el grillete parte de los instrumentos que había sobre el mesón. Cuando se calmó, un pensamiento lo sobrecogió. Nervioso inspeccionó el frasco donde guardaba la esencia de maldad pura. Se tranquilizó al saber que el frasco se hallaba intacto. Solo faltaba la piedra filosofal. La Muerte se sentó unos momentos y sacó el anillo nube de la túnica para inspeccionarlo. Golpeó la mesa con sus manos huesudas y salió del laboratorio a toda velocidad.

## Capítulo 102

La Muerte caminó apresuradamente haciendo sonar su guadaña contra el suelo. Llegó hasta donde se encontraban los dos demonios guardianes que custodiaban la entrada de la celda.

—Necesito ver a los prisioneros —dijo la Muerte.

—Su excelencia... usted se los llevó hace un momento.

—Yo no me he llevado a ningún prisionero.

—¡Abran la puerta!

Los demonios no entendían nada, pero abrieron la puerta de la celda que se encontraba vacía.

—¡Hagan sonar la alarma, los prisioneros escaparon! ¡El qué se llevó a los prisioneros no era yo! ¡Atrápenlos!

Uno de los demonios sopló un cuerno en espiral que tenía colgado al cuello, dando la señal de alarma. El otro demonio extendió sus alas y avanzó por el pasillo dando enormes saltos. En el camino se encontró con los grilletes en el piso, luego la bola de hierro y finalmente la túnica que pertenecía a la Muerte. El demonio agarró la túnica y furioso sacó su hacha doble de la espalda preparado para destruir a los prisioneros que escaparon.

## Capítulo 103

San Pedro y los niños escucharon el sonido de la alarma que retumbó en las paredes del Infierno.

—¡Corran con todas sus fuerzas hasta la entrada! —gritó San Pedro.

San Pedro tuvo que detenerse para recuperar el aliento. El ambiente infernal comenzó a afectarle. Su confianza se debilitaba, pero no podía demostrarlo, ya que los niños confiaban en él, tenía que continuar. Ignacio se detuvo y al ver a San Pedro afirmándose de la pared, se devolvió.

—Vamos, yo lo ayudaré —dijo Ignacio quien dejó que San Pedro se afirmara en sus hombros.

Un demonio guardián apareció volando desde los niveles inferiores del Infierno y agarró a San Pedro por el cuello y lo azotó contra la pared de roca. Ignacio trató de detener al demonio guardián saltando sobre su espalda, pero el demonio lanzó a Ignacio lejos, quien rodó por el camino. El demonio estrelló el espíritu de San Pedro con el suelo. El demonio agarró a San Pedro de la cabeza mientras desplegaba sus alas para volar. Ignacio saltó sobre el demonio agarrando una de sus patas. El demonio le pegaba a Ignacio con su otra garra, pero Ignacio aguantaba los golpes.

—¡Matías! ¡Ayúdame!

Matías y la Pequeña Muerte vieron lo que sucedía y se devolvieron. La Pequeña Muerte sacó una canica negra del interior de su bolso, se detuvo unos instantes, apuntó y la lanzó explotando en una de las alas del demonio. El líquido negro de la canica carcomió el ala derecha del demonio guardián, quien rugió de dolor.

La Pequeña Muerte lanzó otra canica. El suelo donde se hallaba el demonio se derritió haciendo que se hundiera hasta la cintura. El demonio golpeó a San Pedro contra las rocas antes de soltarlo. Ignacio sin pensar, saltó sobre la espalda del demonio y le mordió una de sus garras. El demonio aulló de dolor.

—Suelta al demonio, el suelo se está endureciendo —le dijo la Pequeña Muerte a Ignacio.

Ignacio se soltó justo cuando el suelo comenzó a solidificarse. El demonio trató de darle un hachazo a San Pedro para cortarlo en dos, pero el cuerpo del demonio se endureció hasta quedar convertido en una estatua que quedó con el brazo extendido, y el hacha a centímetros de San Pedro.

—San Pedro, ¿está bien? —preguntó Ignacio.

—Sí hijo. Ayúdame a levantarme.

San Pedro no se encontraba bien, su rostro se veía desmejorado.

—Tenemos que continuar, falta muy poco —dijo Ignacio—. Matías, Pequeña Muerte, ayúdenme a llevarlo.

San Pedro se apoyó en los niños y así pudieron llegar hasta la entrada del Pandemónium.

El cuerno de la alarma continuaba sonando por todo el Pandemónium. Una horda

de demonios guardianes apareció de las profundidades volando hacia San Pedro y los niños.

—¡Nigredo putretactio! —dijo la Pequeña Muerte.

Los ojos de la aldaba se abrieron y se iluminaron. La puerta de hierro se elevó lentamente.

—¡Matías!, ¡Ignacio!, ¡Pequeña Muerte! Entren ¡Rápido!

Los niños y San Pedro entraron por la puerta que separaba el Pandemónium del Primer Infierno. Los demonios guardianes se acercaron a gran velocidad. La Pequeña Muerte dijo nuevamente las palabras herméticas y la puerta que subió hasta la mitad comenzó a bajar. Cuando la puerta estaba punto de cerrarse, una garra aprisionó el pie de la Pequeña Muerte tirándolo hacia el interior. San Pedro alcanzó a agarrar la correa del bolso de la Pequeña Muerte, quien se resistía agarrándose de la puerta de hierro. Varias garras demoníacas empujaban la puerta hacia arriba impidiendo que se cerrara.

Los niños corrieron a ayudar a San Pedro, pero no fue suficiente. Otras garras aparecieron tirando del cuerpo de la Pequeña Muerte. La correa de cuero del bolso se rajó haciendo caer a San Pedro y a los niños de espaldas. La puerta se cerró de golpe.

—¡Nigredo putretactio! —dijo San Pedro una y otra vez, pero la puerta no se abrió.

Los niños desesperados gritaban y lloraban. Del otro lado se escucharon unos gruñidos aterradores mezclados con el sonido de huesos quebrándose. Se sintieron algunos golpes que remecieron la puerta de entrada y luego el silencio.

Los niños lloraban desconsolados. San Pedro trataba de abrir la puerta, pero no pudo hacerlo cayendo de rodillas y golpeando la puerta con sus puños.

—Estoy bien —dijo la Pequeña Muerte desde el otro lado de la puerta.

Los niños y San Pedro se alegraron.

—Pero ¿qué pasó?

—No lo sé. Cuando desperté encontré un montón de demonios en el suelo.

—Abre la puerta para que salgamos juntos.

—No puedo, vienen más demonios. Me tengo que ir.

Del otro lado se escuchaban los golpes de los demonios que se agolpaban en la puerta del Pandemónium.

—Niños, movámonos rápido antes que nos descubran. Nuestra única esperanza será escondernos en alguno de los túneles.

San Pedro recogió el bolso roto de la Pequeña Muerte y luego avanzó con los niños por el pasillo de la caverna que daba al Primer Infierno.

## Capítulo 104

San Pedro y los niños se escondieron en uno de los túneles vacíos. San Pedro cayó agotado en un rincón de la cueva y comenzó a ver las piedras del túnel con un brillo inusual. Escarbó un poco y sacó una gran pepita de oro. Incluso los colores ocres y sucios, San Pedro los veía más brillantes.

—¿San Pedro, por qué mira tanto esa piedra negra? —preguntó Matías.

—Niños, ¿ven como brillan las rocas de la cueva?

—Yo puedo verlas —dijo Ignacio.

—Los efectos de la hoja del árbol de la vida están desapareciendo.

San Pedro cogió el bolso de la Pequeña Muerte y lo vació en el suelo. Del bolso cayeron frascos, una argolla con llaves, una canica negra, varios pergaminos enrollados, un lente de aumento, herramientas, la piedra roja y una hoja del árbol de la vida.

San Pedro tomó la hoja, la partió en dos y se las dio a los niños.

—¿Usted no va a comer un poco? —le preguntó Ignacio a San Pedro.

—No hijo, estoy bien. Ustedes la necesitan más que yo.

Los niños comieron de la hoja del árbol de la vida y rápidamente comenzaron a sentirse mejor. San Pedro tomó la canica negra y la examinó. Era redondeada con dos surcos que cruzaban el centro.

—Pude darme cuenta que esta canica es muy poderosa ¿Cómo funciona?

—Tiene que lanzarla con todas sus fuerzas para que explote y deshaga la roca —dijo Matías.

San Pedro guardó la canica dentro de su túnica.

—Nos iremos escondiendo en los túneles hasta que lleguemos lo más cerca de la entrada del Primer Infierno. Allí esperaremos a que los demonios de los pecados aparezcan, y cuando abran la puerta del Infierno, escaparemos. Síganme.

Ignacio se quedó al final y agarró la piedra roja y se la guardó en el bolsillo junto a la otra.

San Pedro y los niños salieron del túnel y caminaron tratando de ocultarse de los demonios soldados. Los espíritus condenados salían y entraban de los túneles arrastrando los sacos llenos de piedras. San Pedro y los niños caminaron hasta la mitad del Primer Infierno, cuando uno de los espíritus salió de los túneles arrastrando un saco con piedras negras. San Pedro esperó a que el espíritu condenado entrara al interior del Antro de Trituración, para no despertar sospechas.

—Entremos aquí —dijo San Pedro—. Aquí estaremos a salvo hasta que el espíritu vuelva. Ignacio, tú vigilarás hasta que el espíritu salga. Yo veré si encuentro otro túnel vacío más cerca de la puerta. Matías, estarás atento a mi señal, cuando levante las manos, saldrán del túnel y correrán hasta donde yo esté, ¿entendieron?

—Sí San Pedro —dijeron los niños.

La espesa neblina que salía de los platos de cobre seguía afectando a San Pedro,

quien se detuvo unos instantes. Ya no lo protegía el traje, ni tenía una hoja del árbol de la vida para neutralizar sus efectos. San Pedro caminó lentamente revisando el interior de los túneles. Vio que la puerta del Primer Infierno, se encontraban reunidos siete hermosos seres. En un momento de flaqueza, quiso acercarse a ellos para pedirles ayuda, pero en el último instante reaccionó y se detuvo.

—Es imposible que seres tan bellos estén en el Infierno. Deben ser los demonios de los pecados capitales. Es una buena señal. Falta poco para que abran la puerta del Infierno —murmuró San Pedro.

## Capítulo 105

La puerta del Pandemónium se elevó lentamente y apareció la Muerte y la Guerra escoltados por seis demonios guardianes armados con enormes hachas dobles.

—¡Detengan todo de inmediato! —gritó la Guerra.

El demonio encargado de golpear los tambores se detuvo, pero los espíritus humanos siguieron trabajando por inercia.

—¡Dije que todo el mundo se detuviera!

—Los demonios soldados saltaron sobre los espíritus y a punta de latigazos los obligaron a detenerse.

Un silencio total inundó el Primer Infierno, solo perturbado por el vuelo de las sanguijuelas infernales que iban y venían del nido.

—¡Da la señal de alarma! —gritó la Guerra.

Un demonio guardián tocó el cuerno que retumbó por todo el Primer Infierno. A un costado del nido, una puerta se elevó y apareció el Hambre quien nervioso, caminó hasta donde se encontraba la Guerra y la Muerte.

—¿Qué sucede? ¿A qué se debe tanto alboroto?

—¡Los prisioneros escaparon y están en el Primer Infierno! ¡Quiero que los encuentren!

Asmodeo, el demonio de la lujuria se acercó hasta la Guerra.

—Guerra, aprovechando que los encargados del Primer Infierno están presentes, quisiera hacer una petición formal para cambiar nuestra presentación habitual, pues llevamos más de un siglo con la misma historia y creo que es el momento oportuno para renovar nuestra actuación de bienvenida —dijo Asmodeo.

—No creo que sea el momento adecuado para pedir algo —dijo el Hambre.

—¡Quéééééé! ¡Escaparon los prisioneros y tú me sales con que quieres hacer no sé qué cosa! ¡A la fosa con él!

Los demonios guardianes agarraron a Asmodeo y lo arrastraron hasta la fosa.

—¡No! ¡Por favor no! ¡Yo solo dije lo que todos pensábamos sobre nuestra actuación de bienvenida!

—¿Es eso cierto? —dijo la Guerra acercándose a los demonios que representaban a los pecados capitales.

—No es cierto, nosotros estamos contentos con nuestra rutina —dijo Leviatán sonriendo nervioso.

—¡Mentirosos! ¡Me dijeron que hablara con la Guerra! ¡Ustedes me dijeron! —gritaba Asmodeo, quien desesperado trataba de liberarse. Asmodeo fue lanzado sin contemplación dentro de la fosa, para que otros demonios se alimentaran de su carne.

¡San Pedro! ¡Sé que estás escondido en alguna parte! ¡Te voy la última oportunidad de salir y entregarte!

San Pedro se devolvió hasta el túnel donde se hallaban escondidos los niños.

¡Saquen a los espíritus condenados y arrójenlos a la fosa hasta que San Pedro se

entregue!

Los espíritus condenados huyeron horrorizados, pero los demonios soldados más rápidos y poderosos los atraparon atravesándolos con sus tridentes.

—¡Si te rindes liberaré a los espíritus! ¡San Pedro!, ¡el destino de estos espíritus está en tus manos, elige!

—Niños, no dejaré que otros paguen las consecuencias de mis actos. Me entregaré. Traten de salir de aquí como sea.

—Pero San Pedro, los espíritus que lanzarán a la fosa son malos —dijo Ignacio.

—Todavía creo en los espíritus humanos. Creo que hasta el más malo tiene el derecho de arrepentirse y empezar de nuevo.

—No San Pedro, no lo haga ¿Qué va a ser de nosotros?

—No entienden, lo hago para protegerlos a ustedes. Yo soy muy valioso para que me extingan, pero ustedes no. Si los atrapan de seguro los lanzarán a la fosa como alimento para los demonios. Sean fuertes y sigan el plan. Si logran salir, infórmenle al arcángel Malik. Él vendrá con los demás ángeles a rescatarme —dijo San Pedro quien abrazó a los niños antes de salir.

Matías abrazó a Ignacio conteniendo las ganas de llorar. Ignacio suspiró profundamente mirando como San Pedro se alejaba.

San Pedro salió de su escondite y caminó con las manos alzadas en señal de rendición. Los demonios guardianes extendieron sus alas y de un salto llegaron hasta San Pedro. Un demonio golpeó a San Pedro con el canto del hacha y lo arrojó a los pies de la Guerra.

—Has ganado, me rindo. Ahora deja libre a los espíritus.

—Me has conmovido con tu sacrificio —dijo la Guerra, quien se acercó hasta los espíritus que iban a ser lanzados a la fosa, a quienes les arrancó a cada uno los collares con los colmillos que tenían en el cuello.

—¡Arrójenlos a la fosa! —gritó La Guerra.

—¡No!, no lo hagas, dijiste que si me entregaba los espíritus quedarían libres.

—Mentí ¡Ja, ja, ja, ja, ja!

Los demonios arrojaron a siete espíritus condenados por la fosa. Los espíritus desesperados se agarraban de cualquier cosa para evitar caer, pero fue inútil, cayeron al vacío y sus gritos se apagaron para siempre.

—San Pedro, te preocupas demasiado por los demás, pero te demostraré la clase de espíritus que defiendes ¡A todos los espíritus condenados que hay en el Primer Infierno! ¡El que me traiga a los espías, le daré estos collares que tengo en mi poder! ¡El espíritu que lo haga, será inmensamente rico y además lo ascenderé como uno de los espíritus torturadores en la Mazmorra de los Tormentos!

Los espíritus condenados miraron los colmillos y comenzaron a buscar dentro de los túneles vacíos.

Ignacio y Matías miraron impotentes como San Pedro era hecho prisionero. Un espíritu condenado se dio cuenta de la presencia de los niños y se abalanzó sobre



ellos. El espíritu atrapó a los niños antes que pudieran arrancar y los arrastró hasta el centro del Primer Infierno, donde se encontraban los tres jinetes del Apocalipsis y los demonios guardianes. Uno de los demonios guardianes les arrebató a los niños agarrándolos de sus cabezas. El espíritu condenado se lanzó de rodillas a los pies de la Guerra.

—Mi general, no lo hice por la riqueza, lo hice para agradarlo —mintió el espíritu condenado quien besaba los pies de la Guerra.

—Me gusta esa actitud, llegarás muy lejos en el Infierno. Llévate los colmillos y desde ahora serás un torturador en la Mazmorra de los Tormentos —dijo la Guerra quien le arrojó los collares con colmillos al suelo.

—Gracias, gracias, mi general, se lo agradezco.

El espíritu condenado se abalanzó sobre los collares con colmillos. Cuando se levantó se descubrió la capucha, cruzando una mirada con San Pedro, quien lo reconoció. Era Salaíno, el espíritu que estuvo con él en la celda de castigo. Salaíno sonrió mientras se colocaba los collares.

## Capítulo 106

En un momento de descuido, San Pedro sacó la canica negra que tenía guardada en su túnica y la lanzó al nido de sanguijuelas infernales. La canica negra cayó en una de las protuberancias del nido, pero no explotó. Una sanguijuela se la comió y se metió dentro del nido.

Los demonios guardianes sacaron sus hachas para atacar a San Pedro.

—¡Alto! ¡No hagan nada! Déjenmelo a mí —dijo la Guerra.

La Guerra sacó su espada y se acercó a San Pedro y le susurró al oído.

—Crees que con tus juguetitos hechos en el Cielo podrás escapar. Al parecer no —dijo la Guerra empuñando su espada y atravesándole la pierna derecha a San Pedro, quien cayó de rodillas delante de la Guerra.

—¡No! ¡No lo haga! —gritó Ignacio mientras abrazaba a Matías para que no mirara.

—Me encanta cuando los espíritus humanos sufren, es tan... excitante —dijo la Guerra—. No te preocupes niño no lo extinguiré, pero verás que toda esa bondad y ese espíritu de sacrificio que tiene por los demás, no le servirá de nada.

San Pedro apretó los puños resistiendo el dolor. No le daría la satisfacción a la Guerra de verlo sufrir. San Pedro cerró los ojos y aguantando la respiración se puso de pie. Aún siendo un espíritu, el dolor era muy real. De la pierna herida de San Pedro fluía la esencia vital. Los demonios soldados comenzaron a oler el aire. El olor de la esencia humana era un manjar muy penetrante y los demonios comenzaron a alterarse, notándose en su respiración entrecortada.

—Eres valiente. Soportarás bien la tortura, pero ¿podrás soportar el sufrimiento de los espíritus que viniste a rescatar?

—¡Arrojen a los espías a la fosa!

—No lo hagas, por favor, te lo suplico —dijo San Pedro aguantando el dolor.

Dos demonios guardianes agarraron a los niños y los arrastraron hasta la fosa.

—Ojalá que puedas resistir el dolor que significa perder a alguien importante.

—No lo hagas. Estás violando el tratado —dijo San Pedro balbuceando.

—Solo me interesas tú, esos espíritus no valen nada. Tendré que informar que los espíritus que protegías sufrieron un lamentable accidente y nunca pudimos encontrarlos.

—Guerra, si torturas a San Pedro provocarás que el tratado se rompa definitivamente —dijo el Hambre.

—Crees que para evitar un conflicto, ¿tengo que dejar que San Pedro se vaya y les informe a todo el Consejo lo que hacemos en realidad?

—No lo había pensado.

—No lo habías pensado, porque tú no piensas. El que piensa soy yo, ¿entendiste?

—Sí, entendí —dijo el Hambre humillado.

—Y tú Muerte, ¿también tienes algo inteligente que decirme?

La Muerte no dijo nada pero de la oscuridad que cubría su rostro, se iluminaron sus ojos rojos incandescentes.

—San Pedro, quiero que veas a tus amigos caer dentro de la fosa. Espero que lo disfrutes tanto como yo.

Ignacio y Matías trataron de soltarse, pero fue inútil. Cuando los niños estaban a punto de ser arrojados por la fosa, una pequeña explosión los hizo mirar en dirección del nido de sanguijuelas. Miles de sanguijuelas infernales salieron volando del nido formando una nube que cubrió a los demonios y a los espíritus.

Se escuchó un crujido y una enorme masa llena de apéndices parecidos a cientos de dedos alargados cayó bloqueando la fosa. La Muerte, con una velocidad asombrosa empujó al Hambre y a la Guerra lejos del nido fracturado. Ignacio agarró del brazo a Matías y alcanzó a esquivar el nido. San Pedro no corrió tanta suerte y la mitad de su cuerpo quedó atrapada debajo del nido.

El caos fue total. Las sanguijuelas furiosas defendían el nido atacando sin piedad a demonios y espíritus. Por los efectos de la neblina que alteraba los sentidos, los espíritus condenados no comprendían lo que pasaba. Ellos veían hermosas luces de colores que se acercaban a ellos. Las sanguijuelas se agrupaban y succionaban la esencia vital que les quedaba a los espíritus, dejándolos vacíos, como pellejos que caían sin vida al suelo.

Salaíno arrancó y se escondió en uno de los túneles. Su mirada se hallaba fija en los collares con colmillos de los espíritus sin esencia. En un acto de ambición pura, Salaíno salió del túnel y le sacó el collar a un espíritu agonizante y luego volvió a esconderse.

Los demonios soldados se abalanzaron sobre el nido. La esencia espiritual brotaba de los apéndices y corría por el suelo. Los demonios sacaban sus largas lenguas por los agujeros de las máscaras que cubrían sus rostros y lamían el maravilloso elixir espiritual. Otros demonios exprimían trozos del nido para que el espeso fluido cayera dentro de sus hocicos.

Ignacio y Matías corrieron hasta San Pedro que yacía atrapado debajo del nido.

—San Pedro, ahora podremos salir de aquí —dijo Ignacio que junto a su hermano trataron de levantar parte del nido que aplastaba el torso de San Pedro.

—No... no pierdan tiempo... aprovechen de escapar de aquí.

—No lo dejaremos solo.

—Tienen que salir y pedir ayuda... si se quedan los lanzarán a la fosa... Corran niños... corran —dijo San Pedro tratando de articular las palabras.

A Ignacio se le llenaron los ojos de lágrimas, pero era la única solución. Miró hacia la puerta del Infierno que se encontraba despejada. Los demonios que representaban a los pecados capitales se escondieron en uno de los túneles esperando que pasara el peligro.

—¡Matías! ¡Corre! ¡Corre!

Matías en *shock*, no se daba cuenta de lo que pasaba. Sin ser capaz de

comprender, solo atinó a obedecer a Ignacio y corrió con todas sus fuerzas hacia la puerta del Infierno.

San Pedro alcanzó a distinguir a los niños que corrían con todas sus fuerzas antes de perder el sentido.

## Capítulo 107

La Guerra se levantó y vio todo el caos que había a su alrededor y comenzó a patear y a golpear a los demonios soldados para que dejaran de lamer la esencia espiritual. Un demonio soldado furioso se le lanzó encima y lo atacó. La Guerra se cubrió, y antes de que el demonio le enterrara sus garras, la Muerte con su guadaña le cortó un brazo al demonio soldado. La Guerra se levantó, sacó su espada y se la enterró al demonio en el vientre.

La Guerra cruzó una mirada con la Muerte, pero no dijo nada.

—¡Guardianes! ¡Atrapen a los niños y extermínenlos! —gritó la Guerra furioso.

Los demonios guardianes sacaron sus pesadas hachas de doble filo, extendieron sus alas para volar, pero decenas de sanguijuelas que protegían el nido, mordieron a los demonios impidiendo que estos pudieran volar.

Los niños corrieron a toda velocidad entre medio de los espíritus que no hacían nada para evitar que las sanguijuelas infernales les absorbieran su esencia. Ignacio se detuvo para sacarle las sanguijuelas a Matías y también las que tenía pegadas a su cuerpo, pero al detenerse cientos de sanguijuelas se lanzaron a morderlos.

—¡No te detengas Matías, no te detengas!

—Quiero descansar.

—¡Aguanta!, ¡ya estamos a punto de llegar! ¡No te rindas!

Los niños llegaron hasta la puerta del Primer Infierno, pero esta no se abrió. Ignacio golpeó la puerta con todas sus fuerzas pero tampoco pasó nada.

Uno de los demonios guardianes dio un enorme salto y se estrelló contra las estalactitas que había en el techo del Primer Infierno y cayó de frente a los niños. El demonio seguía sacudiéndose las sanguijuelas pero logró asentarle un potente hachazo a Ignacio, quien por centímetros logró esquivarlo. El hacha quedó incrustada en el suelo mientras el demonio guardián trataba de sacarla.

Los niños estaban aterrados con sus espaldas pegadas a la enorme puerta, cuando escucharon del exterior el profundo sonido gutural metálico que retumbó al interior del Primer Infierno.

Al oír el sonido, los espíritus condenados que estaban encadenados se levantaron y en un acto reflejo comenzaron a empujar los dos enormes cabestrantes que había a los costados de la gigantesca puerta. Las gruesas cadenas se tensaron y comenzaron a enrollarse. La pesada puerta comenzó a chirriar con el roce y se elevó lentamente, dejando a la vista enormes pestañas puntiagudas que aseguraban la puerta.

—¡No dejen que la puerta se abra! —gritó la Guerra furioso.

Dos demonios guardianes saltaron con sus alas abiertas y cayeron pesadamente a los costados de la puerta atacando a los espíritus con sus hachas. Los espíritus encadenados no pudieron hacer nada para defenderse. La enorme puerta de hierro se elevó solo un par de metros antes de detenerse. El peso de la puerta hizo que las cadenas de los cabestrantes se desenrollaran, pero una gruesa pezuña metálica se

incrustó en los engranajes impidiendo que la puerta cayera.

—¡No permitan que los espías escapen! —gritó la Guerra.

Los dos demonios guardianes dieron un salto y cayeron rodeando a los niños, bloqueándoles la salida.

Los demonios gruñeron de satisfacción, elevaron sus pesadas hachas para darles el golpe final. Ignacio se dio cuenta que era el fin de todo. Instintivamente cubrió con su cuerpo a Matías para que no viera lo que iba pasar.

## Capítulo 108

Una poderosa luz iluminó todo el interior del Primer Infierno. Los demonios guardianes cayeron al suelo aullando de dolor con sus patas calcinadas por el rayo proveniente del Faro que pasó con toda su energía de izquierda a derecha. Ignacio y Matías fueron alcanzados por el rayo de luz divina, pero no les ocurrió nada, no así a las sanguijuelas que cayeron calcinadas del cuerpo de los niños. Ignacio alcanzó a distinguir la silueta de un ángel que entró volando al interior del Infierno.

Al interior del Faro, Asael controlaba desde su asiento, la dirección y la velocidad de la luz, dándoles vueltas a las manivelas ubicadas a los costados del asiento, las cuales movían varios espejos que se alineaban gracias a una serie de engranajes. La válvula de presión de la caldera bajó hasta quedar en cero. El cristal de color ámbar del Faro, rápidamente tomó un tono semitransparente, parpadeó unos instantes y luego se apagó. No había tiempo que perder. Asael se levantó de su asiento, agarró una pala y comenzó arrojar al interior de la caldera, trozos de árboles blancos fosilizados. Luego Asael abrió una válvula rociando los trozos con agua angélica. Los trozos comenzaron a resplandecer con un tono azulado. Asael cerró la caldera. Solo quedaba esperar a que el cristal comenzara a absorber la energía para dirigirla a través de los espejos.

—¡Cierren las puertas! ¡Nos están atacando! —gritó la Guerra.

Malik entró al interior del Primer Infierno seguido de cuatro ángeles celadores armados con las espadas de batalla. La Guerra vio a los ángeles y corrió hasta San Pedro, sacando su espada para propinarle el golpe final.

La espada de la Guerra chocó con la de Malik quien logró bloquear el ataque, haciendo que la espada de la Guerra volara por los aires.

—¡Guardias! ¡Encárguense de él! —grito la Guerra.

Los dos demonios escoltas se abalanzaron sobre Malik, mientras la Guerra se escabullía entre las sombras. De un salto tres ángeles cubrieron al arcángel Malik con sus espadas, bloqueándoles el paso a los demonios. El cuarto ángel se quedó en la entrada, agarró a los niños y los sacó al exterior.

—¡Qué vengan todos los demonios al Primer Infierno! —gritó la Guerra.

El demonio encargado de los tambores hizo sonar un enorme cuerno y la Peste junto a la Muerte, se dirigieron para abrir la puerta del Pandemónium. En unos pocos segundos aparecieron decenas de demonios armados que volaron hasta los ángeles que hasta el momento solo se defendían.

Malik guardó su espada y levantó el enorme trozo del nido liberando a San Pedro, lo tomó en sus brazos y lo cargó sobre su hombro.

—¡Retirada! —gritó Malik.

Malik extendió sus alas y de un gran aleteo llegó hasta la puerta de entrada seguido por los ángeles que lo cubrían de los demonios que seguían llegando desde el interior del Pandemónium.

—¡Corten las cadenas! ¡Ahora! —gritó Malik.

Desde el exterior, dos ángeles se elevaron llegando hasta las cadenas que sujetaban la gigantesca puerta del Primer Infierno. De un golpe secó, los ángeles cortaron las cadenas con sus espadas y la pesada puerta cayó estrepitosamente, produciendo un ruido atronador, impidiendo que cualquier demonio pudiera salir.



## Capítulo 109

En el exterior del Primer Infierno, los ángeles gritaron de alegría, chocando sus nudillos y abrazándose. Ignacio y Matías miraron a los ángeles y sonrieron.

Matías abrazó con todas sus fuerzas a Ignacio.

—Tranquilo, ya pasó todo —dijo Ignacio sonriendo y tratando de soltarse de su hermano.

Matías miró a Ignacio con los ojos húmedos, pero tratando de hacerse el fuerte.

—Tranquilo, todo estará bien.

—¿No nos separaremos más?

—No, nunca más. Yo te cuidaré, pero harás caso en todo ¿Entendiste?

Matías miró a su hermano y asintió.

Malik dejó en el suelo el cuerpo inconsciente de San Pedro. Tocó con sus dedos la nuca de San Pedro, comprobando que la energía espiritual todavía fluía por su cuerpo. La túnica de San Pedro estaba empapada con la esencia que escapaba de su pierna herida. Malik rasgó parte de la túnica de San Pedro y le envolvió en la pierna haciéndole un torniquete.

Al interior del Primer Infierno los demonios estaban amontonados en la puerta tratando de abrirla, pero era imposible.

—¡Malditos! ¡Esto no se quedará así! —gritaba la Guerra mientras daba golpes a la enorme puerta de metal.

—¡Volvamos! —gritó Malik, quien tomó a San Pedro, abrió sus alas y tomó impulso para volar.

El ángel que rescató a los niños se acercó y agarró del brazo a Ignacio y a Matías.

—¡No escapan así de fácil! ¡Abran las jaulas! —gritó la Guerra.

Las rejas a los costados de la puerta del Infierno se elevaron lentamente. Los demonios carroñeros que había en el techo de la caverna huyeron despavoridos.

«Estén alertas. Sabuesos infernales están por salir» —se escuchaba por el altavoz de la Torre de Vigilancia Angélica.

Dos enormes sabuesos infernales de seis patas, cubiertos de escamas y con una hilera de cuernos que sobresalían de sus lomos y que terminaban en un muñón, saltaron al exterior. Los sabuesos olieron el aire unos segundos y sus cuerpos comenzaron a mimetizarse con el entorno. El primer sabueso escaló por la pared del Abismo hasta el techo, donde corrió entremedio de las estalactitas afirmándose de sus poderosas garras.

«Cuidado. Sabueso infernal en el techo de la caverna. Está en modo de acecho».

El sabueso saltó hasta la orilla del Abismo, se hizo visible y luego saltó sobre Malik. El sabueso mordió una de las alas de Malik, quien por proteger a San Pedro cayó de espaldas estrellándose en el suelo.

«Carga del cristal del Faro se encuentra al mínimo, el Faro todavía no se encuentra operativo».

En la sala de control tres ángeles vigilaban los espejos ubicados en diferentes partes del Abismo. La imagen de uno de los espejos, indicaba que la puerta del Infierno seguía cerrada. Otros cuatro espejos controlaban la actividad de La Entidad. Un espejo reflejaba el nivel que tenía el cristal en el Faro y en otros seis, los ángeles de la sala de control tenían una vista general del Abismo.

En el Faro, Asael tenía en la mira al sabueso infernal, pero no podía hacer nada, pues el cristal aún no cambiaba de color.

El segundo sabueso dio un salto desde la otra orilla del Abismo y alcanzó a morder el pie del ángel que llevaba a Ignacio y a Matías, desestabilizándolo. El ángel soltó a Ignacio, quien cayó al puente, donde resbaló, quedando agarrado de las cadenas del puente.

El ángel arrojó a Matías a la orilla quien rodó por el suelo, quedando a salvo. El ángel cayó en la orilla del Abismo, mientras el sabueso infernal lo mordía. El ángel solo se protegía de las dentelladas del sabueso infernal.

El puente se ladeó haciendo que Ignacio se balanceara peligrosamente. Ignacio agarrado de las cadenas que sujetaban el puente, logró trepar y esperó hasta que el puente dejara de balancearse. Ignacio solo pensaba en su hermano y trató de ubicarlo con la mirada. El Abismo era tan peligroso como el Primer Infierno, pues la Entidad absorbía a los espíritus que se alejaban del Camino de los Condenados. Ignacio lo sabía muy bien cuando escapó de la Torre de Vigilancia Angélica para rescatar por su cuenta a su hermano. Ignacio vio a su hermano a lo lejos, estaba bien, pero no por mucho tiempo. Ignacio caminó lentamente hasta la orilla del puente. Abajo, el río de lava ardiente devoraba las estalactitas que caían del techo del Abismo.

«Espíritu se encuentra en medio del puente. Inminente ataque de demonios carroñeros».

Los demonios carroñeros vieron que los sabuesos infernales luchaban contra los ángeles. Como no percibieron peligro alguno, se abalanzaron sobre Ignacio, quien con una mano se protegía de las garras de los demonios carroñeros y con la otra trataba de sujetarse al puente. Un demonio carroñero le enterró sus garras a Ignacio, pero un débil rayo proveniente del Faro, hizo que el demonio carroñero diera un chirrido y arrancara. Ignacio se agarró con las dos manos al puente, frunció el ceño y su respiración se hizo cada vez más rápida. No era una respiración de miedo, estaba concentrado en continuar. Era extraño, ya no tenía miedo, ni siquiera pensaba en su seguridad. Su único pensamiento era que su hermano se encontrara bien. La adrenalina corría por todo su espíritu, haciendo si como todo pasara en cámara lenta.

«Cristal del Faro funcionando al doce por ciento de su capacidad».

Ignacio alcanzó a esquivar los ataques de los demonios carroñeros, que huían por los impactos de luz provenientes del Faro.

Malik apretó con todas sus fuerzas el hocico del sabueso infernal, para evitar que pudiera morderlo a él o a San Pedro. El animal desesperado se movía para todos lados tratando de soltarse. Lo único que necesitaba Malik era un punto de apoyo.

Cuando Malik pudo afirmar uno de sus pies en tierra, logró voltear al sabueso infernal.

El segundo sabueso tenía puesta una de sus patas encima del cuerpo del ángel que rescató a los niños, impidiendo que pudiera defenderse.

«Ángel celador en peligro».

Uno de los ángeles dio un gran salto hasta donde se encontraba su compañero y hundió la espada en el lomo del sabueso, la espada resbaló y arrancó algunas puntas del lomo, pero no pudo atravesarlo. El ángel saltó hasta quedar enfrente del animal, que quitó la pata de encima al ángel herido y se lanzó a atacar al ángel que tenía enfrente.

—¡Atraviésale el ojo!

El ángel desenvainó su espada y esperó el momento oportuno para hacerse a un lado y atravesar a la bestia.

## Capítulo 110

—¡No! ¡No lo lastimen! —gritó la Pequeña Muerte quien salió de entre las sombras.

Los sabuesos infernales se detuvieron.

Malik que tenía atrapado a uno de los sabuesos lo soltó lentamente. El sabueso se levantó y se dirigió hasta la Pequeña Muerte moviendo el muñón que le quedaba de lo que alguna vez fue una cola.

—No ataquen, pero estén alertas —dijo Malik.

El segundo sabueso bajó la cabeza y se acercó hasta la Pequeña Muerte donde lo olfateó unos momentos.

«Posible peligro. Uno de los Jinetes del Apocalipsis está en el Abismo sin autorización».

«Cristal funcionando al cincuenta por ciento de su capacidad».

El color ámbar del cristal le indicó a Asael que la luz del Faro estaba lista. Apuntó a la cabeza de uno de los sabuesos que lamía la mano de la Pequeña Muerte. Estaba a punto de disparar una ráfaga de luz mortal, pero se arrepintió en el último minuto.

«La Entidad está cubriendo a un espíritu. Acción inmediata».

Asael bajó la potencia del cristal y dio pequeñas ráfagas de luz a los apéndices de la Entidad para que soltaran a Matías.

Ignacio llegó a la orilla y corrió hasta Matías. Los brazos y restos de espíritus humeantes arrancaban, refugiándose en las paredes del Abismo. Los hermanos se alegraron de ver a la Pequeña Muerte y se acercaron hasta donde se encontraba. Los sabuesos les gruñeron a los niños.

—No, ellos son amigos, los amigos se protegen —dijo la Pequeña Muerte.

Los sabuesos olfatearon a los espíritus de los niños. Matías le palmoteó la nariz al sabueso, quien resopló aire caliente por su nariz. A Matías le dio cosquillas y se puso a reír.

—Mira, hazle cariño en la nariz, le gusta —dijo Matías.

La Pequeña Muerte le dio unas palmaditas en la nariz al otro sabueso y este le dio un resoplido de aire empujándolo.

—Ves que le gusta. A mi perro le encanta que le haga cariño en la panza y detrás de las orejas —dijo Matías.

Malik y los ángeles miraban sorprendidos a los niños. No podían creer que un niño del Infierno fuera capaz de dominar a las feroces bestias. Viendo que ya no había peligro, los ángeles envainaron sus espadas lentamente. Malik se acercó para recoger a San Pedro. Uno de los sabuesos lo miró y comenzó a gruñir.

—No. Ellos son amigos. Los amigos se cuidan —le dijo la Pequeña Muerte al sabueso.

El sabueso infernal gruñó, dio media vuelta y corrió hasta la orilla y de un salto llegó al otro lado hasta que desapareció dentro de la jaula. El otro sabueso infernal lo siguió detrás.

«Seguridad establecida. No hay peligro por el momento».

Malik levantó a San Pedro llevándolo a la Torre. Dos ángeles ayudaron a llevar a la Torre a su compañero que tenía el ala fracturada.

—¿Cómo escapaste? —le preguntó Ignacio a la Pequeña Muerte.

—Por un túnel que da a las jaulas de mis mascotas ¿Vieron mi bolso?

—Quedó en uno de los túneles del Infierno —dijo Matías.

—¿Te van a castigar por habernos ayudado? —preguntó Ignacio.

—Ya me han castigado antes.

—Debemos irnos —dijo el ángel celador que se quedó con los niños.

—Acompáñanos —dijo Matías.

—No puedo, mi padre no me da permiso para salir del Infierno... Pero pueden venir a visitarme.

Los niños se miraron no muy convencidos de volver al Infierno.

—Eh... claro.

—¿Puedo ir a la Tierra a visitarlos?

—Claro, será mejor, así te quedarás en nuestra casa y conocerás a nuestros padres y podremos jugar juntos —dijo Matías entusiasmado por un momento. Luego se acordó que sus padres ya no estaban. A Ignacio se le hizo un nudo en la garganta. Ya no tenían familia, ni siquiera tenían un cuerpo físico. Tampoco sabían a qué lugar de la Tierra los destinarían para reencarnar. Ni siquiera sabían cuál será su nueva familia.

Matías abrazó a la Pequeña Muerte. Lo mismo hizo Ignacio.

—Los amigos se protegen —dijo la Pequeña Muerte.

—Sí, los amigos se protegen —dijo Matías triste por la despedida.

—Me gustaría tener un hermano como ustedes —dijo la Pequeña Muerte.

—Serás nuestro hermano —dijo Ignacio—. Haremos un pacto de sangre.

Ignacio recogió una piedra y se hizo un corte en su dedo índice hasta que salió una gota de esencia espiritual. Matías hizo lo mismo.

—No tengo esencia como los espíritus humanos —dijo la Pequeña Muerte.

—No importa. Juntemos nuestros dedos y repitamos juntos —dijo Ignacio.

—¿Estás haciendo un conjuro? —preguntó la Pequeña Muerte.

—No, no es un conjuro, tú me das tu palabra por qué quieres y yo te doy mi palabra porque quiero.

—Yo también te doy mi palabra —dijo Matías.

—Repitan conmigo: desde hoy en adelante seremos hermanos de sangre para siempre.

Los niños unieron sus dedos e hicieron el juramento.

—Tenemos que volver, este lugar no es seguro para los espíritus —dijo el ángel celador.

—Adiós —dijo Matías moviendo la mano.

—Adiós —dijo Ignacio.

—Adiós —dijo la Pequeña Muerte imitando lo que hacían Ignacio y Matías.

Los niños siguieron al ángel hasta la Torre y la Pequeña Muerte esperó y los siguió con la mirada. El ángel celador abrió la puerta del montacargas y los niños se metieron dentro. La Pequeña Muerte, a lo lejos, movió la mano despidiéndose. Los niños hicieron lo mismo hasta que el ángel cerró la puerta del montacargas y subieron por la Torre.

## Capítulo 111

Antes de entrar a la Torre de Vigilancia Angélica, Ignacio y Matías masticaron una hoja del árbol de la vida. Luego al interior de la Cámara de Purificación una serie de inyectores los cubrió de vapor. Finalmente un filtro absorbió el vapor contaminado, impidiendo que penetrara cualquier elemento maligno al interior de la Torre. Los espíritus humanos, por su energía espiritual más débil, estaban obligados a utilizar a la Cámara de Purificación. El procedimiento de descontaminación era lento. Los ángeles celadores usaban la Cámara de Purificación solo como bodega para colgar los trajes de protección que estaban dañados o inservibles. La luz verde se prendió, un ángel giró la escotilla y los niños pudieron entrar.

Ignacio y Matías fueron recibidos por Malik, quien tenía el ala vendada. Malik se acercó hasta los niños y les dio una palmada en la espalda.

—Estos espíritus han demostrado ser muy valientes. Los felicito. Estoy orgulloso de ustedes.

Los tres ángeles encargados de monitorear los espejos se levantaron de sus asientos y aplaudieron a los niños. Los ángeles celadores se unieron a los aplausos.

—Por esto es que luchamos día a día —dijo Malik—. No perdamos nunca la fe en la raza humana.

Ignacio se acercó al ángel que los rescató, el cual tenía el pie vendado.

—Gracias por rescatarnos.

—No fue nada. Ustedes hubiesen hecho lo mismo por mí, ¿no es cierto?

Ignacio lo miró sorprendido.

—Ja, ja, ja, ja. Estoy bromeando —dijo el ángel celador mientras le desordenaba el cabello a Ignacio.

—¿Cómo se encuentra San Pedro? —preguntó Ignacio.

—San Pedro es fuerte, se recuperará —contestó Malik.

—Lo podemos ver.

—Acompáñenme.

Malik los llevó hasta una pequeña habitación donde había un tubo metálico de unos dos metros y medio de largo. El tubo tenía una rendija transparente por donde se veía lo que pasaba en su interior. Enormes hojas de la vida envolvían el espíritu de San Pedro. A medida que pasaban los minutos las hojas se iban secando poco a poco, traspasando la energía a San Pedro.

—Niños, esperemos afuera hasta que San Pedro se recupere bien. La herida en la pierna fue profunda y perdió mucha esencia espiritual.

## Capítulo 112

Malik reunió a todos los ángeles de la Torre de Vigilancia Angélica. Luego sacó un cántaro que en su interior contenía raíz fermentada del árbol de la vida y repartió los cuernos llenos del brebaje. Malik esperó unos momentos en silencio para ordenar sus ideas y luego habló:

—Ninguno de nosotros llegó a este lugar por voluntad propia. Algunos fueron castigados por quebrantar alguna regla o por cuestionar al Consejo. Algunos como yo, todavía creemos en ideales y pensamos que podremos cambiar el mundo espiritual. En el Cielo nos desprecian por el trabajo que hacemos. Un trabajo solo para valientes, donde corremos enormes riesgos y no sabemos si volveremos con vida. Es el último lugar donde un ángel o un espíritu querrían estar. En este lugar inhóspito, hemos formado un lazo de amistad y lealtad. Somos como hermanos, en las buenas y en las malas ¡Por todos los ángeles que hay en el Abismo!

—¡Por ellos! —dijeron los ángeles en coro mientras bebían del cuerno.

—Estos pequeños espíritus nos enseñaron que todavía vale la pena creer en la raza humana ¡Por estos valientes espíritus!

—¡Por ellos! —exclamaron los ángeles en coro.

Malik subió por la escalera circular del Faro y luego apareció con Asael, el ángel caído.

—Para terminar quiero presentarles oficialmente a nuestro nuevo hermano que desde hoy, será parte de nuestra familia —dijo Malik, quien le sacó las cadenas a Asael.

—¡Por Asael! —gritó Malik.

Los ángeles celadores se miraron sorprendidos, pero alzaron los cachos con el brebaje y brindaron por Asael tres veces. Asael estaba asombrado, no sabía qué hacer o que decir.

—Tengo que volver al Faro —dijo Asael nervioso, quien subió por las escaleras y desapareció.

—Esa es la actitud, deberían ser igual que él —sonrió Malik mientras bebía del cuerno—. Ahora más que nunca tendremos que estar unidos, porque el Abismo no será el mismo después de lo que pasó y tendremos que estar muy alerta de ahora en adelante —comentó Malik.

—Por fin dejaremos de defendernos y peharemos como los guerreros que somos —dijo uno de los ángeles celadores.

—No serán una amenaza —dijo otro ángel.

—No canten victoria tan fácil. Los demonios con los cuales luchamos eran de bajo nivel.

Los demonios de los infiernos más profundos son los que me preocupan.

—Espero no haberte alborotado el nido —dijo San Pedro quien apareció afirmándose de la pared.



—A veces es bueno tener un poco de acción, ¿no es así? —dijo Malik—. Deberías estar descansando.

—Ya he descansado mucho y tengo trabajo que hacer.

Ignacio y Matías corrieron hasta San Pedro y lo abrazaron.

—Pensamos que no lo veríamos más —dijo Ignacio.

—Lo que no me extingue, me hace más fuerte, je, je, je. Cuidado niños... je, je, no me abracen tan fuerte, todavía me duele la pierna.

—En estos momentos eres el único que sabe como es el interior del Infierno —dijo Malik.

—Oh, sí. Fue toda una experiencia, y todas las experiencias sirven para evolucionar.

—¿Aunque sean terribles como estar en el Infierno? —preguntó Ignacio.

—De lo único que debes temer es de que el miedo no te deje actuar y que no hagas nada en tu vida. Cuando tu cuerpo muere en la Tierra, tu espíritu se libera y lo único que puedes traer contigo es la experiencia y el conocimiento. Todo lo demás queda en la Tierra. Por eso, hasta las malas experiencias sirven, porque en el futuro sabrás lo que no debes hacer.

—¿Y todo el dinero, y las riquezas?

—No puedes traer nada de la Tierra.

—Ahora eres el que más sabe del Infierno. Deberíamos intercambiar lugares, yo me voy al Cielo y tú te quedas encargado del Abismo —dijo Malik sonriendo.

—Claro, porque no.

—Me vendría bien un cambio de aire, pero no creo que les guste mucho mi apariencia en el Cielo y dudo que el Consejo acepte nuestra propuesta. Me has hecho dudar por un momento, pero no, mi lugar está aquí. El Abismo nos ha unido a todos y ya somos una familia.

—Brindo por eso —dijo uno de los ángeles celadores.

—Brindemos por Malik —dijeron los ángeles a coro, quienes chocaron sus cuernos y bebieron hasta el fondo.

—Antes de que me vaya, necesito saber algunas cosas que me llamaron la atención —dijo San Pedro.

## Capítulo 113

—Malik, ¿habías visto antes a ese niño que dice ser el hijo de la Muerte?

—Escuché rumores, pero nadie lo había visto antes.

—Tú sabes que en el Infierno no tienen la capacidad de crear nada. Entonces, ¿cómo te explicas que sea el hijo de la Muerte?

—Yo estuve en el laboratorio de la Muerte y la Pequeña Muerte se encontraba dentro de una jaula. Parece que estaba castigado —dijo Ignacio.

—¿Te acuerdas si dijo algo más, algo importante? —preguntó San Pedro.

—Me dijo que nació en un estanque lleno con una especie de barro duro.

—¡Pero cómo!, eso no es posible. Solo Dios tiene el poder para crear vida —exclamó San Pedro.

—Por lo que dice el chico, parece que ya pueden. De alguna forma lograron usar el barro original para hacerlo —dijo Malik.

—Pero ¿cómo pudieron sacarlo? —preguntó San Pedro.

—Cuando llegué a la Planta de Procesamiento vi que las piedras negras que sacaban los espíritus las molían, y de ahí sacaban un polvo dorado que se pegaba a una piedra roja y las guardaban dentro de unas vasijas. Una piedra como esta —dijo Ignacio, sacando de su bolsillo una de las piedras rojas que aún le quedaban restos del polvo dorado adherido a su superficie.

San Pedro tomó la piedra y la examinó. Era la piedra que había en el bolso de la Pequeña Muerte.

—Esto es una piedra filosofal —dijo Malik.

—Con esto sacan el barro original. Ingenioso, muy ingenioso. Esto responde a mi primera gran interrogante.

—¿El barro original? ¿Qué es eso?

—Es una historia muy antigua Ignacio. Cuando Dios creó el mundo, necesitaba seres vivos que lo habitaran. Por eso Dios creó el barro original para darle forma a muchos seres diferentes. Pero eran seres muy básicos. Se movían pero no pensaban. Dios quería que pudieran decidir por cuenta propia. Así que sacó parte de su propio espíritu y lo mezcló con el barro original. Dios experimentó muchísimo antes de crear al ser humano. Cuando Dios se fue al Cielo a descansar, dejó a la raza humana libre para que poblara el nuevo mundo que había creado. Pero parte del barro original quedó en la Tierra y a medida que pasaron los milenios se fue cubriendo hasta perderse en el tiempo. Hijo mío —dijo San Pedro—, en el Infierno descubrieron como crear vida ¿Sabes lo que eso significa?

—No.

—Significa que Lucifer tendrá el mismo poder que Dios.

—Pero les faltaría el alma de Dios —dijo Malik.

—Lo que nos lleva a responder mi segunda gran interrogante —dijo San Pedro.

—Los espíritus que llegan al Infierno no alcanzan a cumplir su condena porque

las sanguijuelas que viven allí, les absorben la esencia espiritual.

—Ignacio, ¿te acuerdas que el Hambre estaba a cargo de llenar vasijas con la esencia que salía del nido?

—Sí me acuerdo —dijo Ignacio.

—Los demonios no pueden morir, pero tampoco pueden regenerarse. Por eso los demonios de mayor rango se alimentan de la esencia de los espíritus condenados.

—Además la esencia se podría mezclar con el barro original para crear vida —comentó Malik.

—Así es, porque la esencia espiritual es parte del alma de Dios. Lo que nos lleva a responder mi tercera gran interrogante ¿Por qué la Muerte tiene un hijo?

—La Pequeña Muerte no tiene madre —dijo Ignacio.

—Así es Ignacio, y no la necesita, porque al parecer han descubierto una nueva forma de reproducirse.

—Pero no me explico cómo —dijo Malik.

—Cuando la Muerte me interrogaba me di cuenta que en su mano le faltaba parte de un dedo. Si pudieras crear vida, ¿con quién empezarías a experimentar?

—Experimentaría conmigo obviamente, para saber de primera fuente los resultados —dijo Malik.

—Eso contesta a tu pregunta.

—Entonces la Muerte descubrió la forma de reproducirse y la Pequeña Muerte es el resultado. No me imagino las consecuencias que esto pudiera producir —dijo Malik.

—Al parecer aún están en la etapa de experimentación y todavía no saben cómo desarrollarlo a mayor escala. Pero cuando tengan éxito estaremos en graves dificultades.

—Esto debe saberlo el Consejo cuanto antes.

—Será lo primero que haré cuando llegue al Cielo. La buena noticia de todo es que al menos ya sabemos que es lo que está pasando y podremos hablar con el Consejo para prepararnos —dijo San Pedro.

## Capítulo 114

El intercomunicador comenzó a sonar. Malik enchufó un cable debajo de la luz y dio vuelta a una manivela y se colocó la bocina en el oído.

—Es Ángelo, dice que se le perdieron las llaves de las puertas del Cielo.

San Pedro se acercó al intercomunicador.

—¿Qué pasó Ángelo?

—San Pedro, no encuentro las llaves y hay muchos espíritus esperando afuera ¿Qué hago?

—No pierdas la calma. Repasa todo lo que hiciste antes de darte cuenta que perdiste las llaves.

—No puedo hacer eso, los espíritus están furiosos y quieren entrar.

—No te preocupes, haz lo que te dije, ya voy para allá.

—¿Encontró al espíritu que se perdió?

—Sí Ángelo y está sano y salvo.

—Ojalá vuelva pronto, yo no sirvo para esto.

—Lo has hecho bien Ángelo, solo hay que usar el sentido común para solucionar los problemas.

—Buscaré las llaves pero, por favor, no se demore.

—Estaré lo antes posible por allá.

—Lo espero, pero no se demore mucho.

—Ve con Dios —dijo San Pedro. Luego colgó la bocina del intercomunicador.

—Parece que no te quedarás a charlar —dijo Malik—. Siempre es un placer tu visita. Ah, pero antes de que me olvide, te pasaré tus pertenencias.

Malik entró en una habitación y volvió con una bolsa de cuero que le entregó a San Pedro, quien guardó sus pertenencias y se colgó al cuello la llave que le dio el arcángel Azrael para subir por el transportador hasta el Purgatorio.

## Capítulo 115

—Bien niños, despídanse porque nos vamos.

Ignacio se despidió, y los ángeles celadores lo abrazaron y lanzaron por el aire.

—Eres muy valiente para ser un espíritu humano. Espero que nos vengas a ver pronto —dijo un ángel celador.

—Espero que no —dijo Ignacio.

—Es verdad, ja, ja, ja, ja. Solo los espíritus condenados llegan al Abismo.

Ignacio miró por todos lados, pero no vio a su hermano.

—¡Matías!, ¿dónde estás?

Los demás ángeles comenzaron a buscarlo y a revisar por todos lados en busca de Matías.

—Puede que haya escapado al Abismo como tú —dijo Malik—. Iré para abajo a buscarlo.

—Estoy aquí arriba —gritó Matías desde el Faro.

Matías agradeció a Asael, el ángel caído a quien abrazó. Asael se sorprendió y solo emitió un gruñido, ya que no acostumbraba a recibir ninguna clase de afecto. Matías volvió a llamar. Matías se fue corriendo y bajó por la escalera en espiral.

Solo en la penumbra, una lágrima corrió por la mejilla reseca de Asael.

Matías se despidió de los ángeles celadores y luego se reunió con Ignacio y San Pedro. Malik los acompañó hasta la Cámara de Purificación.

—Les puedo pasar los trajes que usamos nosotros para que no tengan contacto con el exterior, pero están llenos de agujeros.

—No te preocupes Malik, estuvimos en el Infierno, así que un par de minutos en contacto con el Abismo no nos hará daño —dijo San Pedro, guiñándoles el ojo a los niños.

—Es bueno conocer a espíritus tan nobles como ustedes. Ojalá que no cambien. Es una lástima que se tengan que ir. Si pudieran quedarse les podría contar todas las historias que pasan en el Abismo —dijo Malik.

—No incites a los niños, ya sabes que no pertenecen a este lugar —sonrió San Pedro.

—La próxima vez vendré y me quedaré más tiempo, lo prometo.

—Bien, espero que sea pronto amigo mío.

Malik y San Pedro se dieron un abrazo de despedida. Los niños salieron por la cámara de descontaminación y continuaron caminando por el pasillo, hasta llegar al transportador. San Pedro sacó la llave de su cuello y la insertó en el aire. La cerradura apareció a un costado del transportador. Giró la llave tres veces y luego la retiró guardándosela. La puerta se abrió y la cerradura desapareció. San Pedro y los niños entraron al transportador y se ubicaron al centro del disco metálico, mientras dos aros de luz comenzaron a moverse, cada uno en sentido contrario elevándose del suelo. Los aros de luz producían un zumbido cada vez más rápido, hasta que una explosión

de energía los hizo desaparecer.

## Capítulo 116

El transportador se desplazaba a una velocidad fantástica siguiendo una línea invisible que unía el Abismo con el Purgatorio.

—Niños, puede que sea la última vez que estén juntos. Tendrán que ser fuertes, así que será mejor que se despidan antes que los envíen a las Unidades de Reencarnación.

Matías contuvo las lágrimas. Ignacio afligido, abrazó a Matías.

—Fuiste un buen hermano mayor —dijo Matías.

—A ti te encantaba hacer siempre lo que querías, pero has cambiado y me gusta cómo eres.

—Te quiero hermano.

—Yo también te quiero.

San Pedro miraba a los niños tratando de no emocionarse. Las lágrimas corrían por las mejillas de los niños, hasta que el transportador se detuvo.

—Niños, tendrán que aceptar su destino, como yo tendré que aceptar el mío por haberte rescatado Matías.

Los niños abrazaron a San Pedro.

—Usted es el dueño del Cielo, puede hacer algo —le dijo Matías a San Pedro.

—Ojalá fuera así, pero también recibo órdenes de mis superiores a quien les debo obediencia y tendré que explicar y asumir lo que hice.

—¿Cómo podemos saber si hacemos lo correcto o no?

—No lo sabrán hasta que tomen una decisión. Ni yo lo sé, pero si no hacen nada tendrán que vivir con el remordimiento, que es mucho peor. Ustedes tienen un alma buena, así que la decisión que tomen será la mejor.

—Pero en el Infierno está lleno de espíritus que se equivocaron —dijo Ignacio.

—El Infierno está lleno de espíritus que no se respetaron a si mismos ni a los demás. Niños, ustedes deben ser respetuosos con ustedes mismos y con los demás. Sus virtudes compensarán sus defectos, todos los tenemos. Yo todavía cometo errores y eso que conservo todas mis memorias pasadas. Lo único que les puedo decir es que vamos a la Tierra a aprender experiencias, algunas buenas, otras malas, pero necesarias para que nuestra alma se haga más fuerte y podamos pasar al siguiente nivel de evolución.

## Capítulo 117

Los aros de luz se detuvieron y la puerta del transportador se abrió. Ignacio y Matías salieron al exterior y respiraron profundamente sintiendo el olor del Purgatorio, muy distinto del pesado olor a azufre del Infierno. Los niños caminaron unos pasos y se alegraron de pisar de nuevo el suelo suave de nubes grises.

—¡Los fugitivos, los fugitivos están en el Purgatorio! —gritó un funcionario gris que pasaba volando sobre su nube.

La alarma comenzó a sonar y en un instante aparecieron diez ángeles que redujeron a los niños como si fueran los criminales más peligrosos que hubiesen pasado por el Purgatorio.

—¡No hemos hecho nada malo! —gritó Ignacio.

—¡Quiero a mi mamá! —chilló Matías.

—¡No los lastimen! ¡Son solo unos niños! —exclamó San Pedro tratando de calmar a los ángeles guardianes.

Los ángeles engrillaron a los niños. San Pedro trató de acercarse, pero era inútil. Los ángeles guardianes esperaron hasta que llegó el Director General del Purgatorio acompañado del ángel informador Ksiel y su ayudante Érico quien insertó un cristal en la cámara de grabación. Ksiel le hizo una señal con la mano a Érico, y este comenzó a grabar girando la manivela de la cámara.

—San Pedro, estás en graves problemas —dijo el Director General del Purgatorio.

—Son solo unos niños.

—Esos espíritus al escapar, dejaron en ridículo todo el sistema de seguridad del Purgatorio.

—Director, ¿por qué razón hay dos espíritus, usted dijo que solo uno había escapado? —preguntó Ksiel.

—Eh... no estaba antecedente de esta situación —trató de disculparse el Director General del Purgatorio.

—Mientes, yo te dije que el espíritu cayó por el Abismo y no hiciste nada —dijo San Pedro.

—Director, ¿qué responde a esa acusación? —preguntó Ksiel.

—Por favor, es la típica actitud de un espíritu desesperado, que está a punto de ser acusado de cómplice por haber ayudado a estos espíritus a escapar. El que nada hace nada teme. Les abro las puertas de todas las instalaciones del Purgatorio para que revisen los cristales de seguridad. Verán que solo había un espíritu prófugo. Pero al parecer San Pedro tenía escondido al otro espíritu en un lugar donde nadie tenía acceso... El Abismo.

—Esa es una acusación grave —dijo Ksiel.

—Yo no estoy acusando a nadie, solo es mi opinión, según lo que veo y al parecer, San Pedro ya no necesita autorización del Consejo para bajar al Abismo.



—San Pedro, ¿pidió autorización al Consejo para bajar al Abismo? —preguntó Ksiel.

—No... lo que pasa es que...

—¿No? Im-pac-tan-te. San Pedro acaba de declarar que no pidió autorización al Consejo de Arcángeles para bajar al Abismo. Pero ¿cómo pudo llegar al Abismo?, ¿es San Pedro cómplice?, ¿es seguro que sigamos confiando a San Pedro la administración del Segundo Cielo? Todas estas interrogantes, en nuestro informativo central. Me despido no sin antes decirles: Se los dije.

—¿Por qué me haces esto? —preguntó San Pedro a Ksiel.

—Yo estoy comprometido con el público que me sigue y ellos deben saber la verdad.

—Pero de qué verdad me hablas, todo lo que has dicho son suposiciones. Ni siquiera tienes pruebas. Solo el Consejo de Arcángeles está facultado para juzgar, pero tú me condenaste antes de que me juzgaran —dijo San Pedro indignado.

—Solo me limito a informar. Mi público es lo suficientemente inteligente como para saber quién es el culpable —respondió Ksiel.

—Lo que hiciste fue despreciable —dijo San Pedro.

—¿Registraste eso Érico? —preguntó Ksiel.

Érico le hizo un gesto con el dedo a Ksiel.

—Bien, lo que tenemos es oro puro. Nos vemos, gracias por toda vuestra colaboración. Sin ustedes yo, no soy nada. Vamos Érico, volvamos a la nube estudio.

Ksiel desplegó sus alas y salió volando. Érico lo siguió en una nube gris.

—Llévense a los espíritus de inmediato a las Unidades de Reencarnación —dijo el Director General del Purgatorio.

Ignacio y Matías estaban impactados. Ignacio comprendió el sacrificio que tuvo que hacer San Pedro para ayudar a salvar a su hermano. Con lágrimas en los ojos, los niños miraron por última vez a San Pedro.

San Pedro avanzó cojeando unos pasos para entrar al transportador que iba al Cielo, pero dos ángeles guardianes le cerraron el paso con sus lanzas.

—Debo ir al Cielo a solucionar algunos problemas que dejé pendientes —dijo San Pedro.

—Creo que no puedes andar solo —dijo el Director General del Purgatorio.

—¿Estoy detenido?

—No todavía, pero eres sospechoso de cargos serios y hasta que todo se aclare es preferible que estos dos ángeles guardianes te escolten al Cielo antes de llevarte ante el Consejo de Arcángeles para que te interroguen.

—¿Crees que puedo escapar?

—Yo no creo nada, pero así son las reglas y yo solo las hago cumplir.

## Capítulo 118

San Pedro encontró las llaves, estaban encima del escritorio, al lado del intercomunicador.

—Ángelo, quedas a cargo del Cielo hasta que vuelva de la reunión que tendré en el Consejo. Ya sabes cómo funciona todo, así que abre las puertas del Cielo y recibe a los nuevos espíritus.

—¿Qué pasará con usted San Pedro? —preguntó Ángelo angustiado.

—No te preocupes Ángelo, todo saldrá bien. Cuando sepan todo lo que está pasando en el Infierno, lo que pasó con los niños será solo un mal entendido.

Los ángeles guardianes estaban atentos a cualquier movimiento sospechoso que pudiera hacer San Pedro. San Pedro abrazó a Ángelo y le susurró al oído.

—Llama a Nikola y dile que lo haga, él sabrá.

—Bien Ángelo, amigo, no hagas esperar a los nuevos espíritus.

Ángelo desconectó la energía espiritual de los barrotes dorados y se dirigió hacia las puertas del Cielo.

—¡Hasta cuándo tendremos que esperar! —dijo un espíritu.

—Sí, que incompetencia —dijo otro espíritu.

—Bienvenidos al Cielo, espero que vuestra estadía sea de lo mejor. Soy Ángelo y seré su guía —dijo Ángelo con la voz muy baja.

—¿Qué dijo?

—No escuché que dijo.

—¡Dije! ¡Bienvenidos al Cielo! ¡Soy Ángelo y seré su guía en su paso por el Cielo!

—Podrías abrir las puertas primero —dijo un espíritu.

—Ah, verdad —dijo Ángelo quien nervioso introdujo la llave en la cerradura para abrir las puertas del Cielo.

—Antes de entrar, por favor, pasen sus discos de identificación por el detector áureo.

—¿Dónde está esa cosa? Yo no veo ninguna —dijo uno de los espíritus.

San Pedro subió la palanca doble y del suelo de nubes apareció la cabina de cristal. San Pedro se despidió de Ángelo con una sonrisa y luego fue escoltado por los ángeles guardianes hasta el transportador que los llevaría hasta el Consejo de Arcángeles.

## Capítulo 119

Los enormes magnetómetros moduladores se hallaban detenidos momentáneamente. Nikola insertó una llave en el rectificador de frecuencia vibratoria y reguló la longitud de las ondas. Luego ajustó el potenciómetro media vuelta en contra de las manecillas del reloj y cerró el compartimiento. Luego se dirigió hasta el gabinete de control y miró unos instantes las decenas de bobinas de ignición magnética que se encontraban embutidas. Nikola se sacó el sombrero de copa, se rascó la cabeza y jugó unos momentos con su bigote. Con la mirada recorrió todo el panel hasta que encontró lo que buscaba. Sacó dos bobinas secundarias y las arrojó a su caja de herramientas.

—Creo que con esto bastará —dijo Nikola mientras guardaba sus herramientas.

Nikola subió las palancas de energía y los enormes magnetómetros moduladores comenzaron a girar lentamente hasta tomar la velocidad suficiente haciendo que las Unidades de Reencarnación volvieran a funcionar.

Nikola se dirigió silbando hasta llegar donde se encontraba el funcionario gris encargado.

—La mantención se ha realizado con éxito. Quedaron algunos detalles, pero las Unidades de Reencarnación están operativas.

—Gracias, gracias —dijo el funcionario gris—. Lo único que nos faltaba era un desperfecto justo cuando estábamos por realizar el proceso de reencarnación a los fugitivos.

—Si se hiciera una mantención más frecuente, no pasarían estos problemas —dijo Nikola.

—No podemos permitirnos el lujo de detener las Unidades de Reencarnación con todo el flujo de espíritus que pasan. Sería una catástrofe.

—Una catástrofe sería que el sistema colapsara totalmente. Me llevaría semanas arreglarlo todo.

El funcionario gris abrió tremendos ojos al escuchar las palabras de Nikola.

—Pero no se alarme, por el momento no hay de qué preocuparse.

—Que suerte, ¿qué haríamos sin su valiosa ayuda?

—Gracias por el cumplido. Me gustaría estar cerca de los fugitivos solo para ver que todo funcione correctamente.

—Claro, no hay problema, sígame por favor —dijo el funcionario gris, quien llevó a Nikola hasta las Unidades de Reencarnación donde se encontraban los niños. Ignacio y Matías se encontraban tendidos sobre las plataformas transparentes. Sus manos, tobillos y frentes estaban asegurados con correas. El aparato para borrar la memoria ya cubría sus cabezas y dos ángeles guardianes custodiaban a los niños.

—Así que estos son los espíritus que escaparon —dijo Nikola—. No parecen ser peligrosos.

—En eso radica su peligrosidad, en parecer simples espíritus infantiles, pero no se

confíe.

Nikola trató de acercarse hasta los niños, pero los ángeles guardianes cruzaron sus lanzas bloqueándole el paso.

—Lo siento, pero tendrá que retirarse para que sigamos con el procedimiento de reencarnación —dijo el funcionario gris.

—No hay problema, solo quiero asegurarme de que todo funcione bien.

Mientras uno de los funcionarios dictaba la información de los espíritus, el otro funcionario gris tecleaba los datos en un pequeño dispositivo que tenía extraños signos.

—Confirme si todos los datos fueron ingresados correctamente.

—Datos confirmados.

—Autorización para borrar memoria.

—Autorizado.

Un funcionario gris subió las dos palancas que correspondían a las cámaras de los niños y giró dos potenciómetros al máximo.

—Confirme borrado de memoria.

—Se aprecia una anomalía en los módulos de memoria —dijo un funcionario gris.

—¿Qué significa eso?

—Los módulos de memoria no funcionan.

—¿Necesitan que revise los módulos de memoria? —preguntó Nikola.

—Por favor, y que sea rápido. No podemos perder tiempo. Son órdenes expresas del Director General.

Nikola se acercó hasta los módulos de los niños, pero los ángeles guardianes le cerraron el paso.

—Tengo toda la intención de solucionar el problema, pero se me hará difícil trabajar si me impiden el paso.

El funcionario gris nervioso, llamó al Director General por el intercomunicador.

—Sí, Director, como usted diga Director, haré lo que me dice Director.

El funcionario gris encargado le habló por el cono amplificador de voz:

—¡El Director General del Purgatorio autorizó a que Nikola arreglara el desperfecto a la brevedad!

Los ángeles guardianes se retiraron unos metros y Nikola pudo revisar los cascos para borrar la memoria.

—¡Tenemos un inconveniente! ¡Los cascos no funcionan! ¡Tendré que paralizar todo un par de días para revisar cual es el problema!

—Señor Director, Nikola dice que tendrá que paralizar las Unidades de Reencarnación un par de días para saber cuál es el problema. Sí, señor Director, lo que usted diga, señor Director.

—¡Dice el Director, que la prioridad son los fugitivos! ¡Después podrá arreglar el desperfecto!

—Como quiera —dijo Nikola.

—¡Todo este alboroto por unos simples niños desobedientes! ¡Debería de darles vergüenza! —dijo Nikola mientras le tomaba la mano a Ignacio—. Espero no verlos nunca más por estos lados.

Ignacio sintió algo en su mano derecha. No se atrevió a abrir su mano para saber lo que era, pues los ángeles guardianes estaban pendientes de todos sus movimientos.

—Ten fe —le susurró Nikola a Ignacio.

Nikola se retiró y los ángeles guardianes cruzaron sus lanzas otra vez. Un funcionario gris empujó y ajustó las plataformas donde se hallaban los niños. Ignacio y Matías, con los ojos húmedos, se miraron por última vez. El funcionario gris cerró las cubiertas de cada unidad de reencarnación formando un cilindro. Luego subió las dos palancas al mismo tiempo. El interior de las cámaras se iluminó produciendo un suave sonido que fue acelerándose hasta producir un sonido sordo y un estallido de luz. Los niños desaparecieron.

## Capítulo 120

Ignacio y Matías viajaban cada uno por un túnel de luz lleno de colores. Los túneles se unieron y formaron un espiral doble que atravesaban los cúmulos de nubes a gran velocidad. Dentro del túnel Ignacio y Matías sintieron una gran paz que inundó sus cuerpos. Un punto de luz luminoso apareció, haciéndose cada vez más grande, hasta que una explosión de luz blanca cegó a los niños.

## Capítulo 121

Ignacio despertó y miró a su alrededor. Todo se movía en cámara lenta y los sonidos retumbaban con eco. Ignacio miró hacia adelante y vio que en el asiento del copiloto estaba su madre. Su padre estaba conduciendo. Miró a su lado y vio que Matías estaba dormido.

—Matías, despierta tuve un sueño muy extraño.

Matías abrió los ojos y miró atontado a Ignacio.

—Yo también tuve un sueño... Soñé que estábamos en el Cielo y después en el Infierno y tú me rescataste.

—Matías, no fue un sueño, fue real.

—¡Estamos vivos! ¡Y la mamá y el papá también! —gritó Matías.

—¡Agustín!, ¡cuidado con el camión —gritó Emilia!

Agustín desesperado, giró el volante. Emilia y los niños gritaron aterrados.

—¡Nos vamos a estrellar de nuevo! —gritó Matías.

Ignacio abrió su mano derecha viendo lo que le había dado Nikola.

El papá de los niños trató de controlar el volante, pero no pudo. Pisó el pedal del freno hasta el fondo, las ruedas rechinaron, el coche perdió el control y atravesó las barras de contención de la carretera. Las bolsas de aire del interior del automóvil explotaron y se inflaron. El coche comenzó a dar vueltas de campana ladera abajo, quedando incrustado en un árbol.

Un humo espeso y blanco rodeaba el coche. De repente el humo blanco se retrajo y desapareció en un segundo, produciendo un sonido de succión. Los niños salieron del vehículo. Ignacio llevaba puesto en el dedo de su mano derecha el anillo nube que le había dado Nikola en las Unidades de Reencarnación. Los niños salieron y abrieron las puertas delanteras del vehículo y se abalanzaron sobre sus papás remeciéndolos.

Ignacio le ayudó a su padre a salir del coche. Agustín estaba consciente, pero en *shock* y solo caminaba por inercia afirmado de Ignacio que lo dejó sentado en la sombra de un árbol. Luego Ignacio fue a ayudar a su madre que estaba con Matías.

—Mamá, ¿estás bien?

—Mamá despierta —dijo Matías.

Emilia despertó con la mirada perdida.

—¡Mamá! ¿Estás bien?

—No sé, pero ustedes están bien, ¿no les pasó nada?

—No mamá, estamos bien.

—Salgamos, el vehículo está botando gasolina, puede ser peligroso —dijo Ignacio mientras afirmaba a su madre ayudado por Matías.

Emilia, Agustín, Ignacio y Matías miraron el coche destrozado por un largo rato sin decir palabra.

—Fue un milagro —dijo Emilia.

—Sí, fue un milagro —dijo Ignacio.

Ignacio y Matías abrazaron a Emilia. Matías lloró con todas sus fuerzas.

—Hijo no llores, no nos pasó nada.

—Mamá, estoy llorando de contento. Pensé que nunca te volvería a ver —dijo Matías con un nudo en la garganta.

—Y yo, ¿no me merezco un abrazo? Yo también me salvé ¿O quieren más a su mamá que a mí? —dijo Agustín.

Ignacio y Matías abrazaron a su padre y Emilia los estrechó a todos en sus brazos.

—Mamá, papá, Matías. No nos separemos nunca —dijo Ignacio, quien no contuvo la emoción mientras las lágrimas le corrían por el rostro.

—Hijo siempre estaremos juntos, somos una familia. En las buenas y en las malas —dijo Emilia.

Agustín miró el coche estrellado y dio un profundo suspiro de resignación.

—Todavía lo estaba pagando.

—¡Cómo puedes decir eso! ¡Nos salvamos de milagro y tú solo piensas en el coche!

Eh... sí, solo decía, yo no quise...

—No digas nada y será mejor que vayas a buscar ayuda —dijo Emilia molesta.

Agustín se levantó y se sacudió la ropa.

—Vamos todos juntos —dijo Matías quien abrazó al papá y a la mamá.

—Lo que dijo la mamá sobre estar juntos, no era literal —dijo Agustín—. Pero vamos todos a pedir ayuda.

—No puedo creer que no nos pasó nada. Parece irreal todo esto —comentó Emilia.

—Hay que darle gracias al Cielo —dijo Ignacio dirigiéndole a Matías una mirada cómplice.

—Así es —dijo Agustín.

—Al Cielo, a San Pedro, a Ángelo, a Nikola —dijo Matías.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Emilia.

—De nada. Matías ha visto demasiadas películas, ¿no es cierto? —dijo Ignacio quien le mostró a Matías el anillo nube que tenía puesto en su mano.

—Me lo vas a prestar.

—No sé, tengo que pensarlo.

—Me portaré bien y te haré caso en todo.

—Perdón, no oí bien —dijo Emilia—. Matías haciéndole caso a su hermano mayor. Ver para creer.

—Mamá, cuando ustedes no están, mi hermano es el que me cuida y por eso tengo que hacerle caso.

—Cuando lleguemos a la casa te lo prestaré, pero solo un rato.

—Bueno —dijo Matías alegre.

—Soñé que estuve en el Purgatorio —dijo Emilia.



—¿Y cómo era? —preguntó Ignacio desconcertado.

—No era como me lo imaginaba. Debió ser una pesadilla que tuve por el accidente.

—El Purgatorio, el Cielo, el Infierno no existe —dijo Agustín—. Esas son tonterías que inventan las religiones.

Matías estaba a punto de contradecir a su padre, pero Ignacio se colocó el dedo entre los labios para que no dijera nada. Matías no dijo nada y solo sonrió y abrazó a su mamá.

La familia abrazada caminó por la ladera hacia la carretera en busca de ayuda.

## Capítulo 122

Al interior de la cúpula del Consejo, San Pedro esperaba de pie la llegada de los arcángeles consejeros. Los ángeles guardianes custodiaban a San Pedro. Érico introdujo un cristal en la cámara para registrar todo el juicio y dirigía los captadores de sonido en dirección del Consejo. El ángel Ksiel se preparaba y repetía algunas frases en voz baja.

Los espíritus y ángeles estaban reunidos en graderías separadas las cuales rodeaban la cúpula del Consejo.

De un transportador transparente se escuchó un leve estallido, seguido de una luz blanca. Del interior de la cúpula fueron apareciendo los consejeros cubiertos con túnicas amarillo azafrán, los cuales avanzaron silenciosamente hasta subirse sobre el imponente estrado y sentarse en sus respectivos asientos. Encima del estrado se hallaban los documentos con la información del espíritu que sería procesado.

Sariel, Munkar, Fakir, Naquir, Charrsk y Ridhwan eran los arcángeles que integraban el Consejo. El asiento del arcángel Azrael se encontraba vacío.

Ridhwan, guardián del Segundo Cielo y presidente del Consejo, revisó la documentación y desde lo alto del estrado, habló:

—Espíritu humano San Pedro. Se le acusa de tres cargos en su contra. El Consejero Murkar leerá los cargos:

—Se le acusa de abandono de sus responsabilidades como administrador del Segundo Cielo. Se le acusa de ayudar a dos fugitivos a escapar y por último, se le acusa de bajar al Abismo sin la autorización del Consejo ¿Cómo se declara por el primer cargo? —preguntó el arcángel consejero Murkar.

—Inocente —dijo San Pedro.

—Tenemos pruebas contundentes en su contra, facilitadas por el ángel Ksiel —afirmó el arcángel consejero Fakir.

—En el trabajo diario siempre hay imprevistos y Ksiel los agrupó todos en un solo cristal. Cualquier espíritu o ángel que lo vea, pensará que son errores reiterados, pero no es así. Consulten como es mi trato con cualquier espíritu del Cielo, ellos le dirán. Si uno solo espíritu está disconforme, me declararé culpable —dijo San Pedro.

—Los espíritus humanos no son de fiar, pues pueden mentir. Un ángel no —dijo el consejero Naquir.

—Un ángel no puede mentir, pero puede evitar decir la verdad —dijo San Pedro.

—Las imágenes de los cristales hablan por si solas —dijo el consejero Fakir.

—¿Decisión de los consejeros? —preguntó Ridhwan.

Los consejeros hablaron en voz baja y luego Naquir susurró al oído del arcángel Ridhwan la decisión.

—Culpable del primer cargo —dijo Ridhwan en voz alta.

—Espíritu humano San Pedro. Se le acusa de ayudar a dos fugitivos peligrosos a escapar ¿Cómo se declara del segundo cargo? —preguntó Ridhwan.

—Inocente —dijo San Pedro—. Esos espíritus son solo unos niños. Escaparon porque estaban asustados.

—El Director General del Purgatorio me entregó el anillo nube como prueba de que fue utilizado por uno de los fugitivos para escapar. Un anillo que solo puede ser usado por los espíritus que hay en el Segundo Cielo.

—Espíritu humano San Pedro, conteste la pregunta —dijo Murkar—. ¿Entregó a los espíritus fugitivos anillos nube? Sí o no.

—Sí, pero los niños se quedaron con los anillos nube.

—¿Y no les pidió los anillos nube cuando fueron llevados al Purgatorio?

—No, porque...

—El espíritu humano San Pedro, afirmó a este Consejo que les dio los anillos nube a los fugitivos.

—¿Cuál es la decisión de los consejeros? —preguntó Ridhwan, presidente del Consejo.

Los consejeros murmuraron unos segundos y luego Naquir susurró la decisión a Ridhwan.

—Los consejeros acordaron que no es culpable, pero sí responsable de los cargos en su contra —dijo Ridhwan en voz alta.

—Espíritu humano San Pedro. Se le acusa de bajar al Abismo sin autorización del Consejo ¿Cómo se declara?

—Culpable —dijo San Pedro—. Pero fue para rescatar a uno de los espíritus que cayó por error al Abismo. Si estuviera el arcángel Azrael, me habría dado la razón.

—El arcángel Azrael no se encuentra entre nosotros y nadie sabe su paradero actual —dijo Ridhwan—. Si bien el mismo Azrael nombró al espíritu humano llamado San Pedro para realizar la labor de rescatar a los espíritus que cumplieron con su condena en el Infierno, el resto de los consejeros lo considera como una pérdida de tiempo y de energía. Por lo demás, un espíritu condenado puede contaminar a los espíritus residentes que han llevado una existencia llena de virtudes. Por esa razón, el Consejo ha determinado que a partir de este momento se le prohíbe al espíritu humano llamado San Pedro el ingreso al Abismo, bajo cualquier circunstancia. Que el acusado entregue de inmediato la copia de la llave que da acceso al Abismo —dijo el arcángel Ridhwan.

—No pueden hacer eso. Qué pasará con la redención de los espíritus condenados, ellos tienen derecho a una segunda oportunidad —dijo San Pedro tratando de controlarse.

—Guardias, regístrenlo.

Los ángeles guardianes registraron a San Pedro hasta que encontraron la llave del Abismo que San Pedro tenía colgada al cuello. El ángel guardián entregó la llave al presidente del Consejo.

—La llave quedará en mí poder hasta que el arcángel Azrael vuelva a ocupar el lugar como consejero de esta mesa.

San Pedro no podía creer lo que pasaba. Lo trataban como si fuera un criminal.

—Necesito que me escuchen. Estuve en el Infierno y a los espíritus condenados los están usando para otra cosa —dijo San Pedro alterado.

—Ese no es un problema que nos compete a nosotros —dijo el presidente del Consejo. Nuestra función es velar por el correcto funcionamiento del Cielo y el Purgatorio.

—Pero... escúchenme. En el Infierno lograron crear vida.

Se produjo un incómodo silencio en el estrado. Los arcángeles sorprendidos murmuraron entre ellos.

—Eso es imposible —dijo el consejero Naquir—. Solo Dios tiene ese poder.

—Déjenme explicarles... por favor.

—Tengan en cuenta que los espíritus humanos son más sensibles a la contaminación que hay en el Infierno, pudiendo afectar su razonamiento —dijo Sariel.

—Yo no miento. Pueden preguntarle al arcángel Malik, él confirmará todo lo que estoy diciendo.

Los arcángeles consejeros, se acercaron y hablaron en voz baja. Finalmente Ridhwan se levantó de su asiento y declaró:

—De acuerdo con lo expuesto hoy en este estrado, el espíritu humano llamado San Pedro, es declarado culpable del primer cargo por abandono de labores como administrador del Segundo Cielo. Sobre el segundo cargo que se le imputa, queda establecido en este Consejo que no es considerado cómplice en la fuga de los espíritus fugitivos, pero al no tomar las precauciones correspondientes alteró gravemente el normal funcionamiento del Purgatorio, por lo que es declarado responsable del segundo cargo. Sobre el tercer cargo, el acusado se declaró culpable, así que, por unanimidad, el veredicto de este Consejo es el siguiente:

—Espíritu humano San Pedro. Debido a su intachable comportamiento en los últimos dos mil años, no se le condenará a una pena física, pero a partir de este momento se le desvincula de la administración oficial del Segundo Cielo y no podrá ejercer ningún cargo de responsabilidad por mil años. Cúmplase la condena a partir de hoy —dijo el arcángel Ridhwan golpeando con un martillo la mesa del estrado.

San Pedro estaba aturdido por la decisión del Consejo. Un nudo en su garganta le impedía el habla. Los ángeles guardianes lo tomaron del brazo y se lo llevaron fuera de la cúpula del Consejo. San Pedro caminó evitando cojear y con la frente en alto miró a los demás espíritus y ángeles que estaban sentados en las graderías. Los espíritus protestaron y comenzaron a pifiar por la decisión del Consejo, mientras los ángeles levantaban las manos aprobando la decisión del Consejo.

—Esta noche podrán ver en los cristales de visión, toda la verdad sobre el ocaso de un espíritu humano como administrador del Segundo Cielo. Tendremos un debate en vivo donde discutiremos sobre quien será el sucesor de San Pedro; un espíritu humano imperfecto, que basa sus decisiones según sus emociones o un ángel,

superior a la raza humana y perfecto en todos los sentidos. Recuerden que los primeros hijos de Dios fuimos nosotros, los ángeles —dijo Ksiel—. Me despido, no sin antes decirles, se los dije.

## Capítulo 123

Ocho demonios guardianes rodeaban la colmena destruida para evitar que los demonios soldados se abalanzaran sobre los restos de esencia espiritual que había en el suelo.

El humo agrio y espeso inundó el Primer Infierno haciendo que los espíritus volvieran a ver la realidad alterada. La ambición de los espíritus condenados los obligaba a seguir con el trabajo de acumular riquezas para cuando cumplieran su condena y volvieran a reencarnar.

—Arrójenlos —dijo La Guerra.

Los demonios guardianes arrojaron a los demonios soldados que desobedecieron las órdenes y se alimentaron de la esencia espiritual de brotaba del nido de las sanguijuelas infernales. Los demonios encadenados gruñían desesperados, pero era inútil, fueron arrojados dentro de la fosa sin misericordia.

—Todo aquel que desobedezca mis órdenes será arrojado a la fosa, sea espíritu o demonio ¡Está claro! —exclamó la Guerra.

Los demonios soldados se inclinaron en señal de sometimiento. Los aullidos de espanto de los demonios soldados se fueron apagando a medida que caían por los niveles inferiores del Infierno.

—Ya no necesitaremos los discos de identificación. Arrójenlos a la fosa.

Un nervioso funcionario gris arrastró los cestos llenos de discos de identificación y los arrojó al interior de la fosa.

—Tampoco será necesario seguir extrayendo la esencia de los espíritus de este modo. Llévenlos a las moledoras. Sacaremos su esencia directamente.

—Pero Guerra, ¿quién seguirá extrayendo el barro original? —preguntó el Hambre.

—Tenemos suficiente. Acompáñenme —dijo la Guerra mientras caminaba a paso rápido internándose al interior del Pandemónium. El Hambre y la Muerte lo siguieron hasta el Gran Salón.

## Capítulo 124

—¡Haremos la invasión ahora! —gritó la Guerra golpeando el mesón.

—Todavía no estamos preparados —dijo el Hambre.

—¡Qué quieres decir! ¡San Pedro ya debe de estar hablando en el Consejo de todo lo que hacemos en el Infierno! —respondió la Guerra.

—No lo creo —dijo el Hambre. Según el informante que tenemos en el Segundo Cielo, acaba de ser destituido de su cargo. La mejor forma de quitarle la credibilidad a un líder, es destruyendo su reputación. Y por lo que me informaron, hay muchos que ya le han dado la espalda o no le hablan por miedo a represalias de parte del Consejo.

—¿Alcanzó a decir algo? —preguntó la Guerra.

—Y qué si lo hizo. Nadie le creerá.

—Tu informante, ¿es confiable?

—Sí. Es uno de los nuestros.

—Mmmm... Eso nos deja con algún tiempo para afinar los detalles de la invasión.

—En estos momentos, no es una buena idea romper relaciones con el Cielo —dijo el Hambre.

—Pero no podemos permitir que nos humillen de esa forma —contestó la Guerra molesto.

—Nos haremos los ofendidos. Haremos algunas exigencias, que de seguro el Consejo cumplirá. Piénsalo bien. San Pedro ya no meterá sus narices donde no le corresponde y podremos hacer lo que queramos.

—No podemos esperar tanto. Si todavía no lo podemos liberar, podemos usar una parte de él —dijo la Guerra.

—¿Qué quieres decir? —preguntó el Hambre.

La Guerra sacó del interior de su túnica un frasco transparente y se lo pasó a la Muerte.

—Creo que con eso te alcanzará.

La Muerte observó un trozo de uña negra que había en el interior del frasco.

—¿La información de esta uña es verdadera? —preguntó la Muerte.

—Está confirmado. Son de él. Tenemos suficiente barro original para crearlo con sus rasgos originales. Haz que conserve todos sus recuerdos. Pero esta vez hazlo bien. No quiero otro experimento fallido como el que hiciste.

Los ojos fríos de la Muerte se abrieron imperceptiblemente.

—A propósito, me informaron de que tu experimento ayudó a escapar a los espías. Toda traición es condenada sea quien sea el que la haya cometido. Quiero que elimines el experimento ahora. Por los pasillos del Pandemónium ya corren rumores de que no hemos tomado medidas. Si parecemos débiles delante de los demonios, nos aniquilarán y se tomarán el poder.

—Puedo aplicarle una dosis de esencia de maldad pura.

—Sin excusas. Haz lo que debes hacer.

La Muerte apretó los dientes, pero su expresión se mantuvo inalterable.

—¿Cómo está nuestro compañero? —preguntó la Guerra al Hambre, cambiando el tema.

—Está en la Tierra, desarrollándose bien. Dentro de poco será un humano adulto. Los apóstoles oscuros ya saben de su existencia y lo están protegiendo.

—Bien, el plan está saliendo mejor de lo que esperaba —dijo la Guerra riendo.

La Muerte abandonó el Gran Salón silenciosamente.



## Capítulo 125

La Pequeña Muerte colocó un trozo de hoja del árbol de la vida sobre las heridas de uno de los sabuesos infernales que se encontraban al interior de la celda. Luego le pasó la mano por la nariz al sabueso para tranquilizarlo y este le gruñó suavemente.

La Pequeña Muerte levantó la vista y vio a la Muerte que lo observaba desde la entrada de la enorme celda donde estaban los sabuesos.

—Acompáñame.

—¿Hice algo malo?

La Muerte no le contestó.

La Pequeña Muerte se levantó y caminó hasta donde se encontraba la Muerte. El niño trató de tomarle la mano, pero La Muerte lo rechazó.

—Sígueme.

—¿Adónde vamos?

La Muerte no le contestó.



Roberto Avaria es un autor infantil. Nació en Chile. Es realizador de cortometrajes de animación y guionista independiente. Trabaja además, con un grupo de arqueólogos, haciendo el registro audiovisual de los primeros habitantes que vivieron en la costa del norte de Chile, hace más de cinco mil años atrás.

Publicó su primera novela infantil *Patuto: ya soy grande* en un blog por capítulos. Original Books publicará una segunda edición por el gran sentido humorístico y el valor ético que tiene como literatura infantil. *Patuto* recrea la vida de un niño de cinco años en la década del setenta, «en una época sin Internet, ni videojuegos»; válida su lectura tanto para chicos como para «adultos con alma de niños».

El novelista chileno Hernán Rivera Letelier fue para Roberto Avaria un ejemplo inspirador. «Me di cuenta que si uno insiste y trabaja arduamente logrará lo que quiere», aunque también dice que un escritor novel a veces puede tener la ingenuidad de «pensar que todo el mundo querrá leer tu novela, por el solo hecho de haberla terminado».

Avaria opina que el futuro es digital y viene para quedarse, y que las redes sociales abren oportunidades para un escritor novel como él, que vive en el remoto Chile, de ser leído en todo el mundo.

#### SUS PREMIOS.

Ganó el Tercer Premio Coral en el Festival de Cine de la Habana, Cuba 2010, en la categoría animación, por el cortometraje *El Alicanto y la Veta de Cobre*.